

CÍRCULO MERCANTIL DE LAS PALMAS

APUNTES BIOGRÁFICOS

(CICLO DE CONFERENCIAS 1948-49)

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Imprenta MINERVA. Perdomo, 7. = Las Palmas de Gran Canaria. 1951.

UNAS PALABRAS

Cuando me eligieron Bibliotecario de esta Sociedad, pensé que el cargo podía servir para algo más que para organizar el fichero, cuidar los libros existentes y adquirir nuevos ejemplares; y por ello se me ocurrió—y propuse a la Junta Directiva—llevar a efecto un Ciclo de conferencias para dar a conocer a las actuales generaciones las grandes figuras canarias, de pasados tiempos, que en nada desmerecen de las de otras provincias de España, que con frecuencia suele rendírseles tributo.

Huelga decir que dichas conferencias han constituido un éxito rotundo.

La finalidad ha sido llenar en parte la enorme laguna que en materia de enseñanza cívica se nota, pues todas esas grandes figuras que enaltecieron el país con su patriotismo, virtudes y saber, son desconocidas actualmente, sin que nadie, más que esporádicamente, se haya preocupado sacar de las sombras del olvido a los que contribuyeron, cada cual en su esfera, a hacer un pueblo digno y consciente.

Esta labor cultural, encaminada, como se ha dicho, a dar a conocer los más descolantes hombres de aquella época, quedaría incompleta si se dejase reducida al estrecho ámbito del local en que tales conferencias fueron pronunciadas; pero, gracias al auxilio económico prestado por el Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria y por la Excmo. Corporación Municipal de la ciudad, podemos ver convertida en magnífica realidad el

propósito de darlas a la luz pública. Nuestro sincero agradecimiento a don Matías Vega Guerra y a don Francisco Hernández y González, Presidentes respectivamente de dichas Corporaciones.

EL CÍRCULO MERCANTIL, que por su denominación, parece alejado de manifestaciones de esta índole, ha prestado siempre su concurso a cuanto ha significado cultura y engrandecimiento de Gran Canaria, y tenía que hacerlo más en estos tiempos, faltos de toda ideología, en que impera como nota dominante el materialismo y que casi no se vislumbra la más ligera inquietud espiritual.

En ese ciclo de conferencias, 1948 y 1949, han pasado por nuestra tribuna las figuras más destacadas de las ciencias y las letras dando a conocer a los que fueron y que se encuentran ya en las tinieblas eternas.

Todas estas conferencias, que integran el ciclo aludido, fueron dichas en la Sala-Biblioteca de EL CÍRCULO MERCANTIL, y se incluyen en este tomo guardando el orden cronológico en que fueron pronunciadas.

Muy agradecidos a cuantos han prestado su valiosa cooperación, algunos de los cuales han pasado a mejor vida.

Y ahora, lector, cntra de lleno en las hermosas páginas que te brindamos.

FÉLIX MARRERO ORTEGA.



Luis y Agustín Millares Cubas
(1861-1926 y 1863-1933)

Los hermanos Millares, literatos

(Contribución al estudio de su personalidad)

Luis Millares Cubas nació en Las Palmas de Gran Canaria el 21 de Agosto de 1861. Su hermano Agustín, el 30 de Marzo de 1863. Ambos vieron la luz del día en la casa número 21 de la calle de la Gloria, denominada antes de los Barreros (Alfareros) y hoy Agustín Millares, en memoria de don Agustín Millares Torres, padre de ambos. Nacieron en la misma casa donde éste vino al mundo, poco tiempo después de haber obtenido la Notaría que desempeñó hasta su vejez y que fué la base de su prosperidad. Dicha casa, que era de sus abuelos, la compró don Agustín en el año 1856, con el propósito, si Dios le daba suerte, de reedificarla bajo un plano que juntamente con su mujer habían diseñado cuando no tenían ni la más remota esperanza de adquirirla. Al nacer los dos hermanos estaba construida en un solo piso, pero como los recursos de que disponían no eran muchos, decidieron transformarla en dos, haciendo la obra por partes, hasta que en Noviembre del año 1871 la casa fué terminada y por lo tanto en condiciones de ser habitada.

Como recuerdos de la niñez hay que destacar los juegos celebrados entre ellos y sus demás hermanos, siendo de anotar que a pesar de quererse entrañablemente, estaban de continuo en perpetua riña y como Luis era el más fuerte por ser el más viejo, Agustín salía con frecuencia mal parado. Entre los juegos, uno de los predilectos fué la lucha y a este propósito, para que no se dejara vencer al poco tiempo Agustín, a lo cual era muy propenso, para quitarse de encima



Doctor don Juan Bosch Millares
(Conferenciante)

aquella *pejiguera*, se batían con sendos *pirganos* en la azotea. Otra vez al intentar Luis bajarse a la casa colindante, entonces en construcción y después propiedad de don Juan León Perera, le faltó el apoyo de los pies y quedó en el vacío sostenido sólo por las manos agarradas frenéticamente a la pared. Confiesa Agustín que no sabe cómo, llorando de terror, pudo ayudarle a volver a la azotea. Para Luis, más imaginativo, su primer recuerdo del mundo exterior fué visual señalándonos con todo detalle el comedor de la casa en que estuvo en el pueblo de Arucas cuando contaba 16 meses de edad, en ocasión en que, invadida la ciudad por una epidemia de fiebre amarilla, se trasladaron a dicho pueblo. Era además mal enfermo, hasta tal punto que para tomar las medicinas, su madre se veía en la necesidad de obligar a hacer lo mismo con Agustín o de llamar al guardia municipal que vigilaba el tránsito con su uniforme de hilo crudo y su sable, para con su presencia imponerle respeto. Inquieto y antojadizo se llevó varias *caldas*, incluso de su padre y una vez su madre le dijo exasperadamente: — ¡Oye, quién manda aquí? Y él, parodiando a Artagnan, cuando se las tenía tiesas con Luis XIV, le respondió: — “Vos, por desgracia, señora”.

A los cuatro años ingresó con su hermano en la escuela de las Niñas de Mesa, donde les enseñaron a rezar y leer. Ya dije en otra ocasión que esta escuela famosa, donde aprendieron sus primeras nociones varios canarios ilustres, estaba situada en la calle de la Carnicería, después Mendizábal y hoy General Mola, frente al callejón Montesdeoca, donde se daba educación a buen número de señoritas y uno muy escaso de infantes menores de 7 años. La constituían dos habitaciones conocidas con los nombres de cuarto chico y cuarto grande, separadas por un tabique en el que permanecía colgada una lámina que representaba al Señor, coronado de espinas y con el cetro de caña. En el cuarto chico se sentaban los infantes menores de 7 años, situándose los niños a la izquierda y las niñas a la derecha. Entre ambos grupos y junto a la puerta estaba la silla de la maestra «Señá Bernarda», que enseñaba las letras de la cartilla con un punzón de carey y corregía las turbulencias con una caña y una palmeta. En el cuarto grande se educaban muchachillas de 15 años bajo la vigilancia de «Señá Belén», que era la Directora, y sus hermanos doña Rafaelita y don José, gran pendolista y empleado en la contaduría de la Catedral, que preparaba a las chicas por los métodos rivales de Torío e Iturzaeta, para escribir cartas a los novios futuros.

En esta escuela transcurrieron tres cursos y no obstante, a pesar de la bondad y del régimen suave de las maestras, la odiaban. Sin embargo, cuando las manos sarmentosas y temblorosas de aquellas divinas mujeres se posaban sobre sus cabezas infantiles, los hermanos Millares las estrechaban, acariciaban y besaban como símbolo de respeto y agradecimiento profundos. Respeto y agradecimiento que suelen perdurar a través de los años como algo inenarrable y evocativo. Y así nos sucede que, cuando pasados algunos años, nos alejamos de la isla en busca de mayores ideales y regresamos a la patria un poco

más hombres, se siente invadida nuestra mente por la idea de recordar lo pasado, a la par que nos sentimos atraídos por la escuela o colegio, que perduran tan limpios como en los tiempos pasados, pero vacíos como una jaula, de donde volaron los pájaros.

En una conferencia que di en el Gabinete Literario, hace tres años, sobre la personalidad de don Agustín Millares Torres, puse de relieve el ambiente literario y musical que se respiraba en la casa de la calle de la Gloria, ambiente que se perfeccionó y adquirió magnitudes insospechadas en el transcurso de los años.

A los seis años oyó Luis, por primera vez, a Beethoven, al cual no le prestó gran atención, pero aquellas audiciones que le producían aburrimiento contribuyeron a despertarle gran pasión por ella, cuando tuvo edad para comprenderlo. Tampoco leía bien, pero cantaba cuanto oía a sus hermanos. No tenía gran afición por la lectura y si éstos o sus padres le corregían por no aplicarse en estas primeras nociones, se irritaba bajo cualquier pretexto, desobedeciéndoles o disgustándose con aquéllos. Aprendió por ese tiempo la doctrina, y llegó a ayudar a misa en latín, situaciones que llegaron en algunos momentos a debilitar su impetuosidad, a tal punto que lloraba cuando le recitaba a su madre la muerte de Cristo.

Estos mismos sentimientos fueron la causa de que cualquier contrariedad que sufría le hacía encolerizar hasta el extremo, dados sus pocos años, de perder el juicio y de enfrentarse con todos. Esta misma emotividad explica la pasión que ponía, cuando jugaba con los chicos de la vecindad, a los cuales capitaneaba, por considerarse más vehementemente que ellos, llegando en algunas ocasiones a tener fiebre por las noches. Agustín, por el contrario, en su niñez, fué un empedernido lector de libros a cuyo fin, lo mismo que su hermano, aprendieron solos a traducir francés, ya que en aquella época alcanzaba más relieve la literatura gala que la de nuestra madre patria y se leían con fruición las novelas de Julio Verne, Alejandro Dumas, Paul de Koch y los episodios nacionales de Pérez Galdós. Por aquel entonces, la biblioteca de la casa ocupaba una de las habitaciones altas, comunicada con otra que servía de gabinete y donde el viejo Millares reunía a algunos de sus amigos (don Amaranto Martínez de Escobar, su hermano don Emiliano, Francisco Doreste de los Ríos, relator de la Audiencia de Cebú en Filipinas y otros) para leer versos, discutir, charlar, hacer música, etc. Luis y Agustín, sentados unas veces en las escalones de la escalera que conducía al piso alto, otras tendidos en una barqueta en la que la madre guardaba rollos de tela, y otras en la azotea masticando chocolate, lo oían todo.

Poco después, cuando tenían 5 y 7 años, respectivamente, ingresaron juntos en el Colegio de San Agustín, centro de cultura el más importante de la Ciudad, fundado en el año 1845 por algunos patricios de Las Palmas y de donde han surgido todos los hombres de Ciencias y de Letras que han dado días de gloria y de honor a la isla. A poco de ingresar en él, se mudó el Colegio a la parte del Seminario que tiene entrada por la calle de los Canónigos, hoy de López Botas y era

la representación del llamado sistema colegio cerrado. Un salón, salón de estudio y cámara de tormento, una mesa en plano inclinado — la carpeta—, un banco de madera—el potro—, y en él sentados, los antebrazos sobre el pupitre y en éste, el libro o la plana de escribir. Permanecían en el Colegio desde las 6 y media de la mañana hasta las 8 de la noche, sin otra interrupción que las horas de 9 a 10 y de 3 a 4, destinadas a la comida y de 5 a 6 a jugar en el patio. Estaban, por consiguiente, once horas con los ojos sobre el libro en reposo y en silencio y con el cerebro entregado a la fatiga del texto indigesto y oscuro. De aquellas horas existían dos, de las seis a las ocho de la noche eternas, mortales, en las que tiraban del libro como la bestia rendida del carro en la última etapa del camino. En esas horas, bajo la luz maravillosa de las lámparas de petróleo y que se destinaban por la dirección a preparar la lección del día siguiente, se apoderaba de los educandos una fatiga inmensa, les invadía una negra tristeza y se les cerraban los párpados pensando que de esta manera andarían más de prisa las agujas del reloj. Otras veces, como prógón de sus vidas posteriores, fingiendo estudiar ante la carpeta y frente al libro, sus almas se alejaban batiendo sus alas invisibles, sus espíritus se evadían volando lejos del salón de estudio y forjaban mil lances novísimos y venturosos de otra vida que comenzaba a palpitar en sus cuerpos. Cuando incurrían en alguna falta grave, les condenaban a permanecer encerrados el domingo en el Colegio, sin poder gozar de la cascada de rayos de oro que fluía vigorosa por la ventana del salón o de la brisa del mar que se introducía en él, para que los pulmones la sorbieran y bendijeran.

Los profesores de 1.^a enseñanza fueron don Laureano de Armas Ramos, que fué después abogado, don Tomás García Guerra, natural de Arucas, que fué después Registrador de Las Palmas y abogado ilustre, don Francisco Acosta Sarmiento, que fué también abogado, relator, secretario de gobierno de la Audiencia, ascendiendo luego a magistrado y murió siendo Presidente de la Audiencia de Zaragoza y don Fernando Inglott Navarro, hombre de esclarecido talento que enseñaba Aritmética. Eran sus compañeros, entre otros, Edmond Mendoza, Federico León, Domingo y Octavio Melián Wood, Francisco Mendoza, Antonio Melián Castellano, hermano de madre del poeta Tomás Morales, Santiago Conforte, Pedro del Castillo Manrique, Diego de Quintana, Juan de León Quintana, Juan Gil, Jacobo Alvarado de Zas y Eugenio Suárez Galván. El Director del Colegio era don Diego Mesa de León, yerno del fundador del mismo, don Antonio López Botas, que fué el abogado de mayor clientela de Las Palmas y que arruinado, obtuvo de Don Fernando de León, siendo éste Ministro de Ultramar, un alto empleo en la isla de Cuba.

Al ingresar en la segunda enseñanza, las carpetas estaban situadas en la galería de la derecha, entrando, la que servía de salón de estudios. En él existía un reloj que marcaba el lento caminar del tiempo y los compañeros que estaban junto a él, enteraban a los demás,

con expresivas señas, del pesado discurrir de los minutos, hasta que sonaba el anhelado aviso: «Recojan ustedes».

Primero fueron alumnos externos y luego alumnos de horas de clase, es decir, que ya no tenían la obligación de estudiar en el salón sino que lo hacían en su casa. El curso de 1877 a 1878 fué el último del Bachillerato y el Colegio estaba entonces en la casa de la calle de Los Balcones, que fué de don Juan Casabuena, después de don Tomás de Zárate y actualmente de Francisco Fiol Pérez.

Se estudiaba, por entonces, las siguientes asignaturas: Caligrafía, era norma elegir entre las letras espapolas e inglesa, siendo las primeras planas trazadas con plumas de aves que, cuando se estropeaban, las arreglaba el inspector don Severino Vázquez con su corta-plumas sobre una barrita de plomo y que pronto fueron sustituidas por las de acero. Los dos años de latín los estudiaron con don Diego Mesa, las Historias y Geografías con don Anselmo Arenas, que era al mismo tiempo Catedrático de Instituto y que murió en Madrid cuando tenía ochenta y tantos años, y la Retórica con don Ramón Puig, catalán, deportado por motivos políticos, alcohólico, aficionado a la marcha, en términos de que cuando se le antojaba, se calzaba las alpargatas y se recorría media isla. Cuando estaba beodo no había quien lo aguantara y hasta llegaba a maltratar a los alumnos.

Se cuenta que una vez cogió a don Urban Cabrera, que fué siempre un ángel, por los fondillos para arrojarlo al pilón que estaba en medio del patio, y como el pobre chico, loco de temor, hiciese aguas menores en sus manos, gritó, soltándole;—“¡Vete a orinar al corral de tu abuela!”. Otra vez, explicando el epigrama, ponía don Ramón el siguiente ejemplo:

En tiempos de las bárbaras naciones,
de las cruces colgaban los ladrones;
y hoy, en pleno siglo de las luces,
del pecho de ladrones cuelgan cruces.

Invitados los alumnos a que explicaran el significado de estos versos, se levantó un tal Alfredo Vázquez diciendo que aquéllos aludían a Clavijo o sea al Brigadier Gobernador Militar de la isla, que acompañaba las procesiones con el pecho lleno de condecoraciones. Indignado don Ramón por la respuesta, seguidamente dijo:—“Aquí no se alude a nadie. ¿Qué te has figurado tú?”

En Aritmética y Algebra tuvieron varios profesores: el Sr. González Serrano, conocido por Serrano, al que los alumnos no respetaban y el notario don Isidoro Padrón, que tenía el título de bachiller en Ciencias. En Geometría lo fueron don Pablo Padilla y don Gregorio Guerra. La Filosofía comenzó a explicarla un abogado palmero llamado don Agustín Méndez Cabezola y la terminó el abogado y filósofo don Rafael Lorenzo y García, a quien su propia madre llamaba el abogado Confusiones, autor de varias obras, hombre rarísimo con cuyas cosas habría tela para un volumen. Allá va una: Durante la época republicana se abrió un curso de Derecho Internacional, al que asistió mucho público. Un día quiso don Rafael explicar a sus alum-

nos lo que era un conflicto internacional y dirigiéndose a uno de los concurrentes le dijo:

—Usted, señor, ¿qué oficio tiene?

—Yo, señor don Rafael, soy carpintero.

—Y usted, señor?

—Pues yo, señor don Rafael, soy mampostero.

—Perfectamente. Supongamos que usted carpintero, necesita la pala del mampostero y que usted, mampostero, necesita el serrucho del carpintero.

—Pero, señor don Rafael, yo, siendo carpintero, ¿para qué necesito la pala del mampostero? Y siendo mampostero, ¿para qué necesito el serrucho del carpintero?

—Pues entonces, entonces... no hay conflicto.»

De Física y Química fueron sus profesores don Clemente Figueras, Ingeniero Industrial; de Historia Natural, don Andrés Navarro Torrens y de Agricultura don Pablo Padilla Padilla.

Fueron ambos hermanos Millares, estudiantes modelos, ocupando invariablemente los primeros puestos y sus expedientes escolares están plagados de Sobresalientes, ya que en aquella fecha no existían matrículas de honor.

Los estudios del Bachillerato no fueron obstáculo para seguir cultivando sus aficiones literarias y musicales, pues en el año 1876 funcionaba una sociedad dramática en una habitación espaciosa situada en la planta baja de la casa en que vivía la familia de Rosales, en la calle de la Pelota, habitación que había servido de panadería, pues aun se veía en ella el horno y la artesa. El escenario se hallaba a la derecha, entrando. Los socios fundadores pertenecían al elemento popular y artesano y con la entrada del elemento culto y mesocrático se formó un cuadro de declamación del cual fué Luis el primer actor; Agustín, el barba; Rafael Molina Sánchez, Narciso Reyes Benítez, primo del que fué notario don José Benítez Larena, conocido por Pepé; Agustín Quintana, que fué primero tocador de bombardino en la banda del batallón y acabó por ser oficial de milicias y otros actores. El papel de cómico lo desempeñaba Juan Luis Yagüe, hermano del que fué Director del Instituto, don Alejo, y fué después médico en Madrid y el de las damas, los hermanos Lorenzo y Tomás Mira y Cañizares, hijos del notario de Guía don José Antonio Mira y Moya, natural de Valencia. Las niñas Rosales se encargaban de transformar a los muchachos en damas, vistiéndoles con sus propios trajes y poniendo algodón donde la anatomía femenina lo requería. Representaron "El sueño de un malvado", dramón traducido del francés y de "Potencia a potencia", comedia en un acto; pero, al poco tiempo, tanto la sociedad como el teatro, acabaron como el rosario de la aurora, pues una tarde los elementos proletarios asaltaron armados de *pirganas* el domicilio social que, a pesar de ser defendido bríosamente por los colegiales, tuvo que cerrarse.

En el mismo año, mi abuelo, el historiador don Agustín Millares Torres, resolvió enseñar a Luis a tocar el violoncelo como fruto del

ambiente musical que se respiraba en aquella casa, para lo cual pidió prestado a su hermano Gregorio el instrumento que fué de su padre. Luis se dedicó a tocarlo con el mismo frenesí que ponía en todas sus cosas. Agustín quedó con gran desconsuelo y entonces su mismo padre decidió que aprendiera la viola, a cuyo fin le dió algunas lecciones de violín para enseñarle la posición del instrumento y manejo del arco, que hizo con mucho trabajo, pues provisto de poca paciencia, se desesperaba por la torpeza que demostraba.

Con estas lecciones llegaron a tocar juntos los tríos y cuartetos de Beethoven, Haydn y Mozart, limitados a los andantes más fáciles, en compañía de Nicolás Navarro Doreste, que tocaba el violín 2.º y en presencia de personas inteligentes en música.

Al terminar los seis años de estudios del Bachillerato, era obligado embarcar para Tenerife a sufrir los exámenes de reválida, en el Instituto instalado en la Ciudad de La Laguna, único existente en el archipiélago y de cuyo claustro de profesores se formaba la comisión encargada de verificar la pruebas de fin de curso en el Colegio de San Agustín, ya que era el único donde podían cursarse, autorizados por la superioridad, los estudios generales del Bachillerato. En la noche del sábado 6 de Julio de 1878 embarcaron con su padre en la goleta "La Estrella" y después de unas horas de mareo, amenzadas por el crujió de los mástiles, amanecieron en el puerto de Santa Cruz.

Constituída la comisión examinadora por los Catedráticos don Ramón López de Vicuña, don Sebastián Alvarez y don Francisco Pinto, obtuvieron los dos hermanos la calificación de Sobresaliente.

ADOLESCENCIA DE LOS HERMANOS MILLARES. En posesión del título de Bachiller y pasadas las vacaciones veraniegas, el viejo Millares tuvo el pensamiento de enviarlos a Madrid para comenzar los estudios universitarios, pero por consejo de su yerno don José Champ-saur, que era profesor de francés en el colegio de Vilar, en Barcelona, decidió mandarlos a la capital de Cataluña, a cuyo fin embarcaron el 8 de Septiembre de aquel año, en el vapor correo "América" de la "Navegación e Industria" que hacía la travesía entre Cádiz y Canarias. Luis iba a comenzar sus estudios de Medicina y Agustín los de Derecho Civil y Canónico y de Filosofía y Letras. Después de haber hecho escala en Santa Cruz de Tenerife llegaron al puerto peninsular, a los cuatro días de su salida de Las Palmas.

Ocuparon una litera de segunda clase, que se hallaba en el comedor, separada de éste por una ligera cortina, sin cuarto de baño, ni tan siquiera una palangana donde lavarse las manos. Durante el viaje, que fué acompañado de mar gruesa y dura a la salida de Santa Cruz y donde sufrieron un mareo horrible, tornándose en mansorito antes de llegar a Cádiz, la timidez no les abandonó, hasta el punto que sintiendo una sed inmensa durante la primera noche del viaje, no se atrevieron a llamar al camarero para mitigarla y en cambio lloraron en silencio pensando en la familia que quedaba tan lejos. Les acompañaban en el viaje, don Carlos Navarro Bethencourt, padre de don Carlos y don Eusebio Navarro Ruiz, recientemente fallecido el pri-

mero, que iban a Madrid a comenzar sus estudios de Medicina y de Derecho, respectivamente, doña Vicenta Márquez, viuda del que fué Director de la Filarmónica don Manuel Rodríguez, don Ignacio Díaz Navarro, jubilado del cargo de Registrador de la Propiedad de Las Palmas, don Vicente de Castro Matos, que iba también a Barcelona a empezar la carrera de Derecho, desistiendo de la de Medicina que había empezado en el curso anterior y don Alejo Luis y Yagüe, ex-Director del Instituto, trasladado a Granada, en compañía de su esposa, nuestra vieja amiga, ya fallecida, Pilar Monzón.

Como nunca habían salido de las islas, Cádiz les pareció una maravilla y como desde ésta capital no había comunicaciones directas con Barcelona, tomaron un billete de tercera clase en el tren correo para llegar a la ciudad catalana, después de haber descansado en Valencia, el día 16 de Septiembre, donde ingresaron como internos en la Pensión Vilar, que ocupaba el piso primero de la casa o palacio de Gisbert, situada en la Plaza de Cataluña, entonces sin urbanizar y por lo tanto con piso de tierra y donde existían, además, un circo ecuestre de madera y varios barracones de feria.

La casa de Gisbert era un edificio suntuoso, que luego fué derribado y que tenía a su lado un teatro llamado «El Tivoli». En su planta baja, la administración central de Correos y en el primero, como ya he dicho, con escalera de mármol, la Pensión Vilar. Poseía ésta un salón de actos lujoso, comedor amplio con dos mesas paralelas y un letrero en la pared que decía: «Come para vivir, pero no vivas para comer»; una amplia terraza donde solían pasear los internos y oír la música del teatro colindante y un gran dormitorio con sus camas de colchas rojas, pero sin cuarto de baño; éste se reducía a una habitación con varias palanganas colocadas sobre soportes de hierro para lavarse la cara y las manos y si alguno deseaba tomar un baño completo, tenía que hacerlo en uno de los tantos establecimientos que existían en Barcelona, mediante la módica cantidad de 1'50 pesetas. El Director era licenciado en Ciencias; su padre, ayo o conductor de los internos; su madre, cocinera y a la que ayudaba la abuela. Recibían mensualmente, cada hermano, 18 duros, de los cuales pagaban 15 por la pensión.

En el primer año, Luis estudió el preparatorio, el primer curso de Anatomía y Disección y el primero de Análisis Matemático, de la Facultad de Ciencias, carrera que no pudo terminar por falta de tiempo. Agustín lo hizo del primer curso de Derecho Romano, Literatura General, primer año de Griego y Geografía e Historia. En todas estas asignaturas, como en las del resto de la carrera, obtuvieron los dos hermanos la máxima calificación, mereciendo los elogios y distinciones de algunos de sus profesores. Luis, además, fué alumno interno pensionado por oposición y premiado del Hospital Clínico, consiguiendo que su nombre fuese incluido en el libro de honor de la Universidad.

De su comportamiento en la ciudad condal es buena prueba la carta que don Santiago Vilar dirigió a sus padres, cuando fué llegado

el momento de su regreso a Las Palmas, terminado el primer curso: «Hijos como Luis y Agustín honran la morada que les cobija y por eso se congratula hoy el colegio en hacerlo patente. Con justicia puede Ud. vanagloriarse de ser padre de estos distinguidos jóvenes, a quienes aseguro el más risueño y envidiable porvenir y a su esposa la felicito por haber tenido la gloria de llevar en su seno estos vástagos, destinados a ser esclarecidos varones y antorchas luminosas de la sociedad, si perseveran, como es de esperar, en el camino que tan felizmente han emprendido»... Palabras que aun cuando no fueran pronunciadas por uno de sus tantos profesores, tienen el mérito de trazar el camino que más tarde siguieron los hermanos Millares.

Por otra parte, la asiduidad en el trabajo y su cabal cumplimiento del deber no les impidieron, durante su estancia en la ciudad del Condado, cultivar sus aficiones musicales, pues por aquella época había delirio por este arte. Cuando se anunciaba una ópera cantada por Gayarre o Massini, los dos hermanos hacían cola en la calle de San Pablo, donde estaba situada la entrada a paraíso. Desde las últimas horas de la tarde y tan pronto como brillaba la luz en las rendijas de la puerta, la empujaban con fuerza irresistible, arrollando al portero que se defendía a trompada limpia y con horribles blasfemias pronunciadas en catalán. Subían como exhalaciones las escaleras interminables para apoderarse de los mejores puestos del paraíso y llevaban algunas veces la cena, compuesta de sardinas fritas y pan, envuelta en una servilleta; comían en el teatro y arrojaban los restos debajo de los bancos. Gayarre y Massini eran los ídolos que les extasiaban y apasionaban, pero más massinistas que gayarritas, no sabiendo de qué modo exteriorizar su entusiasmo cuando lo oían en «Fausto», «Hugonotes», o «Rigoletto», se metían debajo del banco gritando «bravo, bravo». Lo mismo les sucedía oyendo a Gayarre en «La Africana», «El Puritani» y «La Favorita», a Stagno en «Hugonotes» y «El Barbero», a Sani en «Aida» y «El Trovador», a las tiples Fossa, Ferri, Donadir, a la contralto Pazzoni, a los barítonos Boudil, Morianu, Quintilli, Leoni y a los bajos Vidal y David. Idénticas sensaciones experimentaban oyendo a Vico y Calvo interpretando el teatro de Echeagaray, que entonces fanatizaba al público arrancando frenéticos aplausos, cuando representaban «El Gran Galeoto», «En el seno de la muerte», «Mar sin orillas» y «En el puño de la espada». Igual entusiasmo les embargaba cuando oían al divino Sarasate tocar como fin de fiesta las fantásticas e inverosímiles variaciones de la conocida danza: «Yo no voy a Puerto Rico — en una cáscara de nuez, — porque como es tan chiquita, — iremos a fondo con él», o a los pianistas famosos Rubinstein, Bitter, Plante y Botesini.

Después de cinco años de estancia en la ciudad Condal, los mejores y más intensos de la vida cultural, en cuyo regazo universitario y en el ambiente de la misma alcanzó su intelectualidad la mayor pujanza y se reafirmó el carácter, se examinaron de sus respectivas licenciaturas con nota de Sobresaliente, decidiendo, una vez terminados sus estudios, regresar a la isla amada, cuando todo era en ella

pobreza y desconcierto por el fracaso del cultivo de la cochinilla. El último día de su estancia en Barcelona bajaron también por última vez la Rambla, rodeados del grupo triste y silencioso de los amigos que se quedaban en ella para siempre, teniendo lugar en ese día el definitivo adiós a la Ciudad, a las casas altísimas cuajadas de letreros mil veces leídos en el ir y venir continuo por la vía ancha y tumultuosa, a los gritos familiares de los vendedores callejeros, a los pitos de los tranvías, al rodar asordante de los coches, al murmullo confuso del taconeo y de las voces. Respiración gigante de la muchedumbre que estimula por las noches el trabajo solitario del estudiante como una invitación a la lucha, a la vigilia febril sobre el árido texto de la lección del día. Y mientras ésto sucedía, atrás quedaban los años de la luminosa juventud, sepultados para siempre en los rincones de la vieja Barcelona, que poco a poco se alejaba, entrando irrevocablemente en la neblina melancólica del pasado.

Cuando llegaron a Las Palmas, despertaban gran curiosidad, sobre todo en las muchachas, los estudiantes de la Península. El paseo central de la Alameda era como un salón y se entraba entre dos hileras de bancos y sillas algo azorados, expuestos a la crítica de los amigos que no habían podido salir de la tierra y que los calificaban como bobos. Por entonces, algunos vestían con chaquet y chaleco, pantalones con un poco de campana, sombrero de paja de alas no rectas sino levantadas y corbata a rayas de vivos colores. Otros traían bastón en su mano derecha y algunos se dejaban crecer la barbita. En aquellos tiempos lejanos, un abogado o un médico era casi un personaje y hasta se le reconocía el derecho a aspirar a la mano de las niñas de la aristocracia.

Luis, en contraposición con su hermano Agustín, era un espíritu inquieto, vehemente y pasional, no sólo en asuntos vulgares de la vida, sino en otros más propios del alma. Fué, durante su juventud, un enamorado del bello sexo, a tal punto que ponía en sus dulces coloquios toda la fuerza emotiva de sus palabras, sucediendo que en uno de los veranos que pasó en Las Palmas, cuando estudiaba la carrera, se enamoró perdidamente de una gentil dama de la buena sociedad canaria, llegando a producir serios disgustos a sus padres cuando hablaba de quedarse en la isla y de renunciar, por lo tanto, a su carrera para casarse con ella. Durante sus estudios tuvo una compañera, rubia y agraciada, con la que pasaba horas agradables que alternaba con las de sus obligaciones. Años antes, en sus estudios de bachillerato, fué novio de una lindísima rubia, parienta suya y más tarde, en el año 1887, casó con doña Luisa Farinós de Rosas, la que procuró conociendo su vulnerabilidad al dolor, separar las espinas de su camino y ocultarle cuanta situación desagradable podía enojarle.

Agustín, por lo contarrío, era apocado, sereno, observador, reservado, pues no se atrevía a dar riendas a sus sentimientos amorosos valiéndose de las palabras, sino que hacía uso temeroso del clásico pepelito escrito que portaba la declaración y que se entrega al despedirse de la persona amada, bien al terminar un baile o una reunión, o

se envía con la hermana más pequeña o la criada de confianza. Al comienzo de su carrera, al despedirse en la escalera, le entregó uno en su propia mano, a la hermana de un famoso médico que ha hecho célebre un Instituto de investigación y de preparación de medicamentos en Madrid y más tarde, a la que fué después su inseparable compañera, doña Dolores Carló Medina, a quien también entregó la declaración que llevaba consigo desde hacía días y que fué aceptada, después de haber transcurrido otros días llenos de ventura.

Al llegar a este momento de sus vidas, comienza a dibujarse la personalidad de Luis como médico, político y literato y de Agustín como abogado, notario y literato y como quiero hablar solamente de los hermanos Millares bajo este aspecto, hago caso omiso de aquellas actividades para tratar de la obra literaria de estos preclaros hijos de Las Palmas.

La labor periodística de estos esclarecidos varones fué amplia y destacada en los centros culturales de la ciudad y si bien la mayor parte de los artículos periodísticos publicados no llevaban su firma, se conocían perfectamente por el estilo caudaloso, sencillo y lleno de vida. Puede decirse que casi toda la Prensa de Las Palmas se honró con la publicación de muchas de sus producciones, en las cuales vibraba un tono apasionado y justo.

Cuando jóvenes escribieron versos que se leyeron en periódicos y revistas, no llegando a adquirir como poetas la raigambre que lograron en otros maticés de su vida y si bien es verdad que en sus años románticos mostraban impulsos de versificadores, no todas sus composiciones despertaron el entusiasmo de sus lectores. Hay algunas que delatan el temperamento pasional y tímido de los dos hermanos, porque al conjuro de su lectura sentían consuelo de sí mismos y se dulcificaban sus pensamientos. Entre la varias que vieron la luz pública, voy a transcribir dos que confirman estas impresiones.

De Luis:

LA BANDERA

Así cayó. Los brazos aferrados
por crispación violenta sobre el asta,
el cuerpo envuelto por girón de tela
sangrienta y desgarrada.
Ni aún después de la muerte, el enemigo
pudo de su cadáver arrancarla.
Fué aquella tela por la sangre fija
del héroe la mortaja.
Bajo la tierra duerme. Ya las flores
recubrieron el campo de batalla...
Entre ellas brota un tallo retorcido,
el hierro de una lanza.
Aquel tronco de hierro que rebelde
rompe la tierra y entre flores se alza,
me recuerda la cruz, la cruz bendita
que los sepulcros guarda.

De Agustín:

A MI MADRE

Al morir nuestro cuerpo miserable
dicen algunos, en su ciencia vana,
que en el suspiro que del labio brota
todo se acaba.

Que el alma, esencia inmaculada y pura,
identidad que el ser humano forma,
desaparece sin dejar más huella
que en la playa la ola.

No es esa mi creencia, y si lo fuese,
tú sola ¡oh madre! me apartaras de ella.
Que el amor, que en el alma por ti siento,
no acaba en esta tierra.

Por lo que se refiere a su obra literaria como novelistas y autores dramáticos, los hermanos Millares lograron rebasar el horizonte de la isla atlántica para llevar el ambiente de esta tierra, bañada del sol ardiente, a otros menos conocidos y apartados. Ya he dicho que los dos fueron hermanos amantísimos, no sólo por los únicos varones de la familia, sino por reunirse en ellos las circunstancias de haber sido compañeros de estudios durante el Bachillerato y haber cursado, al mismo tiempo, sus estudios superiores en la capital catalana. Tal era la compenetración espiritual que existía entre los dos, que pocas veces se han visto hermanos que fueran tan amigos.

Al irrumpir en las lides literarias con la firma de Hermanos Millares llegaron a alcanzar tal personalidad en el mundo cultural, que nadie medianamente instruido de esta isla, desconoce la labor educativa de esta firma que llegó a ocupar uno de los primeros puestos en la intelectualidad canaria. Dije también que estos biografiados tenían aficiones teatrales y que capitaneaban grupos de compañeros con los que representaban comedias para solaz y esparcimiento de éstos y de sus familiares. Debo añadir ahora, que, a partir del año 1886, se despertó en sus hermanos y especialmente en ellos, la fibra dramática que tuvo ostentación primeramente en la casa de sus tíos y más tarde en la de sus padres, donde representaron las zarzuelas del historiador de Canarias: «Pruebas de amor», «Elvira», «Un disfraz» y «Blanca», en un tabladorillo construido en el estrado principal de la casa.

A partir de esta fecha, comienza la labor literaria fina y generosa de los autores canarios que llevaron a cabo la personificación de la literatura isleña, de la que hasta dicha época nadie se había ocupado. En todas sus novelas, cuentos y algunas producciones teatrales campea su intenso amor a la tierra en que nacieron y que fué vivido en sus páginas con la mayor exaltación y encantamiento. En todos ellos, repito, se muestra la raigambre, el temple y las bellezas de sus escritos, siendo los primeros que estamparon en el papel blanco las peculiares características de sus habitantes, donde hemos aprendido, los que nacimos después, a conocer los modismos y los rasgos de su encantador tipismo.

El primer libro nacido de sus inteligencias, apareció en el año

1895 y llevó por título «De la tierra canaria», que se publicó en Madrid bajo la dirección de su cuñado don José Franchy y Roca. De los varios cuentos de puro sabor isleño y en donde se describen episodios ocurridos en la tierra que componía dicha obra, son dignos de mención los que llevan por títulos «Germinal», calurosamente elogiado por don José María Pereda y «Cristóbal Molinos» y «Noel», traducidos al francés por el gran compositor Saint-Saëns. Por cierto que al cobrar éste sus honorarios por dicha traducción y creyendo ser justo en sus apreciaciones, ofreció una parte de los mismos a dichos hermanos, los cuales, al rehusar, se vieron gratamente sorprendidos un día, al recibir, como obsequio del referido maestro, un bastón de ébano con puño de acero e incrustaciones de Eibar. Más tarde, en el intervalo de pocos años, lanzaron a la luz pública, halagados por el éxito de aquella primera producción, las novelas «Pepe Santana», «Santiago Bordón», «Los Inertes» y la comedia «La deuda del Comandante», inspiradas todas en las costumbres y ambiente canario. Poco después, «Nuestra Señora», novela donde palpita la pasión de un enamorado que ve truncada su felicidad cuando, el cuerpo de su amada, cae mortalmente enfermo. Esta novela, que comienza describiendo la vida de sus últimos años en Barcelona, durante sus estudios universitarios, termina con la pasada en una finca conocida por aquel nombre, situada en la isla de Gran Canaria, donde la vida, dorada por el remanso de la tranquilidad, desvió la conducta del personaje principal de la obra.

En el año 1902, recibieron una carta del famoso actor dramático Emilio Thuiller en la que les expresaba su deseo de hacer una excursión artística por Canarias, al mismo tiempo que les pedía una obra teatral para estrenarla en Málaga, antes de su presentación en Las Palmas. Pusieronse a escribirla y al poco tiempo «La herencia de Araus» fué depositada en manos de aquel insigne actor, que cumplió su compromiso dándola a conocer al pueblo malagueño, que acogió con todo cariño aquella primera producción teatral de los hermanos Millares. Al año siguiente, se llevó a cabo dicha excursión y la obra fué estrenada con buen éxito en los teatros de Las Palmas y Sta. Cruz de Tenerife.

Vencida, con este estreno, la barrera que parece infranqueable entre el autor o autores y el respetable público, los hermanos Millares, interesados en este aspecto de su producción literaria, ofrecieron a la ilustre artista Carmen Cobeña, que por entonces realizaba su inolvidable temporada de invierno en el Teatro Pérez Galdós, de esta ciudad, la comedia que tiene por título «Maria de Brial», y que fué estrenada y oída con suma complacencia por el público canario.

Dos años después tuvo lugar la visita oficial del Rey Don Alfonso XIII a estas islas, acompañado, entre su séquito, por el Conde de Romanones, a la sazón Ministro de Estado. Entre los múltiples agasajos que tuvieron lugar en la Ciudad, constituyó acto destacado la celebración de una función de gala en el teatro antes mencionado, donde llevaba a cabo una brillante tournée el prestigioso actor dramático Francisco Morano. Por dicha época acababan de escribir los herma-

nos Millares una comedia dramática titulada «Tan cerca y tan lejos», pero séase porque el público estaba más interesado en mirar y observar al Rey y a las personas que le hacían compañía, o séase porque la obra no interesó, es lo cierto que la comedia, a pesar de sus concepciones filosóficas, no fué del agrado del auditorio.

Halagados por estos ensayos que dieron como resultado el que la firma literaria de los Millares fuese conocida por los escritores de la Península, concibieron la idea, recordando los años que su padre dirigía el teatro que tenía en su casa de la calle de la Gloria, y donde dió a conocer su magnífica producción literario-musical que ya conocemos, de fundar uno pequeño, al que llamaron por esta misma razón «Teatrillo», en la casa del Dr. Millares, por reunir magníficas condiciones dada su amplitud, sus hermosos salones y jardín central. En él representó primeramente su familia, que era numerosa e inteligente, y más tarde sus amigos íntimos, con cuyo motivo se pasaban las tardes y noches entretenidas con los respectivos ensayos y las representaciones. Allí se estrenó «José María» y otros cuadros teatrales que publicaron más tarde con el nombre de «Teatrillo» y en cuyas páginas comenzaron a demostrar su propio espíritu. Uno de estos cuadros, denominado «Pascua de Resurrección», fué adornado con unas páginas musicales del maestro Valle. Siguiéronle después, en aparición, «San José de la Colonia», «Doña Juana» y «Cuentos viejos», basados e inspirados en asuntos canarios.

Sobre ellos y como producción del más alto valor literario, está la comedia dramática en 4 actos llamada «Compañerito», que fué estrenada con franco y satisfactorio éxito en Zaragoza, por la insigne actriz Margarita Xirgu; la obra estaba basada en la realidad viva de un caso observado en el Hospital de San Martín, cuando fué Director de dicho centro benéfico Don Luis, y publicado posteriormente en el periódico «La Lectura». También estrenó la misma compañía y en el mismo teatro, la comedia «La Ley de Dios», inspirada en un caso de la práctica notarial, con menos éxito que la anterior y que fué publicada en la revista literaria «La Pluma».

Ultimamente, poco antes de enfermar y como prueba del cariño y devoción al alma popular, publicaron el «Léxico de Gran Canaria», en donde han sido registradas todas las palabras típicas del país, sus modismos y sus frases tradicionales. Esta obra, una de las más conocidas de los hermanos Millares, se lee con verdadera fruición en las dos Américas por parte de los emigrados canarios, que no sólo no olvidan su amor a la tierra, sino que lo exaltan y gigantán a pesar de la distancia que los separa de la patria chica, cuando sienten pronunciar el canturreo de nuestro propio vocabulario.

Hay quién dijo que era fácil distinguir en los escritos de estos literatos canarios, la aportación de cada uno, ignorando tal vez, que la identificación que existía entre los dos, unidos por la convivencia, los recuerdos y los ideales, era tan intensa, que aun sus mismos hijos se equivocan cuando tratan de separar los escritos de uno y otro. Sin embargo, se sabe que los cuentos publicados bajo el título «De la tierra

canaria», no lo fueron en colaboración, pues Luis publicó algunos, entre los que se destaca el denominado «Germinal». Las mismas circunstancias se reúnen en las obras «Pepe Santana», «Los Inertes», «Santiago Bordón» y «La deuda del Comandante», pues fué Agustín el autor de las dos primeras. Lo mismo podemos decir de «San José de la Colonia», «Doña Juana» y «Mr. Charles», pues las tres fueron soñadas y escritas por Agustín.

En cambio, donde hubo verdadera colaboración fué en «Nuestra Señora», «La herencia de Araus», «María de Brial», «Tan cerca y tan lejos» y «La Ley de Dios», en cuya génesis escribían artículos y escenas y luego las refundían y modificaban de común acuerdo. «Compañerito», la única composición dramática, fué escrita por Luis y las últimas «Canariadas de antaño», «El léxico de Gran Canaria» y la introducción al «Diario de Don Agustín Bethencourt», lo fueron por Don Agustín cuando ya solo, por haber muerto su hermano, seguía íntimamente unido a él, por la convivencia, los recuerdos y los ideales, y no quisiera terminar sin decir dos palabras de la casa de Don Luis Millares, que era en verdad la casa de los hermanos Millares, pues fué, durante muchos años, lugar de refugio de los espíritus y cobijo abigarrado del arte. Cuantas personalidades pasaban o visitaban la isla, desfilaban por aquel hogar que era sitio codiciado para el reposo y ambiente donde vivía la inteligencia. Era la casa maravillosa, dice el Dr. García Ibáñez, oasis bello y fresco en el páramo mental de la ciudad. Saint-Saëns, Salvador Rueda, García Sanchiz, Unamuno, magníficos exponentes de la música y del pensamiento humanos, Boye, Barradas y otros hombres de ciencias, Thuiller, Tallaví y otros peregrinos del arte, encontraron acogida cordial en aquella mansión inolvidable. Allí se leía la buena literatura, se interpretaban los mejores conciertos de los mejores músicos, se recitaban poesías con el armonioso acento de sus estrofas y se cantaba a la vida, porque en aquella amorosa casa, copia de los palacetes italianos del Renacimiento, se reunía, una o dos veces por semana, una corte de poetas, músicos y espirituales damas ingeniosas.

La alta representación intelectual de la isla, tenía en ella acogida cariñosa y así la visitaban con asiduidad desbordante, los poetas Tomás Morales, Alonso Quesada, Saulo Torón, Claudio y Josefina de la Torre; pintores como Néstor, pianistas como Cástor Gómez y críticos musicales como Miguel Benítez. Los que ya en sus últimos tiempos pudimos respirar el ambiente de aquella casa, donde el arte florecía a raudales, no podemos olvidar el influjo que en nuestra alma ejercieron aquellas veladas, aprendiendo a ser un enamorado de la solidez de la ciencia y de la belleza del arte. En el «Teatrillo», que fué el germen fecundo de tantas horas gozadas, ensoñando medio dormido, se representaron «La intrusa» de Maeterlinck, obras de Ibsen, de Bjernzon, «La verdad», obrita escrita expresamente por Don Miguel Unamuno y «Pascua de Resurrección» de los hermanos Millares con música del Maestro Valle. También se hizo música con fervor, pues sobre sus tablas pasó el gran coro de Parsifal arreglado para armonium

y cuerda, el tercio de «Los Maestros Cantores», el «Inflamatus» del «Stabat Mater» de Rosini y la música de Beethoven. Y cuando todo este gran desfile pasó y comenzaron a desperdigarse por las tantas flaquezas del mundo, los que dejaban oír sus voces en tantas tardes pasadas, agasajados por la afabilidad y el cariño de los que habían en aquella casa, la casa de don Luis, de los hermanos Millares, comenzó a enmudecer y a sentirse abandonada y solitaria; sólo algunas tardes y en la intimidad, la música tocada por aquellos hermanos, hacia vibrar el aire de aquellos salones, en tanto se les cerraban los ojos para soñar.

Podemos decir, para terminar, que la obra de estos canarios en la literatura, novelas, dramas, comedias, cuentos, estudios literarios, como dijo nuestro «Jordé», es sencillamente admirable de forma, de observación aguda y certera, de técnica, de interés, de emoción. Fueron ellos los creadores de la novela regional canaria en donde las costumbres, tipos y paisajes de la tierra se reflejan en las páginas de sus libros, como en un límpido espejo. Cultivaron un teatro original, de firme orientación moderna, simbólico o psicológico algunas veces, de ideas otras y también de tendencia social sin hacer concesiones al gusto estragado del público. En sus «Canariadas de antaño», la última producción literaria, campea una dosis tal de canarismo que no han logrado sobrepujar las magníficas producciones de estos últimos años. Digo canarismo y no canarista, porque canarismo es dar jugo a su tierra y canarista es el que lo extrae y vive de él.

Fallecieron, respectivamente, los días 16 de octubre de 1926 y 8 de octubre de 1935 y si bien la ciudad, al enterarse, vibró de pena y les tributó un cariñoso acompañamiento hasta el Cementerio, han pasado los años y sus sepulcros, junto a la abrupta playa de negras rocas, guardan los restos con serena melancolía, pues en ellos duermen su sueño eterno, sin que una mano amiga deposite en ellos su más encendido recuerdo.

Pasaron por la vida sembrando bienes, sin hacer daño a nadie, con una nobleza de desinterés, por desgracia poco comunes. La calle donde vivió y murió el Doctor Millares lleva su nombre. Falta la de su hermano Agustín, tan unido a él en su obra literaria. Y sobre todo, falta la de un monumento, por pequeño que sea, erigido en un lugar público, tan escasos de obras escultóricas, que nos recuerde todo lo que hicieron y representaron para esta tierra canaria, tan metida dentro de sus almas y de las nuestras, pues si los hombres han muerto, sus obras deben y tienen que vivir. Tal es el privilegio de los varones superiores, por sus virtudes, su saber, su ciencia y por los productos de su talento.

13 de Mayo de 1948.



Rafael Mesa y López
(1885-1924)

Rafael Mesa y López

(Su vida y su obra)

Señoras y señores:

Sobre mis recuerdos de infancia resalta con viva luz Rafael Mesa y López. Seis años tenía yo cuando me mandaron al Colegio de San Agustín, y a Rafael le enviaba, de vez en cuando, su padre, el querido e inolvidable rector, a cuidar las alborotadas clases de primera enseñanza. Era entonces un mozo, pero me parece que no cambió nunca físicamente: yo le recuerdo lo mismo en 1901 que en 1920. Robusto, alto, fornido, su ancha faz, su sonrisa luminosa, su resplandeciente mirada, su voz metálica y clara, su personal simpatía, todo acompañado del gran chambergó en la cabeza de pelo negro y rizado, parece que estoy viendo todavía a Rafael Mesa, aunque hace veinte y cinco años que duerme en la tierra, como Don Quijote, "real y verdaderamente tendido de largo a largo".

Así era por fuera. Pero ¿cómo era por dentro? Rafael Mesa era un optimista y un temperamento vivaz y batallador. Católico, y al propio tiempo de un volterianismo irónico; sensual, y al par espiritualísimo; intransigente y comprensivo; altivo y bondadoso; generoso, aún en su mayor necesidad; enemigo terrible y amigo incomparable; panfletario y novelista; idealista y práctico; clásico y romántico. Rafael Mesa era todo eso y mucho más. Su naturaleza era un perpetuo y vivo contraste, una sorprendente yuxtaposición de caracteres contrarios, de vicios y virtudes, de fe y de escepticismo. Y, campeando



Don Luis Benítez Ingloff
(Conferenciante)

por encima de todo, exhibía un majestuoso desdén por lo pequeño y una ardiente devoción por lo grande. Del mismo modo que cuando despreciaba lo hacía olímpicamente, sus admiraciones eran arrebatadas y formidables. Seguía en ésto la máxima de Talleyrand: "Admirar moderadamente es señal de espíritu mediocre".

Dotado de un espíritu aristocrático, poseía una sensibilidad especial para todo lo bello y lo bueno. Pero le faltaba reflexión, calma, paciencia, y sus ideas brotaban como llamaradas; de modo que no paraba mucho tiempo en sus gustos.

Con espíritu tan vario, sus concepciones tenían que ser igualmente varias, y los tipos que creó debían forzosamente resultar espíritus "vivos", puesto que en ellos se muestran todas las facetas del vivir humano. Yo he dicho muchas veces que un autor viene a ser un dios: un dios caduco, un dios mortal, pero capaz de infundir vida eterna a los personajes que crea: o sea, la contraposición del verdadero Dios, que es eterno y crea seres mortales. Pero si un autor no posee los secretos de la vida y esos resortes de la pasión completa, de la completa visión del corazón humano, sus criaturas tendrán a la fuerza que ser frías, inexpresivas, inhumanas — deshumanas, como queráis —, desprovistas de toda animación y convertidas no en palpitantes personajes de la comedia o de la tragedia humana, sino en monigotes torpemente movidos por hilos visibles, como los muñecos de Guignol.

Los tipos salidos de la fantasía, de la idea de Rafael Mesa tienen, naturalmente, vida infundida; responden a realidades existenciales y en todos ellos se advierte un corazón que late y un cerebro que funciona. Pero sobre ésto ya volveré más adelante, cuando examine su obra. Por ahora, baste señalar que el talento de Rafael no producía figuras recortadas, estatuas inanimadas, sino almas tan dinámicas, cálidas y poderosas como la suya propia.

La juventud de Rafael Mesa se nutrió en la batalla audaz de los menos contra los más, en la Ciudad de entonces, pequeña y tranquila. En el ambiente sereno, las risas del "Galeoto", el periódico satírico que Rafael mantenía con otros compañeros, resultaban verdaderos cañonazos. El desenfado, la agilidad, el ácido humor de aquella peña de muchachos atrevidos conseguía levantar roncha en las alturas de la política local; y, en los instantes de mayor revuelo, Rafael Mesa se embarca en el Puerto y aparece en París.

Indudablemente, para un temperamento volcánico y exuberante como el suyo, este ambiente local no podía bastar. Toda su explosividad, su tremenda energía vital, su polemismo hirviente como una caldera necesitaba espacio amplio en el cual difundirse. Por eso, París con su enorme campo, con su extenso palenque donde convergían todas las energías y las ideas del mundo, representó para Rafael el medio apropiado. Allí podía verterse sin cuidado, derramarse sin preocupación y disputar briosamente un sitio a todo el mundo, sin miedo a chocar con convenciones mezquinas ni con políticas estrechas, como la que dejaba en su país.

¿Qué es Rafael en París? Todavía, París era el París de Murger. Los cafés de Montparnasse albergaban a los bohemios, con cincuenta años atrás. Rafael Mesa pinta sus primeras andanzas por París en las primeras páginas de "La quinta Sinfonía".

Entonces comienza su vida: una vida de asombrosa alegría, de incomparable humor. De Rafael Mesa se han contado muchas cosas, pero casi todas son inventadas por los espíritus triviales. Rafael trabajaba, escribía; traducía y se divertía, sin jamás pensar en el mañana. Rodeado del ambiente parisién, prendido en los encantos de París que en aquellos años era verdaderamente el corazón y el cerebro del mundo entero, su vida tuvo allí altibajos de abundancia y escasez, de bienestar y de miseria; todo afrontado con la sonrisa en la boca. Mientras tanto, su cerebro iba perfilando la obra. Allí surgían, uno a uno, los grandes tipos de su literatura: Pedro Trujillo, el pintor canario, centro de todas sus novelas; Toñón Tramundi, el escultor; Naturaleza, también pintor; Antonio Rojas, llamado de mote Don Sustantivo Masculino. Y todos estos, agrupados y recogidos, iban en la imaginación de Rafael Mesa moldeándose, como el bronce de las estatuas.

En 1912 me lo encontré en Granada. La Editorial Nelson le estaba utilizando y ya había publicado en ella, además de las traducciones de "La vida íntima de Napoleón", de Arthur Levy y de "Los Roquevillard", de Henri Bordeaux, su "Antología de los mejores poetas castellanos". En 1913 salió a luz, editado por la Editorial de Bouret, el "París anecdótico y sentimental". Rafael Mesa quedaba desde entonces entregado a la crítica, expuesto en los escaparates de los bulevares. El día de San José, 19 de Marzo de 1914, terminaba en el Café de la Rotonda "La quinta Sinfonía".

Pero después estalló la guerra mundial de 1914. Fué el fin del siglo XIX, aunque ocurriera en 1914. El vendaval barrió todo el mundo y se llevó a los bohemios de la Rotonda y de la Avenida del Observatorio, del Luxemburgo y del Boul Mich. Francia dejó las canciones, los versos, la pintura, la música y todos, hijos o amigos, se prestaron a defenderla. ¿Cómo iba Rafael Mesa a ser una excepción? Él también se sentía arrastrado por aquel frenesí, y tomó su fusil, y corrió a las trincheras. Al repasar estos días el original de una de sus novelas — "Las luces de la noche sin fin" —, he visto escrito de su puño y letra en la hoja del título lo siguiente:

«Comenzada en la ambulancia número 3 de la 35.ª división del 18.º Cuerpo del Ejército Francés, donde el autor era voluntario y estaba herido, en la segunda quincena de Noviembre de 1914».

Rafael Mesa apareció después en Las Palmas, con su perro "Zampa" y su buen humor de siempre; hizo un viaje a Buenos Aires, donde pronunció conferencias en las que decía horrores del Kaiser. Vuelto a Las Palmas, resucitó en él el periodista agresivo que fué en su primera juventud. Fundó un periódico, "El Palenque", donde atacaba con un brío y un tesón admirables. Sus artículos eran latiga-

zos y él, en aquel tiempo de la dichosa ecuanimidad política, se batía contra todo y contra todos. Luego, se casó; después, se fijó en Madrid.

En Madrid comenzó su segunda bohemia. Pero en 1920 la bohemia de Madrid era no más que los restos del naufragio de la bohemia parisiense anterior a 1914. Era la de Madrid una bohemia triste, pobre, de menguadas aspiraciones, de suciedad y de desvergüenza y repulsión. Allí, sus representantes eran Pedro Luis de Gálvez, paseando el cadáver de su hijo por los cafés para solicitar dinero con que enterrarlo y bebérselo luego en tabernas de ínfimo orden; Buscarini, el poetastro sin decoro; Campón, el pintor medio loco; y otros por el estilo que Valle-Inclán sacó a plaza en sus "Luces de Bohemia". Rafael Mesa no podía hacer nada entre esta gente y vivía solo, heroicamente, como el último superviviente, como el capitán de un navío que se hunde. Ningún editor quiso conocerle; ningún escritor consagrado pensó en recomendarle. Su talento seguía manifestándose en la conversación, en las ideas que surgían en él como chispazos. Pero, además, no hizo nada por vencer la mediocridad del ambiente. Le disgustaba Madrid, entonces artísticamente anémico, y seguía considerándole, como dice en "La quinta Sinfonía", un pueblo agarranzado y atorerado. Ya no era el Rafael Mesa de antes, porque la verdad es que, en aquellos años, el único himno que podía entonar eran los versos famosos de Rubén Darío:

"Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver..."

En 1923 estaba ya muy enfermo, y habiendo vuelto a Las Palmas, en 1924 había muerto ya cristianamente.

Rafael Mesa era un canario de buena cepa: un canario "a rente", como decimos nosotros. Su tipo novelesco medular es el canario Pedro Trujillo. Sus mujeres buenas, canarias son. Las malas, las hace extrañas a esta tierra. Llena la imaginación de visiones canarias, Rafael Mesa se complace en recordar a todas las personas de aquí; y cuando compone su "París anecdótico y sentimental", es la pareja de Don Francisco Trujillo y de su esposa, Doña María del Pino Doreste, canarios puros también, los que el autor hace llegar a París para ver a su sobrino y recorrer la gran ciudad, visitándolo todo y recogiendo en cada rincón, en cada perspectiva, la historia gloriosa o galante, guerrera o picaresca correspondiente. En toda su obra pone Rafael Mesa su ardiente amor por la tierra natal. Pero, eso sí, no olvida su propia experiencia y no deja de consignar que la ciudad de Las Palmas de entonces era un pueblo pequeño, donde las pasiones personales y políticas ahogaban la espiritualidad. En los comienzos de "Las luces de la noche sin fin", Pedro Trujillo, ya ciego y en Las Palmas, exclama:

«Juzgando sin pasión, hay que reconocer que, para los que viven la vida a flor de piel, éste es un sitio admirable; pero es un infierno para los que tienen ideales: los expansivos; los que necesitan un ambiente, en fin. Allí veremnos

como nos las arreglamos. En este momento me parece que podré abdicar algo de mí mismo y que la vida me será posible. La familia y los amigos que en el muelle deben esperarme, traénme flores cuyo perfume percibo desde aquí».

Su pasión por Gran Canaria se le nota no sólo en la exaltación de los canarios, que en sus obras forman el centro vital, sino en el cariño que pone en la descripción de los lugares. Por ejemplo, la Ciudad, descrita por Pedro Trujillo en estos términos:

«Ahí veis a la Muy Noble y Muy Leal Ciudad del Real de Las Palmas, dormida al Sol como una sultana arrebuñada en su manto blanco esmaltado de esmeraldas y zafiros, con pies hacia el Sur y la cabeza apoyada en un brazo, que los alarga hasta el Puerto. Allí lejos, al Sur (aquí estamos al Norte), se halla el simpático y pobre barrio de San Cristóbal, donde viven pescadores y gente de mar ingenua y ruda, a donde iremos por el bullavés porque no pudimos ir a la Cannebière. Es un arrabal de mucho carácter, donde vereis viejos lobos de mar, dignos de que yo les hiciera un retrato. Vienen luego unas plantios de bananas, y el Cementerio, nada de lo cual se ve desde aquí; y después el barrio de Vegueta, noble y viejo, algunas de cuyas más viejas calles salieron de su quietud cuando apenas existían, el día en que don Cristóbal Colón, futuro Almirante de Castilla, bajó de su carabela para ir a orar en la hoy vetusta y entonces recién construida ermita del Abad San Antonio. Como muchas de las casas vecinas, la iglesia se encuentra hoy tal y como entonces era. Cerca hay un antiguo convento de agustinos, del cual se ve una torre cuadrada y chata, vecina al mar; y también está cercana la Catedral, cuyo interior es realmente notable como arte y concepción, así como por su osadía. El exterior contiene todo lo que una sabia mezcla de estilos puede dar de sí. Es elegante y de una severidad gracioso. Nunca fué acabada, y para enmendar ésto le pusieron unos parches que la deshonran, pues le caen tan bien como un par de pistolas a un Santo Cristo. Como en toda Ciudad de provincias que se respeta, el Ayuntamiento está enfrente de la Catedral; un Ayuntamiento que ni me gusta ni me disgusta; que no es un gran edificio, pero que tiene muchos elementos de ello. Por detrás, hacia el Oeste y el Sudoeste, caen los barrios obreros de San Roque, San Juan y San José, que se encaraman por las colinas, como rejos de pulpo sobre piedras o marea baja. Pasamos el barranco Guini-guada, siempre seco, y caemos en el barrio de Triana, que de común con el famoso del otro lado del Guadaluquivir no tiene más que el nombre; un barrio nuevo y sin interés para nosotros, pero con un rincón formado por la Alameda de Colón, la plaza de Cairasco y la calle de Muro que es una maravilla, como no se ve en Niza, Biarritz o San Sebastián. Solo en algunas ciudades can-

tábricas se halla algo así, pero en grande; aquí es más íntimo y personal. Y detrás, el risco de San Francisco, aquel barrio, en forma de anfiteatro, donde viven los pobres, gente honradísima y buena que no tiene más remedio que codearse con las mozas del partido que pululan por aquellas alturas.»

Luego es la descripción de la casa del Monte Lentiscal: la casa del padre de Rafael Mesa, que Rafael evoca detalle por detalle, cuando describe su obra en la ambulancia número 3 de la 35ª División, 18.º Cuerpo de Ejército francés, en Noviembre de 1914. La proximidad del peligro, la posibilidad de la muerte, la terrible soledad del soldado hacen surgir en su mente los ideogramas de la casa familiar:

«Al salir de allí, tomó Trujillo la escalera que de la dicha puerta arranca hasta una suerte de alameda ancha, larga, embaldosada, con hilera de macetas a ambos lados. Uno de ellos era la fachada principal de la casa, y otro una verja de madera de tea en que ostentaban su amable orgullo unos estupendos rosales de enredadera, cuya aroma desde lejos convidaba.

—¿Están aún en el mismo sitio los brezos de olor?

—Sí, hijo.

Trujillo fué derecho a ellos y pellizcó un gajillo, que estrujó para olerlo. Siguió luego otra escalera del jardín, y bajando dos o tres escalones llegó a lo que llaman «el pino». Era un carmen cuadrado, rodeado en parte por un muro coronado por alta verja invadida por frondosas enredaderas que parecían agobiarla. Al pie de los muros hay hoyos con resguardos en los extremos, por el estilo de los canapés del Imperio. En el centro, hay un formidable pino, altísimo, pero cuyas ramas parecían surgir desde tierra de un menguado tronco, porque al hacerse los paredones para conleccionar los jardines rellenando con tierra el tronco quedó enterrado.

Todos tomaron asiento, y a poco dijo don Francisco:

—Tarda en venir el mayordomo.

Don Pedro añadió:

—Voy a tocar la campana.

Y se dirigió hacia la parte baja y más amplia del jardín, allá por cuyo centro había otro pino, más alto éste y más esbelto, de cuyas altas ramas estaba colgada una campana que servía para dos fines: avisar al mayordomo que los señores habían llegado y llamar a misa los días en que iba la familia muy temprano, en compañía de algún sacerdote amigo. Don Pedro tocó, y la campana se hizo oír por toda la comarca, con són de feudal autoridad».

Advierto a mis oyentes que estoy leyendo las hojas manuscritas por Rafael Mesa, como borradores. Las incorrecciones de redacción que podáis notar, sin duda debían desaparecer más tarde, al dar las definitivas cuartillas a la imprenta. Pero las leo tal y como el autor las escribió. Así conservan todo su magnífico sabor.

Sin duda pensó Rafael acabar con «Las luces de la noche sin fin»,

su obra fundamental, que es una tetralogía, como él mismo anuncia al comenzar la primera obra que la inaugura: pero entre los papeles que dejó al morir, aparece una obra más: «Pecados», que está sin terminar.

¿Qué se propuso Rafael con esta novela inconclusa? No lo sé. Comienza con la presentación en París de un hijo natural de don Pedro Trujillo que, como su padre, abandona la carrera que seguía en Madrid y se marcha a la capital de Francia a ser pintor. Pero, de pronto, el autor da media vuelta y la novela no vuelve a ocuparse del hijo de don Pedro, convirtiéndose en la historia de la vida y la muerte de don Francisco Trujillo, tío de don Pedro, en la Ciudad de Las Palmas. «Pecados» es la pintura exacta de la vida política de la Ciudad en los primeros años de nuestro siglo. don Francisco Trujillo, caballero cabal, es elegido-concejal y luego Alcalde; pero como ataca a los matuteros y a los negociantes de la política, se le difama, se le persigue y, al fin, Rafael Mesa le hace morir en pleno Salón Dorado del Ayuntamiento.

Después de este suceso, no se sabe ciertamente a dónde quiere ir a parar el autor. La novela se transforma en la narración de una sucesión de episodios locales. Rafael Mesa, por ejemplo, aprovecha lo que aquí llamamos «venir el barranco» para presentar a sus familiares: a su padre, que él llama «don Julio Yáñez y Quesada», y a sus hermanas; todos en la casa de la calle del Progreso, hoy Mesa de León, en la cual vive aún la familia. Pero el argumento se deshilvana, se desmenuza en miles detalles y, en suma, toda esa segunda parte de la novela da la impresión de que Rafael carecía de plan fijo y de idea guiadora. Estaba ya cercana su muerte, y la inteligencia, cansada y agotada, se rendía definitivamente.

* * *

Ahora, examinemos la obra de Rafael Mesa y consideremos su valor literario.

A la vista de los originales del escritor, nos percatamos de que Rafael Mesa concibe bien, pero realiza defectuosamente por precipitación. Si el autor es, como antes dije, un dios caduco y mortal, Rafael Mesa, como creador, piensa que basta un segundo para forjar un universo. Rafael concibe, y va escribiendo su concepción conforme sale, sin detenerse y sin dedicar mayor atención a la perfección externa, a la forma de decir. Esta impetuosidad perjudica su estilo y lo hace, generalmente, incorrecto, aunque pocas personas conocían como él los secretos de la gramática. Para Mesa, la literatura tenía que ser, primero, fondo, más que forma; emoción, más bien que sintaxis.

Rafael huye de la frivolidad y sus temas capitales son la muerte, el dolor, la miseria y las pasiones dramáticas. Pero se equivocaría quien pensara que temas así los ambienta en atmósferas siniestras. No. El trágico destino de Fedora Vilsky se desarrolla en la alegría de un círculo de bohemios despreocupados, presididos por Pedro Trujillo.

La pobreza de los artistas amigos halla ámbito en los sitios elegantes: en el Bosque de Bolonia, en el Café d'Arcourt, en el Pabellón de Armenoville, en el Palacio de la Gran Duquesa Tranova, en el rico entresuelo de Lady Hamilton; la escasez se compensa con los festines donde hay ostras de Marennes y caviar, rociados con champaña y borgoña y burdeos. «Las luces de la noche sin fin» de la ceguera de Pedro Trujillo se van apagando entre muchachas alegres, en medio de paisajes amables, y se entreveran con risas y donosuras. Nada de eso es torvo, como lo son los ambientes de Dostoiewsky, ni menguado, como los de Balzac y Flaubert.

Indudablemente, si Mesa se hubiera puesto a perfilar sus figuras hubiera producido una obra literaria de gran envergadura; pero sin duda esas criaturas habrían entonces perdido gran parte de su vitalidad, de su aliento, de su poder expresivo. Donde quiera que Rafael Mesa se ha detenido algo más de lo corriente, limando la frase, allí se nota frialdad; como resulta de inferior calidad cuando, prescindiendo del sentimiento propio, incluye en sus escritos temas que le son ajenos. Y, sin embargo, con todos esos peros, Rafael Mesa es un gran novelista, porque, en efecto, sólo se preocupó fundamentalmente de reflejar la vida. Algunas veces, su diálogo es como el de Pío Baroja: claro, rotundo, conciso y crudo. Sus personajes no declaman, sino conversan. Esas grandes parrafadas líricas, esas extensas explicaciones literariamente muy perfectas, pero que nunca oímos en la vida real, le son desconocidas. Y no obstante, es un ardiente defensor de la literatura, sin que le asuste enfrentarse con los que el mundo tiene por autoridades indiscutibles. La introducción a su «Antología» contiene ataques, perfectamente fundados, contra Don Marcelino Menéndez Pelayo; pero al final del libro, fechado en Julio de 1912, Mesa coloca una caballeresca nota en que reconoce el mérito del ilustre maestro.

Por otra parte, la obra novelística de Rafael Mesa no pasó de sus comienzos. Para que Galdós llegara a ser el gran maestro, necesitó también sus años de aprendizaje, y sus primeras novelas fueron, como las de Rafael, víctimas de la primericia en el género. Para que Baroja llegara al alto puesto que hoy ocupa en la novela española han sido menester que primero hayan salido de su pluma verdaderos esperpentos, perpetrados en su juventud. Pero si comparamos estas obras primeras de los maestros con las de Rafael Mesa, salen ganando las de nuestro paisano; porque, aparte lo más sólido, macizo, completo del tema y de los personajes, la literatura es mejor, más florida, más emotiva. Si aquel hombre hubiera sido un disciplinado, la gloria literaria le habría seguido desde el primer momento; pero como no lo era, quedó en los umbrales del templo. Pero, eso sí: bien visible y bien alto. Que sus posibilidades eran incalculables, es cosa clara. Esa ligereza, esa despreocupación que caracteriza su literatura, se convierte en cuidadosa preocupación cuando no se trata de escribir ideas propias, sino de traducir libros ajenos: sus traducciones de Lévy, de Bordeaux, de Regnier, lo atestiguan.

Lo que siempre se salva en la literatura de Mesa es el fondo. Allí no hay almas cenagosas, sino apastanadas. Allí no hay problemas oscuros, sino claras cuestiones de vida normal. Junto al esplendoroso amor de Fedora Vilsky está, sin desentonar, el amor sensual de la Gran Duquesa, y aún los amores pobres y ramplones de Lisette y Pinilla. Penas y alegrías se enlazan sin confundirse. Todo es diáfano, y el vicio—cuando aparece—no es repulsivo, sino hasta se hace simpático, porque siempre es perdonable.

Si nos paramos a considerar lo que debe ser la novela, Rafael Mesa salva, a entera satisfacción, el exámen. Pío Baroja coloca al frente de «La nave de los locos» lo que él llama «prologo doctrinal sobre la novela», algo equivalente a los famosos «Prefacios» de George Bernard Shaw, y vierte allí sus modos de pensar sobre la novela y los novelistas. Yo, que estoy de completo acuerdo con lo que piensa Baroja, creo con él que en la novela y en el arte literario lo difícil es inventar y, más que nada, inventar personajes que tengan vida y que nos sean necesarios, sentimentalmente, por algo. Este primer requisito se cumple a maravilla en Rafael Mesa, que ha inventado personajes animados y vivos, como ya hice notar. Baroja cree que el estilo y la composición de sus libros tienen importancia, pero—dice—como son cosas que pueden mejorarse a fuerza de trabajo y de estudio, no pueden dar la impresión fuerte y sugestiva de la creación fantástica. Y eso ocurre con Rafael Mesa.

Otra cosa que no debe ser la novela es limitada; y ese fué el gran pecado de Pereda, que ponía como normas sociales y morales del mundo lo que se pensaba en Santander. Rafael Mesa no conoce la limitación: París y Las Palmas, con su amplitud el uno y con su pequeñez la otra, se codean en sus novelas, y las ideas de la isla no estorban a las distintas ideas de la gran ciudad. Rafael pasa de un lado a otro sin que por citar la vida de Gran Canaria se empequeñezca la de París, y sin que la de Las Palmas se engrandezca con la cita de la vida parisiense. don Pedro Trujillo es un gran artista en París, sin abominar de su tierra, pero sin disculparla: viene a resultar un latino supercivilizado, y al volver, ciego, a Las Palmas, continúa siéndolo. Los ambientes no se estorban, aunque choquen; y la verdadera causa de la muerte de don Pedro Trujillo en los desriscaderos de la Caldera de Bandana no es el agotamiento de su espíritu, sino el de su sensualidad. El pintor hecho al goce de la vista, a la maravilla de los colores, al cielo radiante, al mar azul, al campo florido, no puede resistir el peso de la noche de su ceguera, y la vida espiritual—única que desde entonces puede vivir—tiene que parecerle una insorpotable tiranía, una insufrible prisión. Para librarse de ella, no hay para él más escapatoria que la muerte. Al apagarse las luces de su noche sin fin, recobrará su vista en el día maravilloso de la Eternidad.

La literatura de Rafael es ligera, espejeante. En un novelista, la pesadez y la morosidad no pueden ser una virtud; y Rafael huye de la pesadez. Tenía del estilo una idea psicológica y no un concepto burdamente gramatical. Como espíritu impresionable que era, un apunte,

una insinuación le bastan. Se ve que el perfilar, el redondear, el retocar le fastidian y aburren. Sus correcciones son siempre rápidas; sus aclaraciones, concisas. De ello resulta una técnica atractiva y algo desconcertante, pero indudablemente dotada de una personalidad vigorosa.

¿Y qué más podría yo decir de Rafael Mesa en una conferencia que no debe ser una exposición crítica, sino un mensaje? Desgracia fué para las letras españolas perderle tan pronto. Aún me parece verle, vagando por Madrid con su ancho sombrero, su alta figura, su bohemia impenitente. Aún me parece escucharle con aquella voz inconfundible, batallando con las ideas que, luces de su noche, iban ya apagándose, hasta extinguirse del todo, pocos meses después, en la Ciudad que le vio nacer y que es la nuestra. Yo recuerdo que a mis 25 años oí elogios de Rafael en bocas como las de Martinenche, Porto Riche, Miomandre, Mauclair, Victor Emile Michelet, Ventura García Calderón, Alfonso Reyes y Gómez Carrillo. Todos pensaban entonces que Rafael Mesa, entrado en su madurez, no se empeñaría en resucitar los tiempos de Murger, porque la bohemia tradicional había desaparecido. Pero Rafael Mesa tenía un destino marcado. Él, con su rebeldía, su deliciaos altivez, su corazón de oro, su melena de león, su chambergo y su literatura tenía que ser «el último romántico», tal y como se pintó a sí mismo en su novela del mismo título. Su destino estaba en soñar, pero en la miseria. En el dolor, pero con el sedante de su humorismo.

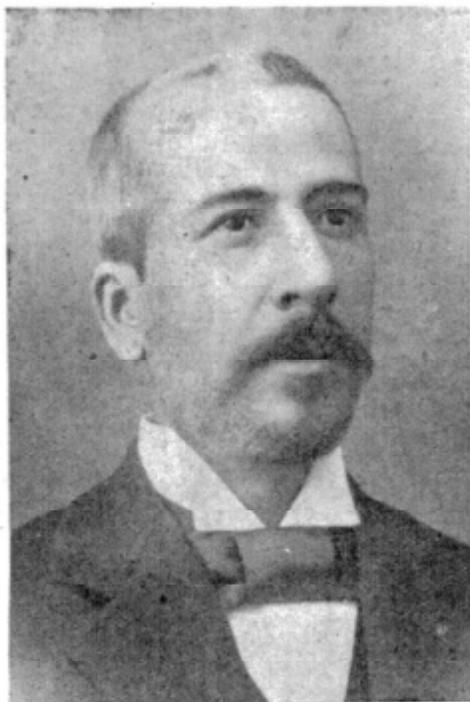
Nosotros no hemos pagado el amor que nos tuvo. Le hemos olvidado injustamente; le hemos ignorado voluntariamente; y ahora, a los veinte y cinco años de su muerte, debemos a este último romántico, que amó apasionadamente la vida para morir joven como todos los amados de los dioses, una reparación. Yo no sé en qué podrá consistir: pero, por lo pronto, donde tanto ilustre nombre desconocido marca las vías públicas, creo que debe haber lugar para que en alguna una lápida de mármol diga: «Rafael Mesa». Como él mismo dice en su nota final de la «Antología»: «¡Cuántos que parecieron haber muerto en vida surgieron de sus cenizas!»

Y si algún día espíritus más cordiales y comprensivos quisieran poner en su sepulcro algo que recordase a este admirable hombre, habría que buscar una expresión escultórica igual a la que Rafael ideó para Fedora Vilsky en el párrafo final de la «Quinta Sinfonía».

«... Un cuerpo que cae rodando y desgarrándose en las asperezas de la piedra, símbolo de la indiferencia y la dureza de la vida. Al pie, por toda inscripción, sobre la fecha de la desgracia, los primeros compases de la Quinta Sinfonía, y debajo las palabras de Beethoven: «Así llama el Destino a las puertas del hombre».

HE DICHO.

3 de Junio de 1948.¹



Don Antonio Artiles Ortega
(1858-1916)

Secretario Artiles ⁽¹⁾

Secretario Artiles es el rótulo de una calle del Puerto de La Luz; pero la mayoría de las gentes, atareadas o distraídas, que por ella transita, ignora quien fue y el alto relieve que tuvo en nuestra ciudad don Antonio Artiles Ortega. Primario conocimiento de los vecinos del Municipio es saber lo que significan las efemérides históricas y lo que representen los nombres que integran el nomenclátor de las vías urbanas.

Contando con vuestra benevolencia, nos proponemos trazar la silueta del Secretario Artiles. Bien merece este integérrimo varón que se le saque de las sombras del olvido que ya envuelven su nombre y el de otras figuras dignas de ser ensalzadas por sus propios méritos y por los beneficios otorgados a la tierra natal.

Se vive demasiado de prisa, las inquietudes y preocupaciones de la existencia son mayores en los tiempos modernos, materialistas más que idealistas, y es triste y desalentador que los vivos vuelvan la espalda, indiferentes o desdeñosos a los muertos, empujándose unos a otros para satisfacer nobles ansias humanas o saciar groseros apetitos del instinto, en vertiginosa carrera que para todos los mortales tiene un fin inexorable y fatal: la perdurable paz del no ser.

Pensemos un instante, los que al presente estamos en el mundo, que llegará el día que nos perdamos para siempre en el misterio de



Don José Suárez Falcón, "Jordé"
(Conferenciante)

(1) Dedicó estas páginas a Félix Marrero Ortega, inteligente organizador del homenaje a don Antonio Artiles Ortega, con quien le unían vínculos de sangre y afecto.

la eternidad, y un deber cívico nos manda enaltecer la memoria de quienes fueron paladines de honrosas causas y descollaron entre sus contemporáneos por su talento y virtudes. Las vidas extinguidas nos legaron una tradición que estamos obligados a conservar y enriquecer para trasmitirla mañana a las venideras generaciones.

En los anales del Círculo Mercantil no es desconocido don Antonio Artiles Ortega. Ostentó este centro la genuina representación del comercio local, y el señor Artiles, experto en legislación mercantil, era el consultor de los comerciantes, independientes en sus actividades o agrupados para formar la Agrupación de Consumos, que por cierto la hacía generosos donativos con destino a obras de interés general. Cuando había que remediar necesidades públicas o engrasar suscripciones para la celebración de acontecimientos memorables en nuestra historia, el Círculo Mercantil y los Gremios de Consumos prestaban su entusiasta cooperación. Recuérdese que el comercio contribuyó a levantar los edificios que hoy ocupan la Comandancia Naval de Canarias y el Banco Hispano Americano, en las plazas del Ingeniero León y Castillo y Hurtado de Mendoza.

Don Antonio Artiles Ortega nace en Las Palmas en 1858, convaliente la isla de los estragos de la epidemia colérica del 51. El 58 fué el año de la segunda división del archipiélago en dos provincias, más fugaz que la primera, la del 52. Muere el primero de Noviembre de 1916, en que las derivaciones de la guerra europea son de efectos ruinosos para el país.

Veamos, en rápida mirada retrospectiva, cómo se desenvuelve su vida, más intensa que larga: los primeros pasos y los medios a su alcance, periodista y funcionario y el Secretario y su obra.

Aprende las primeras letras y la falta de recursos económicos no le permite cursar estudios superiores; pero su afán de instruirse estimúlale a ir ensanchando cada día la zona de su cultura. Desde muy joven tiene que trabajar al lado de un pariente que le lleva a Telde, y en aquel Ayuntamiento desempeña modesto empleo. Retorna a Las Palmas, en donde se ofrece más ancho campo a su actividad y horizontes más lisonjeros a sus aspiraciones, desportándosele la afición al periodismo. En años juveniles funda un periódico, «El Independiente» (1876-81), con su íntimo amigo don Francisco Ojeda Hernández. El título del periódico responde a la idiosincracia de los fundadores, unidos por fraternales vínculos de camaradería y celosos siempre de mantener su independencia.

Don Francisco Ojeda Hernández siente deseos de respirar otros aires y mejorar de suerte y emigra a Cuba, figurando en la redacción del semanario «La Voz de Canarias», que se publicaba en la Habana allá por el año de 1884. Más sedentario o con menos espíritu aventurero, don Antonio Artiles Ortega se queda aquí, apegado al terruño. Decenios más tarde, veterano periodista y consecuente republicano, conocimos al señor Ojeda Hernández encargado de la dirección de «El Tribuno».

Los periódicos de aquella época y aun de lustros posteriores, es-

taban condenados a una vida breve, lánguida y precaria; aparecían al calor de circunstancias políticas o patrióticas o a impulsos de rebeldías individuales, y desaparecían sin dejar huella de su efímera existencia. Prolífica incubadora de periódicos fueron las luchas enardecidas por la capitalidad y por la división de la provincia, la Revolución de Septiembre del 68, antes y después del destronamiento de doña Isabel II, la República del 73, la Restauración monárquica del 75 que proclamó rey a don Alfonso XII, la organización del partido liberal canario y otros sucesos de resonancia insular. Los periódicos, unos llevaban la voz cantante de los que gobernaban y otros acogían la crítica y protesta de las oposiciones.

Bastante copioso es el catálogo de «Los periódicos de las islas Canarias», del que es autor don Luis Maffiotte. Intercalemos aquí una curiosa nota: en 1870 vió la luz pública en esta ciudad una gaceta titulada «A B C», que por supuesto no alcanzó el éxito de su homónimo de Madrid.

Don Antonio Artiles Ortega se enamora, se casa y el adverso destino deshace el feliz hogar: muere la mujer que había elegido para compañera de su vida, dejándole cuatro hijos de corta edad cuando más falta hacía a él el aliento de la esposa y a ellos el calor del regazo materno. Al trabajo y a sus hijos se consagra. Su férrea voluntad no se abate y batalla animosamente por el pan de cada día. El amor a la prole fortalece su espíritu entristecido por el dolor. Estimado por su inteligencia y hombría de bien, don Antonio Artiles Ortega desempeña distintos cargos. Es funcionario de la antigua Depositaria de Hacienda, primero, y luego del Ayuntamiento de Las Palmas. Destacado como periodista dirige «El Comercio» (1882), defendiendo los intereses y aspiraciones de las clases mercantiles, y después «El Liberal», órgano del partido que acaudillaba don Fernando de León y Castillo, cuya personalidad—tribuno parlamentario y Ministro encumbrábase en la política nacional.

En este último diario sostiene campañas inspiradas en el progreso y bienestar de nuestra isla y su capital, siguiendo el programa de los hermanos León y Castillo. El ilustre ingeniero don Juan de León y Castillo pudo apreciar las condiciones intelectuales y morales del señor Artiles Ortega, y le concede puestos de confianza. El Secretario Artiles vivió plenamente aquellos días de desbordamiento del júbilo popular por la concesión del Puerto de La Luz, que marca con caracteres indelebles, una época culminante en nuestra historia. El puerto pone término al aislamiento geográfico y abierto a la navegación universal nos comunica con Europa, Africa y América y echa los cimientos del floreciente porvenir del país. Artiles Ortega, de arraigados sentimientos canarios, respira aquel ambiente aleccionador y toda su vida coadyuva al logro de los anhelos de Gran Canaria.

Carecía don Antonio Artiles Ortega de título académico y no lo necesitaba para probar suficiencia en diferentes disciplinas. Se formó a sí mismo, con esfuerzo autodidáctico. El claro discurso, el juicioso discernimiento y la sobria expresión eran el sello personal de su esti

lo, sin dejar de ser elegante. En las polémicas periodísticas distinguíase por el brio en el ataque y la habilidad y energía en la defensa, exponiendo razones y argumentando con lógica. Colgó la pluma de periodista activo para dedicarse a la burocracia municipal, que consumió sus energías durante veinte y cuatro años. Don Antonio Artiles Ortega entró al servicio de este Ayuntamiento en 1892, abandonando la oficina para el único descanso que conoció: el de la inmovilidad eterna.

Gozaba de legítima reputación en materia de Administración, cuando se le nombró Secretario en 1903. Vacante la Secretaría por fallecimiento de don Francisco Morales de Aguilar, periodista de exuberante retórica y funcionario meritísimo también, aspiraban a desempeñarla don José Romero Quevedo y don Prudencio Morales y Martínez de Escobar, ambos abogados, oradores y escritores notables. Estos retiraron sus instancias al presentarse la candidatura del señor Artiles Ortega, quien a la sazón era Jefe de la Sección de Contribuciones e Impuestos del Ayuntamiento, con reconocida idoneidad. Obtuvo el nombramiento por unanimidad y fué acogido con beneplácito por la opinión pública, pendiente de la provisión de la codiciada plaza. Presidió la sesión el Alcalde accidental don Bartolomé Apolinario y Macías. La actuación del Secretario Artiles demostró el acierto de su elección.

A don Ambrosio Hurtado de Mendoza, Alcalde de inolvidable gestión por las trascendentales reformas que llevó a cabo, le oímos decir: Yo era partidario de Prudencio Morales y nombrado Artiles pude convencerme de que el Ayuntamiento de Las Palmas contaba con el primer Secretario de España. Para no aceptar la Alcaldía en una segunda etapa, después de muerto don Antonio Artiles Ortega, don Ambrosio alegó que le faltaba la colaboración del benemérito Secretario.

Este voto es de calidad irrecusable; pero aun descartando la hipótesis en la opinión del señor Hurtado de Mendoza, dictada por su afecto a la persona y su admiración al funcionario que con él colaboró, para nosotros es incuestionable que don Antonio Artiles Ortega, que fué nuestro jefe, reunía singulares cualidades difíciles de concurrir en una sola individualidad: competencia, laboriosidad y honradez a prueba de halagos y tentaciones. Nadie captó su voluntad ni a nadie hipotecó su criterio: aquella marchaba sin torcerse, recta por el camino que se trazaba y éste lo sostenía con viril dignidad y en algunas ocasiones con altivez.

Fué, pues, un raro mirlo blanco de la burocracia, en la cual no descubrimos ningún secreto, que importe guardar, al decir que abundan los mirlos negros de la incompetencia, la incurria y... otras cosas peores.

Cierto que don Antonio Artiles Ortega era de carácter áspero y hasta violento; sabía hacerse respetar y respetábasele en todas partes. Imponía respeto con la voz a ratos imperiosa o con el gesto ceñudo y autoritario. En la intensísima labor desarrollada al frente de la

Secretaría, con escaso personal culmina su obra. Dotado de prodigiosa memoria, sin tener textos a la vista informaba explicando preceptos y citando fechas de leyes y disposiciones que afectaban al Estado, la Provincia y el Municipio en sus recíprocas relaciones. Llamábasele Alcubilla porque tenía en la cabeza, almacenada y ordenada, toda la legislación española. Considerándole muy autorizado su dictamen, acatábase generalmente. Cuando había que esclarecer cuestiones complicadas acudíase a oír su parecer, y don Antonio Artiles proponía la fórmula. La experiencia, auxiliando su privilegiado entendimiento, resolvía arduos problemas. La interpretación de las leyes con sagaz hermenéutica y los conocimientos que atesoraba, sorprendían aún a hombres versados en la ciencia del Derecho. Conocía leyes, reglamentos y prácticas administrativas y es fama que los escritos que él redactaba, formulando peticiones o reclamaciones, admiraba a los funcionarios de los centros superiores llamados a dictar el fallo definitivo. Era partidario de la recta interpretación y aplicación de las leyes, repudiando sofismas y artimañas.

Un distinguido letrado consultóle en momentos de duda y apenas le expuso el caso, el señor Artiles Ortega indicóle el procedimiento a seguir. Refería el aludido profesional que se fué a su despacho y rompió el escrito que había hecho, redactando otro nuevo con arreglo a las normas aconsejadas y obtuvo una favorable resolución.

Pero en don Antonio Artiles Ortega no era solamente admirable la portentosa memoria que le permitía retener y conservar frescas tantas cosas, como grabadas en disco mecánico, sino la lucidez del juicio y la perspicacia en la lectura de textos a menudo confusos, anfibológicos y antinómicos. Tendía a la síntesis de diáfana comprensibilidad, esquivando difusas ampliaciones en los documentos que redactaba: actas de sesiones de la Corporación Municipal de largos debates, informes sobre múltiples asuntos, recursos o exposiciones a la Superioridad, etc. Concentrado el pensamiento, la forma era lacónica, sin emplear palabras ociosas. Pero es de advertir que la concisión no oscurecía el concepto ni debilitaba el vigor de la frase. Operaba sobre el dominio que adquiriría de las cuestiones tras reflexivo estudio, sin entregarse a fáciles improvisaciones que suelen conducir a irreparables equivocaciones.

Cuando se suprimió el impuesto de Consumos, rápida y eficazmente organizó el Secretario Artiles, sin acogerse a prórrogas legales, la recaudación de los arbitrios sustitutivos, con sus correspondientes ordenanzas fiscales, evitando sensibles perturbaciones en las rentas del Municipio. Su celo siempre alerta, velaba por el normal funcionamiento de los diversos servicios, tanto de las oficinas como de otras dependencias, sin que se escapara nada a su intervención. El Ayuntamiento era la prolongación de su casa particular y en él encontrábasele de día y de noche. En verano formaba la tertulia nocturna en el atrio del edificio consistorial.

De las tertulias, que le eran gratas y a las cuales concurría asiduamente, ausentábase cuando se representaban en el teatro obras de

Echegaray, López de Ayala, Galdós y otros autores de su predilección. Fuera de estos parentesis de recreo del espíritu, reclamaban su ocupación y preocupación los problemas locales: reformas de utilidad o embellecimiento, servicios de abastos, agua, luz, ornamento, jardines, enseñanza. Desde su puesto de mando regía la nave municipal que, a la verdad, no siempre cruzaba mares tranquilos con viento propicio, dando a todos, concejales y empleados, el ejemplo de su inclinación al trabajo y amor a la ciudad.

Hallábase don Antonio Artiles pendiente de todo, sin descuidar nada dentro de la órbita de su incumbencia: el curso de los expedientes que se tramitaban, las disposiciones de las Autoridades en relación con el Municipio, el desarrollo de la urbanización, el cumplimiento de las Ordenanzas municipales, las quejas y reclamaciones de vecinos y periódicos contra abusos o deficiencias de algún servicio. Solía recorrer los días festivos el centro y los barrios de la ciudad, observando la construcción de nuevas casas, sus líneas y rasantes, la apertura de calles, el estado del pavimento, la limpieza y el alumbrado, activando las reformas enderezadas al ensanche del perímetro urbano y al mejoramiento de la higiene y sanidad de la urbe.

Todo ésto, que puede parecer exageración a quienes no conocieron al Secretario Artiles, es la pura verdad, pues él vigilaba de cerca cuanto relacionábase con el progreso y decoro de la población, desvelándose por la creación de nuevas escuelas y establecimientos de enseñanza superior, por el fomento del turismo extranjero y en general por el adelanto y riqueza de la isla. A medida que crecía el número de habitantes, dedicaba especial cuidado a la confección del censo de población, que servía de base para recabar mejoras descentralizadas.

El Secretario Artiles tramitó proyectos de la transcendencia de la demolición de la llamada «panza» de Triana, que estrechaba y afeaba con vetustas casas, la calle de más movimiento, y del actual abastecimiento de aguas, pródigo en incidentes y discusiones apasionadas en el Ayuntamiento y en la prensa. Desplegó extraordinaria actividad en el encrespado pleito del fraccionamiento de la región atlántica en dos grupos autónomos y en la organización de asambleas representativas de las tres islas orientales unidas contra el absorbente centralismo provincial. Redactaba exposiciones al Gobierno e informes a los Ministerios acompañados de estadísticas que ponían de resalto la importancia económica, social, mercantil y marítima de Las Palmas. A Madrid trasladóse para orientar mejor la campaña en acción conjunta con nuestros representantes en Cortes y formando parte de la Comisión que se puso en contacto con gobernantes, jefes de partidos políticos, prohombres influyentes, periodistas y altos funcionarios. En aquellos días estaba muy alborotada en estas islas y en Madrid la pajarera canaria.

Desde aquí daba poderoso impulso al movimiento divisionista el entusiasmo y la inteligencia de un venerable patriota, el Alcalde don

Felipe Massieu y Falcón, escribiendo documentados folletos y organizando actos públicos. El señor Massieu Falcón era otro admirado de don Antonio Artiles y dispuso que se embarcara para la Península,

Un decisivo avance hacia la creación de la nueva provincia (1927), que don Antonio no vió, fué sin duda la Ley de reorganización administrativa de Canalejas (1912), establecida sobre la firme base de los Cabildos Insulares, cuyo Reglamento, en momentos difíciles por la lucha entablada, redactó el Secretario Artiles, en gran parte, siendo aceptado por el Ministro de la Gobernación.

Era singular el desinterés de don Antonio Artiles Ortega; vivía modestamente y con verdaderos sacrificios costeaba los estudios de sus hijos. Disponía el Ayuntamiento de reducida hacienda para las cargas que sobre él pesaban, la remuneración del personal era exigua y para colmo, superando los gastos a los ingresos, los empleados percibían sus haberes con retraso, que desnivelaba el presupuesto doméstico. Un hecho elocuente revela la penuria del erario comunal. Anunciado oficialmente el viaje de don Alfonso XIII en 1906, el Alcalde don Ambrosio Hurtado de Mendoza se echó a la calle requiriendo de las clases pudientes auxilio pecuniario para hospedar al primer rey español que pisaba suelo canario, ayuda que obtuvo con el prestigio de su autoridad, abriéndosele generosamente las arcas particulares.

Conoció, pues, el Secretario Artiles, y en parte también nosotros, el período calamitoso de las vacas flacas del crónico déficit. Su labor fué anónima, oscura, sin lucimiento espectacular. En días de zozobra y pánico por la invasión de la peste bubónica, prestó su concurso valioso en todas las situaciones, identificado con el Alcalde y los técnicos sanitarios.

En cuanto a su probidad en tiempos de grangerías de Puerto Francos y Consumos, puede decirse que, como el ave del poeta, pasó sobre el pantano sin mancharse. Pobre nació y en decorosa pobreza vivió y murió. Relataremos ahora una anécdota que refleja su contextura ética. Era empleado de Hacienda y alguien pretendió que le ofreciera facilidades para un negocio turbio, negándose terminantemente a acceder don Antonio Artiles. Para presionarle y confiando en vencer su resistencia, que era inexpugnable, buscóse insidiosamente la intervención del Jefe político entonces omnipotente y la respuesta fué poner a su disposición el destino para que lo ocupara otro funcionario con menos escrúpulos y más dúctil en tallar barajas sucias. El Jefe político, sorprendido porque no estaba habituado a recibir negativas y admirado de la entereza y austeridad del señor Artiles Ortega, le respetó en su empleo. Este es, señores, el limpio historial de un Secretario pobre.

Surge en nuestra memoria la imagen física de don Antonio Artiles Ortega, sentado en su silla delante de la mesa del pequeño local de la Secretaría, cólmada de expedientes y papeles, un montón revuelto, pero en realidad bien ordenado en sus manos, fumando sin cesar

cigarrillos, y en frente la endeble figura de su auxiliar, Néstor Rodríguez Castro, arisco, inteligente y leal. Recordamos también a otros empleados de la confianza del Secretario, competentes y laboriosos: don Rafael Mesa y don Guillermo Martínón. Don Antonio Artilles, moreno, de nariz corva, lentes de miope y cabeza encanecida. A veces resonaban fuera, en la galería, voces airadas del Secretario que rechazaba pretensiones que él no podía tolerar o corregía anormalidades que se le denunciaban. Las cóleras de don Antonio eran terribles, aunque pronto pasaba la tormenta y se le serenaba el ánimo sin guardar rencores. En el cumplimiento del deber manteníase inflexible: lo cumplía y lo hacía cumplir. Cuando creía oportuno hablar, hablaba alto y claro para que oyera todo el mundo y en los momentos que la prudencia o la discreción imponía silencio callaba con el severo sentido que tenía de la responsabilidad.

En el trato social era un correcto caballero, ameno en la conversación que matizaba de agudas observaciones. Conocía la historia antigua de Canarias desde los primitivos tiempos y la moderna, con interesantes episodios y sabrosas anécdotas. Su conducta de ciudadano era ejemplar, morigeradas sus costumbres y en la intimidad del hogar lo que se llama un padrazo. A su sombra protectora vivían deudos suyos, porque bajo el techo de su morada encontraban amparo y cariño en el fondo de su corazón. En contraste visible con las brusquedades impulsivas de su temperamento inclinábase a dispensar favores, porque era bueno y sincero.

Véanse algunos rasgos psicológicos del Secretario Artilles. En los expedientes personales de los funcionarios públicos no es extraño encontrar discretos o estrepitosos autoelogios, con exhibición oportuna o impertinente de títulos y méritos y servicios más o menos reales y efectivos. No es infrecuente que los que poco han trabajado sean los primeros en solicitar la medalla del premio al trabajo, para retratarse, por igual sin razón que los más pecadores repiten demasiado que tienen muy limpia su conciencia.

Pues bien, en el expediente de don Antonio Artilles no hay indicios de vanidosa faramalla, aunque no puede negarse que tenía plena conciencia de su valer personal. Enfermo y agobiado por exceso de trabajo, resistiase a solicitar licencia y varios ediles hicieron la petición al Consejo para que en el reposo del campo pudiera atender a su salud harto quebrantada. Sentía la nostalgia de la Secretaría y en ella permaneció mientras pudo sostenerse en pie, abandonándola para morir.

En conclusión, un epitafio que nos duele y nos avergüenza: el Secretario Artilles no tiene en el cementerio, donde recibió sepultura su cadáver, nicho ni lápida; sus restos se perdieron en el común osario, con los de otro hombre ilustre injustamente olvidado: el Dr. don Juan Padilla, uno de los fundadores del Museo Canario.

Mas el recuerdo del nombre del Secretario Artilles y el prestigio de su obra resplandece en el recinto de la ciudad, a la que sirvió y

amó profundamente. Al evocar su espíritu, nos parece que se halla entre nosotros, alentándonos a laborar como él laboró, por la cultura, la autonomía y la prosperidad de Gran Canaria.

11 de Agosto de 1948.



Rafael Romero, "Alonso Quesada"

(1886 - 1925)

UN ENSAYO SOBRE LOS ELEMENTOS POÉTICOS DE LA OBRA DE ALONSO QUESADA

Señores:

Seguramente soy yo, quizá, el menos indicado para venir a hablaros del poeta «Alonso Quesada» o del hombre que se llamó Rafael Romero (que sin duda formaron, en una sola persona, una de las figuras más interesantes de nuestra literatura insular), y precisamente a muchos de vosotros que le habeis conocido y tratado, a muchos de vosotros que habeis, quizá, sido compañeros de trabajo, amigos de su juventud, a muchos de vosotros que conocieron directamente su vida con toda su realidad, con todas sus ideas e ilusiones, que habeis oído de sus propios labios el concepto de su arte y los fines de su existencia.

Pero, señores, todo eso pertenece inevitablemente al pasado. Y en cuanto es historia pertenece a nosotros también, a las nuevas generaciones, que no renuncian a los cimientos que pusieron otras edades y otras épocas, en el trabajo incesante de añadir un eslabón más a la dorada cadena de la perfección y la belleza. En este sentido, cualquiera de nosotros, aunque no haya conocido a aquel joven apasionado, vidente (y hasta ingenioso y ocurrente como me han dicho algunos de sus amigos); que hace 25 años paseaba aún su melancólica y simpática silueta por las calles de nuestra ciudad, si ama y comprende su poesía, puede, sin duda, prestar un homenaje, un saludo que a mi juicio debe ser cordial, ale-



Sebastián M. de la Nuez Caballero

(Conferenciante)

gre y poético como el saludo de dos naves que se cruzan teniendo al fondo el grato paisaje de nuestra isla: él, hacia la historia, nosotros hacia la vida.

Sea esta una excusa, aunque débil, a la intromisión de mi persona en este homenaje al gran escritor canario que hoy recordamos.

Antes de entrar en el tema he de advertiros que quizá, y esto se me ocurre ahora, estaría mejor para leído y meditado en la soledad de vuestra biblioteca y no para ser dicho y explicado en breves minutos; pero trataremos de hacernos entender lo mejor posible.

Se trata de exponer someramente los temas fundamentales de la poesía canaria a través de la obra de Alonso Quesada:

I

No pretendo hacer crítica, porque nunca he comprendido el sentido de ésta; pues si las obras son buenas, se imponen por su propio mérito pese a la crítica y a los críticos, y si son malas no hay elogio que las haga vivir más de un fugaz momento. Sólo comprendo al apasionado lector que ante una obra, al sentirse herido por el verdadero valor de ella, quiera unir su interna emoción al ritmo del arte que le subyuga.

Con este ánimo, pues, me propongo, con una predisposición parcialidad, buscar los elementos poéticos de nuestro vate, que también son, por extensión, los caminos por los cuales marchó su inspiración en el corto vuelo de su vida sobre el peñón canario: isla, nave y camino.

Frente al gran Tomás Morales, el cantor universal de nuestros horizontes y de nuestro mar, que abre su ventana al mundo de todos los caminos donde no somos sino una posada de paso, está este mínimo Alonso Quesada que reduce toda «esta magnífica retórica a sentimiento, sincera verdad y paisaje desnudo». (V. Prat. Hist. Literaria Española, página 896, Tomo II). Pero esta reducción se llevó también consigo todas las esencias de la gran inspiración. Así el mar poderoso y magnífico de la «Oda al Atlántico», de Morales, se convierte en el dulce mar que hace de sanatorio a la debilidad íntima de Quesada en «Vuelve a ver a su amigo el mar» («Lino de los sueños», página 158), y el cosmopolitismo de los Puertos y los Poemas de la ciudad comercial del primero se continúan, en una nota menor, en «Ingleses de la Colonia» del segundo, precisamente de la manera más particular y más íntima con que puede ser tratado éste tema.

Compárese el ritmo sónico de estos versos marinos y universales:

«El puerto a donde arriban cual monstros jadeantes
desde los más lejanos confines de la tierra...»

con estos otros llenos de febril subjetividad:

«Hermano mar: tú cuidarás mi vida,
tú me devolverás la salud buena...»

El primero de los poemas marinos de «Las Rosas de Hércules» y el segundo de una de las poesías del «Lino de los Sueños»,

Por eso, si Tomás Morales ha quedado como el poeta que entronca nuestras esencias isleñas con las universales, Alonso Quesada ha quedado también, desde su primer libro de versos, como el poeta más isleño, y el que era sólo y exclusivamente canario. Los dos, sin embargo, se han reunido en la historia para representar y completar el sentido verdadero de la poesía canaria en su trance hacia lo universal.

Morales representa lo amplio, lo grandioso, lo cosmopolita.

Quesada representa lo íntimo, lo aislado, lo pequeño. El poeta busca algo con que llenar este vacío de isla y de mar, tropieza con la caja de caudales de su corazón, de donde comienza a sacar oro bueno (de 18 quilates). Y ese oro es oro viejo y eterno, dorado como el sol de España, y tiene nostalgias de un mar que no puede volver a descubrirse, pero el tintineo de ese oro suena como una antigua canción íntima, con la que soñaron los hombres del 98, que arrullaron, en su corazón, ese mar imposible que se nos durmió «hace cien años».

Tiene también Alonso Quesada algún punto de contacto con la sutil y conceptista poesía de Juan Ramón Jiménez, en su primera época, pero aún más con Antonio Machado, pues así como la soledad aislada, que tiene mucho de marina a fuerza de tanta oleada llanura, tiene su íntimo cantor en aquel poeta, Canarias ha tenido al escritor de sus Soledades en Alonso Quesada.

II

Ya Valbuena Prat señaló en su estudio sobre la «Historia de la poesía canaria» sus elementos esenciales que son: Aislamiento, intimidad, cosmopolitismo y sentimiento del mar.

Demos una ojeada a este paisaje poético, procurando destacar los versos y las estrofas más características de toda la obra del autor que tratamos.

A y B *Aislamiento e intimidad*: En primer lugar se manifiesta en su poesía el paisaje canario con toda la dulzura, con toda la paz, la sencillez y la soledad de nuestra tierra, y es precisamente en su primera obra donde pueden observarse alguna de estas muestras, como en la delicada «Canción solitaria»:

«¡El silencio de noche en mi pueblo
se siente de otro modo! El ha salido
del fondo de este mar, solemnemente,
como un hondo secreto...»

(El lino de los Sueños, pag. 51)

Otros son dedicados a recuerdos vivos de la tierra como «La mañana de los Magos» y «Alabanza de lo cotidiano».

«Mi madre cose en un rincón del patio
y las tres niñas, silenciosamente;
las manos primorosas van y vienen
como unas hacendosas lugareñas...»

(El lino de los Sueños, pag. 123)

El paisaje, de la isla donde vive, nunca deja de estar desligado de

su ser más íntimo, pero hay momentos de mayor y de menor sentimiento puro de ese paisaje, que llegan al máximo en las bellas estrofas de las «Tierras de Gran Canaria»:

«Campos de Gran Canaria, sin colores,
¡secos!, en mi niñez tan luminosos...
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...»

(El lino de los Sueños, pag. 130)

Aquí nos descubre lo que más directamente sugiere al alma el paisaje canario: anhelo de tránsfuga, de viajero encantado, que ha permanecido demasiado tiempo bajo el amor ardiente de Calipso en la isla mitológica, y por eso todo se nos convierte en «soledad, aislamiento, pesadumbre» (El lino de los Sueños, pag. 130). Pero lo terrible es que estamos petrificados, y nos queda sólo el pensamiento libre para soñar y sentir

«¡El sol dando de lleno en los peñascos
y el mar... como invitando a lo imposible!»

(El lino de los Sueños, pag. 129)

Se siente el poeta encarcelado, atado a una roca, donde es ya inútil todo esfuerzo para huir al horizonte, porque unos dioses implacables le condenaron a arrastrar una eternidad vacía y dolorosa.

En «Los caminos dispersos» el sentido del paisaje se desprende de la tierra adentro, de la «¡Tierra de fuego!... la lejana tierra» y va hacia los caminos que conducen a la ciudad y hacia la playa, desde donde se contempla el mar, y se siente toda la belleza del paisaje interior donde se invoca al:

«¡Silencio!...
Silencio,
lazarillo piadoso de mi alma...»

(Caminos dispersos, pag. 89)

sin duda para oír mejor la música interior del alma. Pero veamos antes de seguir adelante, una magnífica muestra que leeré íntegra, porque a mi parecer se encuentran en ella unidas todas las fuerzas desesperadas de la soledad y el aislamiento, que pueden surgir de la poesía canaria en uno de los momentos más líricos de la obra de Alonso Quesada.

«¡Hasta la orilla nada más! La noche
es como si a la orilla se acercara.
Hoy llego hasta la orilla
y se oscurece, súbito, el sol
sobre las aguas.
¡No es posible el camino!
He de esperar la silenciosa barca.
Y el pensamiento incómodo labora
en mí y no puedo perdonarte nada;
¡no puedo perdonarte esta condena
de isla y de mar, Señor!
Una montaña
negra y una montaña azul, y tiempo...»

¡Tiempo para contar estrellas en la noche
y quedar noche aún para esperar el alba...!

(Caminos dispersos, pag. 62)

En la ciudad, pues, nos encontramos con todo el gris paisaje de plomo de la urbe comercial que choca con la indomable personalidad del poeta, que siente dentro de su corazón todo el ambiente mezquino y enervante de la población medio cosmopolita y medio provinciana:

«Parecía que de mi corazón iban saliendo calles,
calles rectas de una ciudad lenta y gris.»

(Caminos dispersos, pag. 62)

Y todo esto le asalta con crueldad, y los pensamientos surgen como negros cuervos al rozar los muros anodinos de la ciudad y azotan con sus alas el cerebro dolorido del poeta. La vida en este íntimo aislamiento de la ciudad y la isla tiene que devenir, en Quesada, en un hastío inevitable, que reacciona contra las cosas vulgares del cotidiano vivir, contenido de anhelos truncados que no tienen ya posible existencia. Ese hastío contagioso de sus versos nos conducen, al fin, por un camino inacabable, a un lugar inmenso donde nuestra alma cae siempre, con el peso de una piedra en el vacío:

Como apéndice al Aislamiento y a la Intimidación en la poesía de Alonso Quesada nos encontramos con dos nuevos temas:

a) El Destino íntimo, que atormenta al poeta durante toda su vida, que le oprime con su angustia constante porque es un mandato inapelable de Dios, al que nos sentimos unidos por encima de todo. Es la trágica situación del hombre que se sabe creado para una alta vocación y se ve precisado a encadenar sus anhelos a la ruin exigencia de «ganar el pan de una infeliz manera» (Lino de los Sueños, página 13) y todo por culpa de

«este buen corazón, que hace lo manso
de mi carácter, y consuela siempre
la vulgar amargura de las cosas...»

(El lino de los Sueños, pag. 141)

Es decir que la culpa reside en la capa profunda de su propio corazón y he aquí por lo cual surge la tragedia, que según Jorge Simmel, «aparece cuando el sino destructor, que se opone a la voluntad vital del sujeto, tiene su origen en un elemento último del sujeto mismo». (Rev. Occidente N. VI pag. 338). Esta lucha de su vida oscura y sus impulsos de gloria de la cual se sabe merecedor se cuele, a través de sus versos con un frío estremecimiento de pesimismo:

«Y ha acabado su lucha.
¿Cuál?
La lucha de una sombra
con una posibilidad...»

(Caminos dispersos, pag. 76)

Alonso Quesada, alma de niño, juega seriamente con la vida llena de «noche de rosas blancas», de mar, de montañas y de estrellas buenas como Sirio; porque, como decía Unamuno, «esa seriedad y

esa madurez son de niño, de niño resignado precozmente con la suerte que en la vida le ha tocado», sentimiento que más tarde, por los caminos del subconsciente, deviene en una sutil pincelada de ironía en «El Sábado de los ingleses de la Colonia» (Del lino de los Sueños, pag. 76) y en rasgos senequistas, que no pueden faltar nunca en la obra de un auténtico escritor español, como en la recomendación que nos da:

«Perfecciona tu modo dulcemente;
y pon en cada cosa, lo adecuado.
Una triste dulzura ante la muerte
y una alegría mansa en lo dichoso...»

(El lino de los Sueños, pag. 133)

b) La muerte y el amor, que se dan cita en el alma del poeta, producen en su obra un auto-estremecimiento de lo que llamo la poesía «cardiomaniaca» que, en breve, por contracciones simpato-miméticas (como las producidas por cierto grupo de elementos orgánicos) conducen inevitablemente a la muerte. Veamos con qué triste ironía trata aquel tema, donde Unamuno veía el ansia más divina de la vida y la congoja más humana de la muerte:

«Yo te hubiera dejado, acaso, libros,
con una gota de veneno en ellos,
y además, un chiquillo perturbado
que al empezar la vida sería un muerto».

(El lino de los Sueños, pag. 54)

El amor en Alonso Quesada aparece como una sombra tímida y vaga, oculta en los versos. Y él mismo confiesa: «Yo mismo no sabía qué era el amor...», ni creo que lo supo verdaderamente nunca. (Hay cierta incapacidad para amar en los poetas canarios, que sería muy interesante analizar ese sentimiento refrenado y los caminos por donde ha huído, según la tesis freudiana). Mas, su verdadera obsesión es la muerte, cuya imagen se superpone siempre sobre el amor:

«Tu desamor no lo veré siquiera:
cuando tu corazón se olvida, el mío
será un oculto corazón de tierra...»

(Caminos dispersos, pag. 136)

La muerte es en Quesada un sentimiento pleno, tangible, tan real como otros temas suyos: el mar o las montañas. Es una amante a la que desea y teme a la vez; hay algo de subconsciente derivación sexual hacia la personificación de la

«¡Amada, amada, la eterna!...»

Pero también siente infantiles temores y exclama transido de angustia, lleno de anhelos, de luz y de vida:

«¡Ah, no morir ahora, madre mía!...
Mas la muerte parece estar cercana.

.....
¡Oh, no morir ahora, que mañana
el sol ha de brotar más luminoso!»

(El lino de los Sueños, pags. 127 y 128)

Estos son, sin embargo, ideológicamente, la coquetería y los repudios de un alma niña e inmadura, que se resiste a entrar en el lecho nupcial que ha presentido lleno de ansias indefinidas, y que al llegar la hora propicia se siente sola, desnuda, ante el terror de un abismo desconocido y teme el momento deseado:

«¿Es la hora profunda y verdadera?
¡No puede ser esa terrible hora todavía!»

(Caminos dispersos, pag. 64)

Pero cuando desaparecen las sombras del terror y el mar y el cielo están serenos, él conoce perfectamente a la única que saciará toda su ansia amorosa, todos sus anhelos de infinito:

¿Cuál ha de ser?
Has de ser tú, Amada Muerte, aquella...
la que ha de darme toda
la mar para la sed del ánima.»

(Caminos dispersos, pag. 65)

C) *Cosmopolitismo*. Es este el tercer aspecto con que puede ser estudiado también todo poeta de nuestras islas, tendencia en nuestros días fuertemente acusada. También es este tema donde se pueden observar las profundas diferencias de la poesía de Quesada con las de Tomás Morales. Si no obsérvense las pintorescas y bellas estrofas de los «Cantos a la ciudad comercial» y el anhelo universal de los versos de este poeta, con el único tema cosmopolita de Alonso Quesada: «Ingleses de la Colonia» tan de tipo íntimo subjetivo, pero tan de tipo irónico y fino humor casi anglosajón.

Ya hemos dicho como surgió la idea de esos versos, al choque de su vocación y de su medio ambiente, donde desarrolló sus días lleno de angustias escondidas bajando «esa testa que odia el mayor y el diario» (Lino de los Sueños, pag. 77) y dejó escapar su resentimiento por aquella válvula agria e irónica. No tienen enlace con otros mares; ni traen cargamentos de barcos lejanos, ni universales afanes de relacionarse con el mundo; sino tan sólo un aire tan sutil e impalpable que le asemeja a la poesía inglesa como recuerda Unamuno en el prólogo de «El Lino de los Sueños», que la hace algo cosmopolita y comercial a modo de burlesco saludo de cortesía al

«...hombre superior de la esterlina
que viene a España en pos de la peseta!»

(El lino de los Sueños, pag. 85)

y del que no se salvan ni las lindas damiselas de la «Colonia», de las cuales nos revela los secretos:

«¡Ah, cómo la han besado todos los españoles
bajo la fronda amiga, en esas noches cálidas»

(El lino de los Sueños, pag. 83)

En «Los caminos dispersos» aún tropezamos con la figura de un capitán inglés, ante el cual Quesada deja escapar una exclamación, que es a la vez un reproche y una ironía:

«¡Oh, dear Rowe, mis horas de hombre inútil
chocaron con el gris de tu sonrisa:

yo pensé, entonces, que la niebla inglesa
de tu extrañado corazón flufal...»

(Caminos dispersos, pag. 36)

D) *El sentimiento del mar*, es una de las más interesantes manifestaciones del subjetivismo de Alonso Quesada. Aquí es donde vuelca, inconscientemente, todo su ser, de una manera total y perfecta, en uno de los instantes más supremos de su poesía.

Aparece el mar siempre unido a su destino adverso para anular su personalidad, para guardar su vida y sus anhelos en un arca mágica, para encerrarlos más duramente que la cárcel más segura, porque es una cárcel libre, como una llanura de infinitos caminos, que llenan el alma de dudas y de indecisiones, que anegan toda acción y borran toda idea en su incommensurable medida. Con ese mar relaciona su vida constantemente:

«Sobre el mar que mañana me llevará de nuevo
a las playas remotas
donde retuerce su esterilidad mi vida,
tiendo los brazos y el sollozo inmenso
del mar agranda mi sollozo humano.»

(Caminos dispersos, pag. 110)

Pero hay, junto a este sentimiento del mar, otro más profundo, más sagrado; es como un eterno sentimiento religioso (que conserva el lejano origen biológico de los seres en las aguas) y que parece resurgir en sus versos como un culto existente en la hipotética y maravillosa Atlántida, o hacia el gigantesco mar donde aquella reposa eternamente. Este sentimiento empieza a desarrollarse ya en su primer libro, «El Lino de los Sueños» y así al evocar la imagen divina de Jesús dice:

«Jesús, tu mar está sereno ahora...»

y más abajo:

«El silencio en el mar es muy lejano...»

y aún cuando piensa en un lugar de reposo para la madre amada dice:

«...el mar, mar de la quietud divina!»

Y cuando quiere librarse, en las pesadillas de la noche, de la «eterna sombra» piensa y desea

«esta sagrada claridad del alba
sobre mi mar Atlántico!...»

(El lino de los Sueños, pag. 128)

para asirse con más fuerza a la vida, que le llega del aliento gigante de su mar.

Es, sin embargo, en «Los caminos dispersos», en la poesía dedicada a la «serenidad inesperada del alma» (pags. 116 a 120) donde surge más potente que nunca la fuerza de ese mar, que es como Dios, que llena, que consuela, que redime, que salva por completo al poeta que comulga con Él durante toda su vida, y al cual acude cuando se ve falto de energías o cuando su fe se quebranta ¿Qué buen cristiano, por muy humilde que sea, no se siente infinito cuando lleva a Dios

dentro? ¿Qué pobre de espíritu no se siente rey del universo y dueño de los cielos, al ponerse en contacto con su Dios? Y sobre todo, ¿quién no somete su vida triste a la voluntad y al poder de ese Señor, y junto a Él apaga toda rebeldía y toda voluntad de ambición? Así actúa el mar en la poesía de Alonso Quesada. Sigamos, a través de la composición citada, la ceremonia de la comunión con el mar (Yo le llamaría poesía teo-marina.)

El poeta está en el umbral de la mansión divina y en un acto de esperanza ansía la serenidad:

«En las orillas de esta playa negra
deténgome a aguardar silencioso el Retorno.»

Después, en un acto de humildad, se convence a sí mismo y dice golpeándose el pecho:

«El mar me enseña lo infinito».

«El mar es el maestro de lo serio,
de la salud y de la fortaleza.»

En la siguiente estrofa nos parece ver arrodillarse al poeta, y reconocer su impotencia:

«Mi alma, sin el mar, sería un alma
sin porvenir en el Celeste Prado.»

Pero su alma siente, cada vez más, deseos de unión, y se extasía contemplando al objetivo de sus ansias:

«Amigo mar, el de las claras luces,
que acercan la esperanza y hacen puro
el pensamiento...»

que le hace casi exclamar con admiración creciente:

«¡Oh, mar de prodigios! ¡Oh, firme certeza
de todas las cosas remotas y aladas;
diamante de violentas claridades,
inundación del pensamiento mío...»

Y de pronto se exalta al llegar el instante de la comunión, y lleno de gozos, y transido de emoción mística se une con él:

«¡Mar sobre mí, dentro de mí, infinito!»

Al sentirse todo poseído se extraña aún ante las promesas que le recita, una voz misteriosa, una letanía de promesas:

«¿Qué voz es esa voz que llega?...»

Y la voz divina le contesta desde las alturas de la inspiración:

«¡Tu alma será un torrente de armonía
sideral en la vasta planicie celeste;

un profundo secreto del espacio,
una inmensa pasión,
sin amor ni dolor contenida en lo eterno!»

Que sumergen al poeta en un estado místico, casi de aniquilamiento,

más allá de lo humano, en la región del Ensueño, donde todo es perfecto porque es lo Eterno y lo Infinito.

Alonso Quesada es un poeta que tiene vocación de vagabundo sobre el mar y sobre el ensueño, por eso camina en torno de Dios, hacia el infinito azul, y dentro de sí mismo, hacia las entrañas de su tierra aislada, en busca de las realidades impalpables de los sueños. Va por los caminos que son eternos, porque no han tenido principio ni tendrán fin. Él lo sabe y por eso no lleva prisa. Se detiene a cortar las flores que le llaman la atención... (Esas son sus poesías y así se hace poesía: sin prisa, mirando a las florecillas y a Dios). Pero él no va a ningún sitio. Está solo: grite, cante o solloce, no le oirá nadie. Está ya muy lejos, muy lejos del mundo, quizá en los linderos del Paraíso perdido o en el jardín de Atalante, el de las manzanas de oro. Sus pasos no se oyen y él camina, camina siempre. Nunca se calmará su sed de caminos. Todas sus huellas las borra un mar inmenso, sobre el que se ha quedado una estrella que señala el último camino de su gloria...

16 de Noviembre de 1948.



Don Prudencio Morales y Martínez de Escobar
(1867 - 1921)

Observaciones en la vida de don Prudencio Morales y Martínez de Escobar

Llego a este lugar, señoras y señores, más que solicitado, violentamente aherrojado por afectos amicales que, por viejos y firmes, es del todo imposible desairarlos y de ellos sacudirse. Conocido por vosotros, que sólo con vuestra presencia ya me honrais, estimo puedo contar desde luego con vuestra generosa benevolencia, que me hace buena falta, para servir la finalidad que se me ha encomendado. Altamente reconocido voy a dar comienzo a mi trabajo: especular un poco sobre la personalidad de quien fué mi admirado y buen amigo Prudencio Morales y Martínez de Escobar, valioso y digno miembro de dos ilustres estirpes.



Don Eduardo Benítez Ingloft
(Conferenciante)

La historia de la vida de una persona, según el Diccionario de nuestra lengua, es una biografía. Cuando la persona que ha de bio-

grafiarse tuvo diversas facetas en su misma esencia y en su propio vivir, hacer tal historia es harto difícil, tanto más si ha de evitarse el efectuar lo que el Duque de Maura, con su grande reconocida autoridad, ha calificado acertadamente, vistos muchos trabajos de esa clase de los presentes tiempos, de «biografía romanceada».

En el prólogo de su magnífica obra «Beethoven, vida de un conquistador», ha dicho el eminente escritor Emil Ludwig, que ahora «le parece a la gente joven — haciendo consideraciones sobre la obra biográfica —, que se trata de una ciencia susceptible de aprendizaje, cuando en verdad «es un arte de retratista para cuya maestría hace

«falta el conocimiento del corazón humano tanto como una técnica «de la exposición largamente ejercitada, tal cual ocurre con los retratistas pintores».

Como arte es lo que se hace por industria y habilidad del hombre, y de ambas aptitudes está carente quien os habla; si a ello se añade la incapacidad para conocer en su exacto y justo valor el corazón en que se afirmó la vida de la persona que ha de estudiarse y exponerse; y la propia dificultad, que ya hemos señalado, de un trabajo biográfico, no os será difícil haceros cargo de que pesa sobre mí un deber muy superior a mis fuerzas, más espirituales que corporales; del que yo pienso con espanto cómo pueda cumplirlo sin mengua del honor que debo a la memoria de la bien estimada persona objeto de mi disertación, de la culta Sociedad que nos congrega; y todos vosotros a quienes debo respeto y consideración en toda la amplitud de ambos conceptos.

He dicho todo lo que antecede para que quede bien explícitamente sabido que yo, en el caso presente, voy a correr una aventura que, desde luego, no será como la de los molinos de viento, pero que bien pudiera terminar como la de los yangueses o la de los galeotes: que unos y otros abundan en nuestros tiempos más que en los del caballero manchego: si bien estoy seguro de que vuestra cortés benevolencia paliará en gran parte los efectos de los estacazos de tales malcines.

* * *

Cuando en 7 de Mayo de 1921 murió Prudencio Morales, hizo el que os habla, en el diario «La Provincia» de esta ciudad que dirigía el finado, un artículo necrológico en el que hacía el siguiente esquema de su semblanza: «hombre ilustrado y culto; escritor fácil, correcto, ameno, patriota fervoroso; creyente sincero; orador elocuente; abogado notable; preclaro talento; funcionario competente; historiador veraz y justo; periodista completo; lector infatigable y bien orientado; amigo amable y bondadoso. Todo ello fué Prudencio Morales. Y si, como humano, tuvo sus defectos — quien no los tiene — tuvo en cambio muchas virtudes, incluso la de saber perdonar las ofensas».

Claro es que yo no tengo que enmendar ni rectificar nada de cuanto hace veinte y ocho años escribí. Porque acostumbro siempre, cuando hablo y cuando escribo, ser absolutamente sincero, aislándome de toda influencia personal y procurando cuidadosamente poner en el fiel la balanza de la justicia.

Después de señalar varias de las cualidades y calidades de la persona de Prudencio Morales, haré un resumen de lo que fué: regular estudiante, profesor de primera enseñanza, periodista, funcionario municipal e insular; abogado en ejercicio; literato, historiador e investigador... Actor una vez en el drama «El hijo pródigo», del Lectoral Roca y Ponsa; revistero de espectáculos líricos con el seudónimo de Pipo Conti; ameno y efusivo conversador y apasionado, hasta la

exageración, de las tertulias de todas clases, dentro de lo decoroso y digno.

Dado cuanto señalado y citado queda, no puede extrañar a quienes me favorecen escuchándome, que yo prescindiera de hacer la biografía de Prudencio Morales, cuya vida, sobre presentar aspectos que por mi falta de suficiencia no podría considerar debidamente, ofrece tan variadas y plurales facetas que aún poseyendo todos los atributos de la más sana crítica y más refinada elocuencia, de los que me confieso carecer, harían el relato cansado por interminable e insostenible por falta de vibración y de relieve.

Como no se trata, en este curso de conferencias, de exaltar personas desaparecidas con propósito único de elogio sin medida, sino de recordar méritos y actividades que por enaltecedoras justifican la rememoración de quienes las poseyeron en elevado grado, destacando del vulgo su personalidad, yo voy como ya dije a tratar de analizar diferentes matices y características de la persona de Prudencio Morales, lo mismo en el orden de sus méritos que en el de sus defectos, que no hay por qué ocultar ni disimular. De los últimos, fueron su volubilidad y su apocamiento. Entre los primeros descuello uno relativo: su acentuado carácter de observador y otro positivo y extraordinario: su firme y exaltado patriotismo:

Estuvo Morales dotado de extremada impresionabilidad que excitaba una no muy acentuada condición impulsiva. La impresionabilidad obedece por condición exclusivamente temperamental, a la influencia de las sensaciones, que no son otra cosa que un fugaz momento, mejor diríase, un soplo, del tercer tiempo de la función sensorial por la cual nuestro espíritu se pone en comunicación con el mundo exterior. Son los órganos de los sentidos (el oído, el tacto, la vista y el olfato) los que tienen encomendada tan magna función.

Mas, no hay sensaciones sin previas percepciones, ni percepciones sin previas impresiones. Estas se producen por la actuación de un agente externo, recogiénolas uno de los órganos de los sentidos, según su índole, que las trasmite al cerebro, constituyendo su recepción por éste la percepción que el mismo cerebro trasmite de modo súbito al alma humana, que es, como ha dicho un ilustre filósofo, «soplo divino del cual sólo por su actividad podemos darnos cuenta».

No hay una condición sine qua non que se estime indispensable para que el alma humana reciba las sensaciones, o sea el momento en que se da cuenta de las percepciones; y esa condición es la atención. Así, no todo lo que oímos lo escuchamos, ni todo lo que se presenta ante nuestros ojos lo vemos, ni todo lo que se pone en contacto con nuestro olfato lo olemos, sólo porque estamos distraídos; y como a eso tiene marcada tendencia el alma humana, es de todo punto necesario, lo mismo enfocar nuestro esfuerzo para lograr aquélla, como educar nuestra voluntad para que atienda cuantas veces lo reclama el humano interés. Hay, sin embargo, una excepción, que es la que se denomina atención involuntaria o provocada, que no es otra cosa que la excitación intensísima de un órgano sensorial producida

por un agente externo, que preside el interés del alma y la hace abandonar su natural estado de indiferencia.

Veamos ahora cómo podemos aplicar estos postulados filosóficos a esa condición de impresionable que atribuimos a la persona de Prudencio Morales, excitada por impulsividad.

La séptima acepción que en el Diccionario de nuestra lengua tiene la palabra «impresión» es la de «movimiento que las cosas causan en el ánimo». El hecho de «conmover el ánimo hondamente» constituye la tercera acepción de la voz «impresionar» y la significación que se asigna al adjetivo «impresionable» es la de «fácil de impresionarse» o de recibir una impresión». Y, como dejamos dicho que en Morales la impresionabilidad obraba excitada por su condición impulsiva, hemos de considerar el significado de este adjetivo, que es aplicable a aquel que por impulso, o séase «sugestión» y llevado de la impresión del momento, habla o procede sin reflexión ni cautela.

Por regla general, ésto último no puede decirse en justicia de Prudencio Morales, tanto porque no cuadraría con su poderosa inteligencia y vasta cultura, cuanto porque nadie que le tratara con alguna frecuencia pudo advertir en su conversación o en su proceder, ni irreflexión ni ausencia de la siempre conveniente cautela. En cambio, la su gestión obró en él de por vida una influencia enérgica y absoluta (y ello me obliga, más que a decirlo, a recordarlo), que el hecho de dominar la voluntad de una persona llevándola a obrar en determinado sentido se denomina sugestionar y que sugestión es no sólo la acción, sino el efecto de sugestionar.

Entiendo que la sugestión tiene dos formas: una, el dominio que una persona dotada de excelsas cualidades de todo orden, puede ejercer sobre otra por agudo sentimiento admirativo a su resplandeciente e indiscutible prestigio o autoridad; y, otra, por deliberado actuar de un logrero que advirtiendo en otro sobresalientes cualidades que él no posee, pero de las que necesita imprescindiblemente para sus fines, lícitos o ilícitos, lo capta y se los somete por dádiva, por obsequiosidad, o por esos mil procedimientos que la conveniencia, aliada con la malicia humana, han urdido para explotar en propio provecho las dotes sobresalientes de los modestos superdotados.

En todo caso la sugestión, como toda palpitación del mundo exterior, origina percepciones y sensaciones que en unas circunstancias se perciben anímicamente por atención voluntaria y, otras, por atención involuntaria o provocada.

Quizá se advierta en la consideración de los actos que en su humano vivir realizó Prudencio Morales que no siempre se produjo con ocasión de ellos la personal atención, de una u otra forma, por lo que pudiera pensarse en la ausencia de la impresión y, por ende, de su efecto de impresionar: pero, téngase en cuenta que, junto a las sensaciones que el hombre experimenta, debidas al mundo que le rodea, hay otras que nacen de los hombres mismos y proceden de la actividad de su alma con independencia de todo agente externo y son las correspondientes al mundo subjetivo que está constituido por el con-

junto de fenómenos que se desarrollan en la conciencia del hombre, la cual se representa como una serie de actos o funciones de las facultades anímicas — memoria, entendimiento y voluntad en sus plurales formas —, que se traducen y se revelan a los humanos como sensaciones internas. De las funciones intelectivas nacen las ideas, los juicios y los raciocinios, y de las volitivas brotan los querer, las ambiciones y los deseos; correspondiendo a la memoria subjetiva el conservarlos y reproducirlos. Ambas funciones se producen en el cerebro como percepciones y éste las pone de manifiesto al alma como sensaciones internas; y no es difícil el comprender que lo mismo que cuando se vé y se oye, se piensa y se quiere, produciendo sensaciones en nuestra alma, si en ellos atentamente nos fijamos. Por consecuencia también en las sensaciones internas existe la impresión.

Hemos querido, aún con el temor de molestaros, exponer estos postulados relativos a las funciones de la vida anímica, para que pueda observarse que las impresiones en sí, lo mismo las pertenecientes al mundo objetivo que al subjetivo, se originan y actúan con independencia completa de todo esfuerzo humano; y como ese defecto de la volubilidad, y también ese otro del apocamiento, con que injustamente y a boca cerrada se ha estado rebajando la personalidad de Prudencio Morales, no son deprimentes cualidades forjadas por perversidad, por defectos educativos y por influjo del medio, sino consecuencias, más o menos directas, pero siempre reales, del vivir anímico.

¿Qué es ser voluble? Sinónimo de la volubilidad es la versatibilidad, por lo que ambas cualidades significan, dotado de genio o carácter inconstante, o sease que muda con demasiada facilidad de pensamientos, aficiones, opiniones o conducta. Pero como el genio es la índole o inclinación según la cual dirige uno, comúnmente, sus acciones e índole es la condición e inclinación *natural* propia de cada uno, es de meridiana evidencia que el ser voluble es condición perteneciente a la naturaleza y nada tiene que ver con los propósitos humanos actuantes por el estímulo de pasiones o de apetitos; y los actos del voluble son actos anímicos pertenecientes, en unos casos, a la esfera del mundo objetivo y al del subjetivo en otros.

En cuanto al apocamiento hemos de hablar más adelante, aunque haga yo ahora la enunciación de que así mismo se trata de una condición *natural*, en su esencia, tal como la del voluble, pero diametralmente diferente en sus manifestaciones y en sus efectos.

Volviendo a lo de la volubilidad, pudiera pensarse que esa condición *natural* puede modificarse y corregirse con voluntad persistente en tanto se puedan percibir sus efectos. Aunque estimamos extraordinariamente difícil el que, en la complicación que es la vida ordinaria, pueda formarse un individuo el concepto de que aquella cualidad natural suya exige reforma y transformación, y aún ello logrado, sin estar aislado de las influencias de los medios sociales y sometido a la sabia, prudente y enérgica autoridad de un preceptor, lograrse esa modificación: todo ello aparte la imposibilidad relativa en que está el voluble de conocerse a sí mismo.

No es, pues, la volubilidad una cualidad deprimente, que rebaje la personalidad moral de un individuo, sino una cualidad congénita y natural que, en los efectos de su palpar, puede originar, y origina por parte de los prudentes, precavidos y responsables, la natural y lógicamente precaución. ¿No convivimos con personas de condición perversa en las que los sentimientos delicados y afectivos brillan por su ausencia, y cuya moral se ha esfumado por el persistente ejercicio de pillerías de todo orden que, en la inmensa mayoría de los casos se urden y ponen en juego para provecho propio, cuando no para ocasionar graves males al prójimo? Esos son los trapacistas o trapaceros, lacra social inextinguible, que no es natural y por tanto congénita, sino obra de la fragilidad humana excitada e influida por las pasiones y los apetitos.

Si al hombre voluble le fuera dable apreciar su propia condición y la administrara y dirigiera hacia el propio provecho, sería necesario, más que evitar y huir de su contacto e influencia, aislarlo y hasta emparedarlo como en pretéritos tiempos se hacía con los que tenían la desgracia de ser víctimas de una enfermedad epidémica.

Quedamos, pues y en principio, en que la condición de voluble es natural, y nada tiene que ver con los arbitrios del hombre. Y ya veremos a qué conclusión llegamos en su consideración. Pero conste que si Prudencio Morales fué voluble, en mayor o menor grado, jamás, en momento alguno, hizo de esa cualidad ni medio ni trampolín para su provecho. Se convendrá conmigo en que eso no es poco.

¡El apocamiento! Muchos confunden el apocamiento con la timidez y viceversa, siendo así que se trata de dos conceptos diametralmente dispares. Aunque ser tímido es ser temeroso, medroso, encogido y corto de ánimo; y ser apocado se dice de quien tiene poco ánimo o espíritu, lo que, a primera vista, puede aparecer como coincidente, vuelvo a repetir, se trata de dos cualidades totalmente distintas.

En el admirable estudio sobre la timidez, que en su libro dedicado a la personalidad del profesor suizo del pasado siglo Enrique Federico Amiel, a quién denomina el prototipo, escribe el por tantos títulos ilustre doctor don Gregorio Marañón que la timidez es una pasión de índole sexual. Sólo este enunciado, con la consideración de la persona de que tratamos, nos releva de toda disertación sobre las categorías y el mecanismo de la timidez, ya que Prudencio Morales estuvo siempre a cubierto hasta de la sospecha de que en él residieran cualesquiera de aquellas categorías. Y los que en alguna ocasión convivimos con él lo sabemos bien.

Descartado, por tanto, cuanto a la timidez pueda referirse, vamos, brevemente, a concretarnos al concepto de apocamiento, que es el que corresponde a la persona que nos ocupa.

¿Qué es el apocamiento? Cortedad o encogimiento de ánimo: y si el ánimo es el alma o espíritu, en cuanto es principio de la actividad humana, es concluyente que la condición de apocado, sujeto de poco ánimo o espíritu es absolutamente natural. Por eso el hombre es en su infancia, por lo general, apocado, sin que haya necesidad de adu-

cir ejemplos de ello ya que es de lo más corriente observarlos. A medida que se desarrollan las naturalezas física y moral, y la educación va moldeando a los jóvenes, puede irse modificando el apocamiento infantil: que si el joven llega a encontrarse en situaciones muy complicadas, graves y peligrosas, puede transformarse aquella cualidad, en ímpetu, valor y decisión hasta llegar al heroísmo. El medio puede contribuir también en alto grado a la transformación de un apocado. Pero se dan casos, no aislados ni tampoco frecuentes, de que la condición de apocado no se modifica en el transcurso de una vida, antes bien, parece se acentúa y acrece conforme va afectuándose el desarrollo.

Así vemos perfectamente señalado el tipo del apocado en muchos hombres, incluso en algunos inteligentemente superdotados. Caso muy típico de apocado es el del eminente polígrafo portugués del pasado siglo, José María Latino Coelho, ingeniero, profesor, naturalista, historiador, poeta, político y periodista; Secretario de la Academia de Ciencias lusitana, admirado y elogiado en su patria y fuera de ella, de quien don Juan Valera, su amigo, siendo Ministro de España en Lisboa, escribía a don Marcelino Menéndez y Pelayo, también amigo del culto portugués: «Aún no he visto a Latino Coelho, que vive hecho un hurón. Aquí «se admiran de su talento, pero se burlan de él y le menosprecian por su miserable carácter». En los tres años que está en Lisboa no puede conseguir el diplomático español, ilustre novelista, crítico y poeta, que el académico portugués vaya a comer con él; y ya en las postrimerías de su misión plenipotenciaria, escribía de nuevo a Menéndez y Pelayo: «El intratable Latino Coelho es un ridículo personaje, a pesar de su ciencia y de su talento de escritor. No hay quien le vea, no hay quien le saque de su casa, tiene miedo de los gatos y otras mil extravagancias».

En el vivir corriente hemos oído hablar del militar que se enfermaba apenas se daba cuenta de que iba a haber acción; y del señor que viaja en buques y trenes sin desnudarse y con el salvavidas junto a él; de aquel otro que no viaja sino de día; y el que no sale a la calle de noche sino acompañado. Todos son casos específicos de apocamiento, si bien no tan acentuados como el de Prudencio Morales que sobrepasó en mucho al del profesor Latino Coelho al que antes nos hemos referido.

Las percepciones y sensaciones que en el alma de Morales producían muy diversas pequeñas causas, en nada afectaron al palpitar normal de su nada vulgar inteligencia. Se es apocado al igual que se es voluble: y en aquel fenómeno *natural* concurren las mismas características y circunstancias que en este último.

La consideración de ambas condiciones nos lleva, como de la mano, a hacer la siguiente observación: ¿Es que ambos casos son consecuencia de anormalidad?

Todo lo que se halla en su natural estado es normal. Por lo tanto, cuando accidentalmente se halla fuera de su natural estado, o de las condiciones que a éste son inherentes, es lo anormal. En el orden de

las sensaciones, ser voluble y ser apocado corresponden exactamente a una parcial ausencia de las condiciones inherentes al natural espiritual de una persona, toda vez que la realidad nos hace ver cómo los hombres, dentro de la posibilidad de sus perfecciones, no son volubles sino firmes y ponderados, manteniendo en absoluto y completo equilibrio sus ideas y sus afectos, y regulando, por un innato y firme concepto moral, el ejercicio de todas sus voliciones. Y también nos permite observar esa misma realidad, que el alma o espíritu humanos, en cuanto es principio de la actividad humana, no se muestra encogida, ni decaída, ni es menguada ni corta su actuación, sino que la decoran atributos tan excelsos como el valor, el esfuerzo, la energía; la intención más sana; la más enérgica voluntad con el más firme pensamiento y la más permanente y perfecta atención.

Por todo ello, y sin que en la consideración intervenga el más mínimo generoso sentimiento de ultratumba ni influya en ella el más elemental efluvio caritativo, debe admitirse (claro es que, por mi parte y dado como me expreso, totalmente lo admito) que los dos señalados defectos que en la persona de Prudencio Morales se manifestaron, aparte ser naturales, o séase, íntimamente constitutivos de su espiritualidad, forman e integran un caso claro de anormalidad, ajeno al concepto que vulgarmente se tiene de tal deficiencia, lo mismo en su faceta física que en la moral, pero perfectamente señalado en el amplio campo de las ciencias: anormalidad que no modifica ni altera ninguna de las otras cualidades que enaltecen la figura de Morales y que en su ser brillaron con los más robustos y luminosos destellos.

Mucho más habría que decir al respecto de cuanto anteriormente hemos considerado; pero aparte que lo dicho basta para estimar que nuestras observaciones son reales al par que sinceras, el temor a seros molesto me aconseja trasladar a otro campo distinto el ejercicio de nuestras observaciones.

Tenemos señalado que entre los más destacados méritos que Prudencio Morales tuvo descuellan su patriotismo y, en mucha menor valoración, su condición de observador.

Amor a la patria grande lo tuvo firme y constante de por vida. Así lo proclaman sus escritos en los periódicos, sus libros y sus propios actos. Pero su amor a Gran Canaria, su patria y nuestra patria chica, tuvo los máximos caracteres de fervorosa adoración, verdadera pasión en la acepción de preferencia viva que gramaticalmente tiene esa palabra. Todo cuanto pudiera constituir beneficio o factor de engrandecimiento para Gran Canaria tuvo siempre en Morales el más y mejor dispuesto paladín. Su pluma, su actuación y su palabra fueron las armas poderosas que en lides tales empleó.

Pero lo que representa el aspecto más acentuado de su apasionado amor por Gran Canaria fué su servicio a lo que impropriamente ha venido denominándose «problema» de la división de la provincia. Y digo impropriamente porque tal asunto, magno, no en sí mismo, sino en sus efectos, no fué nunca una cuestión que aclarar, ni constituyó en momento alguno una proposición dudosa. Tal asunto lo compli-

caron los hombres, lo agravaron los intereses y las pasiones y demoró largo tiempo su solución la ponderación y serenidad patrióticas que deliberadamente y arrojando hasta la impopularidad, puso en él un canario eminente.

Cuando Prudencio Morales nació, en 1867, el asunto de la división era cuestión palpitante en nuestra ciudad con claros caracteres de vehemencia patriótica unánime. Hasta en los más sencillos momentos familiares el sentimiento de reivindicación que aquel asunto encarnaba tenía su expresión. En atmósfera tal se desarrolló la infancia de Morales, recibiendo el constante ejemplo de su padre, divisionista fervoroso y si es o no es exaltado. Ya mozo, entre los catorce y los quince años, apareció en la cúspide de la política española, exaltado al cargo de Ministro de la Corona, don Fernando de León y Castillo, que, merced a sus relevantes méritos y elevada posición obtuvo para Gran Canaria numerosos y positivos beneficios, cuya concesión originaba en esta isla desbordantes manifestaciones patrióticas, en las cuales ocupaba siempre un momento la rememoración del secular asunto de la división, forjando nuevos anhelos y exaltando los sentimientos patrióticos de las jóvenes generaciones.

En la década del 81 al 91, Prudencio Morales, ya bachiller, había comenzado sus estudios de Derecho en Barcelona y en Madrid, con intervalos de permanencia accidental, más o menos larga, en esta isla. Ya su pluma había tratado diversos asuntos, uno de ellos el de la división, tanto en los periódicos locales como en algunos de Madrid y de Barcelona. Durante la década del 90 y los primeros años del siglo actual, el asunto de la división estuvo latente, pero afectado grandemente por graves acontecimientos nacionales: la guerra de Melilla; las sublevaciones de Cuba y Filipinas; la guerra hispano-americana; y las complejas consecuencias de tan tristemente trascendentales asuntos. En el expresado período terminó Morales la carrera de Abogado en la Universidad de Sevilla y a su regreso a Las Palmas simultaneó el ejercicio profesional con el del periodismo, no faltando en este último, escritos que eran como combustible destinado a mantener el persistente rescoldo del ideal divisionista.

En 1902, con la mayor edad del Rey de España, comenzaron a advertirse en la política nacional nuevas modalidades que unidas al encumbramiento en elevados cargos de ilustres canarios y de personalidades muy ligadas a nuestra isla, comenzó a tomar nueva fuerza la aspiración divisionista que pasó ya a ser palpitante asunto de Estado después del viaje del Rey a Canarias en 1906, y merced a la memoria que sobre la situación del archipiélago redactó el Ministro entonces de la Gobernación, Conde de Romanones. Desde tal momento la actividad de Morales no estuvo ociosa ni remisa un solo día: su pluma en la prensa y su palabra en los círculos de acción divisionista fueron elementos caldeadores de energías y actuaciones patrióticas. Entre 1907 y 1909, el proyecto de reorganización de la Administración Local, llevado a las Cortes por don Antonio Maura, aumentó las esperanzas, haciendo redoblar los esfuerzos divisionistas. Con este

motivo y la súbita muerte en pleno Congreso, mientras apoyaba las aspiraciones de Gran Canaria, del Diputado don José del Perojo y Figueras, hizo Prudencio Morales nueva campaña de prensa y actividades divisionistas, sin que decayera ni un solo instante su más exaltado interés patriótico. Por entonces se celebró en esta ciudad el tercer centenario de la publicación del Quijote; y en un acto literario público aquí celebrado pronunció Morales un magnífico discurso sobre la inmortal obra del manco excelso, en el que, en modo magistral, ligó diversos episodios del manchego caballero al candente asunto de la división de la provincia.

Y llegó el año 1910 con don José Canalejas en el poder, quien llevó la cuestión canaria a asunto de gobierno y, como tal, parlamentario. Había por entonces contraído Prudencio Morales buena amistad con Gustavo Julio Navarro Nieto, hombre joven no nacido en nuestra isla, pero que *llegado a Gran Canaria en servicio de su deber, formó su hogar en Las Palmas, vinculado a una honorable familia, cuyo jefe, gratisima e inolvidable persona, mantuvo siempre el ideal divisionista con los más efusivos acentos patrióticos.* El ambiente tanto público como familiar y amical, hicieron su efecto de proselitismo en Navarro Nieto que se transformó en el más ardoroso divisionista. Los momentos del asunto en el año diez y la amistad con Morales, llevaron a Navarro Nieto a concebir primero y realizar después, el propósito de fundar un periódico principalmente dedicado al apoyo y defensa de la división. Tal fué el nacimiento del diario «La Provincia», del que fué primer director Prudencio Morales. Desde las columnas de ese diario fué mantenedor incansable del ideal patriótico con todo los atributos de su entusiasmo y los destellos de su luminosa inteligencia.

Abandonó el periódico, al que supo infundir el carácter adecuado a su programa, *cuando más que propias necesidades, el requerimiento de quienes sabedores de su gran valer, le llevaron a la Secretaría del Excmo Cabildo Insular, donde siguió laborando en pro del ideal.* En los últimos años de su vida volvió de nuevo a ser director de «La Provincia» en el ejercicio de cuyo cargo le sorprendió la muerte, sin llegar a tener la satisfacción del triunfo completo de las seculares aspiraciones reivindicatorias de Gran Canaria a cuya propaganda y defensa estuvo permanentemente vinculado de por vida. Con justicia puede decirse que Prudencio Morales murió siendo el verbo de los mayores anhelos patrióticos del país y uno de los más esforzados luchadores en favor de los intereses generales de nuestra isla.

Pero no fué sólo en el dilatado curso del proceso divisionista donde se puso bien de manifiesto, con radiante luminar, el patriotismo de Morales; sino que tuvo también clara y rotunda expresión en muchos otros aspectos que bien importaban al país. Señalarlos sería labor larga y cansada; así es que nos limitaremos a citar dos conmemoraciones: la de los doceañistas canarios y la del eminente polígrafo don José de Viera y Clavijo en el primer centenario de su muerte. Incansable fué en la propaganda de la celebración de ambas efemérides, desde su iniciación a su realización; haciéndonos, además,

el servicio de enseñarnos los méritos extraordinarios de la personalidad de Gordillo, y de destacar el valor incomparable del erudito Viera; contribuyendo con ello a estimular el estudio de esos personajes y su época. Su libro «Hace un siglo» y sus numerosos artículos en «La Provincia» sobre temas tales, constituyen un verdadero monumento de sano e íntimo orgullo patriótico.

Muchísimo más de lo que dejamos expuesto pudiéramos decir y ponderar del patriotismo de Morales, que a despecho de malsines y de murmuradores, tuvo entre muchas cualidades excelsas, la de un positivo desinterés. Sus censores no hubieran sido capaces de hacer otro tanto.

Y vamos ahora a hablar ligeramente de otra cualidad que tuvo Prudencio Morales: la de ser constante observador, que explotó para servir un deseo tan intrínseco como involuntario de su ser: el deleite.

Comencemos por señalar el concepto gramatical del deleite: Placer del ánimo. Trata, pues, de un sentimiento o estado afectivo que no sólo permite experimentar el sublime placer de la contemplación de la belleza, o aquellos otros efectos, estado del alma, corrientes en la vida ordinaria, como el amor, la piedad, la alegría, el entusiasmo, etc.; sino que, residente en un sentimental, afecta su sensibilidad de un modo exagerado, produciendo en el ánimo una suprema satisfacción de esparcimiento que tiene menos de alegría que de regodeo, que es complacencia de lo que gusta o se goza.

Pasando ahora a ocuparnos del observador, sólo apuntaremos que de don Benito Pérez Galdós dijo don Antonio Maura, desde el más alto sitio de la Real Academia Española, que «fue la observación sistemática hecha persona». Sin ni siquiera intentar realizar el pecado gravísimo de pretender establecer una comparación que, si en todo caso es ociosa, en el que nos ocupa sería descabellada y ridícula, hemos de fijarnos en que, mientras don Benito estudiaba al individuo, las agrupaciones y las muchedumbres, atendía — como asimismo dijo Maura — «a formar su repesada, codicioso de verterla, precisa y solamente por el caño de su pluma», siguiendo así su apotegma de que había de tomar las enseñanzas de la realidad para desarrollar sobre ellas los ejemplos que contienen sus obras inmortales, Morales apenas sacó de su casi permanente sentido de observación nada distinto a un vulgar regodeo. De ahí sus afanes tertuliescos con toda clase de personas; sus andanzas de periodista; sus mismas veleidades políticas. En resumen, un caso claro de anormal, influido, excitado por un anhelo perdurablemente insatisfecho de deleitarse.

Lector constante de periódicos y de libros, nunca emprendió verdaderos estudios en materia alguna. Subyugó la investigación histórica cuando por servir sus exaltados sentimientos patrióticos en orden a la isla nativa y bien amada, pudo gustar las exquisiteces que proporcionan a los interesados en saber, el estudio, la mera lectura aún, de los documentos relativos a tiempos pretéritos. El leer era en Morales, por lo general, otro deleite al que en muchas ocasiones añadió el de formular en un estrecho círculo de amigos una crítica más o

menos acertada pero siempre sensata. Y del constante leer se forjó una cultura general bastante extensa, que él mostraba cuando era oportuno, sin pedantesco carácter de dómine.

Malamente señaladas y peor estudiadas y expuestas quedan varias cualidades muy características de la personalidad de Prudencio Morales, que, a despecho de quienes no quisieron o no pudieron conocerle bien, es acreedora a que la exalten quienes posean las dotes de autoridad, de cultura y de elocuencia de que está harto carente quien tiene el honor de hablarlos.

Quede dicho, en resumen, que Morales realizó en el periodismo canario una labor gigante, quizá por nadie superada, que comprendió toda clase de temas: los políticos, los económicos, los históricos, los mercantiles, los exclusivamente literarios y los tan seductores anecdóticos. Ya dijimos que cultivó también con acierto, no la crítica, sino la impresión de espectáculos líricos. En sus artículos necrológicos supo recatar la lisonja y ponderar méritos y virtudes con austero espíritu de justicia.

Como orador, sin creerse un Cicerón ni un Castelar, tuvo personales características, tales como la claridad en la exposición, la solidez en los conceptos, la serenidad en el decir, el accionar mesurado y correcto: todo lo contrario a lo que podía hacer esperar su condición un tanto excitable. No le faltaron condiciones externas y siempre dió lugar a que se exclamara cuando terminaba un discurso, «ha dicho». En el foro, era el prototipo del orador tradicional, diametralmente distinto al orador político y al académico.

Era interesante y amena su conversación y su trato estuvo catalogado acertadamente en la esfera de lo agradable.

Ponía sumo interés y cuidado en los asuntos de índole administrativa, formándose claro juicio con escaso estudio.

Dió a la estampa varios libros. En 1892, la «Memoria de la Fiesta de las Flores», de imborrable recuerdo. En 1906 «La Política en mi tierra», al que siguió en 1908 y 1920 el titulado «Cuentos de nuestra historia, ambos un tanto apasionados, pero correctamente escritos, plenos de hechos y recuerdos interesantes. En 1910, «Hace un siglo», sin duda su mejor libro, que mereció el elogio general y especialmente el del eminentísimo don Marcelino Menéndez y Pelayo. Ese mismo año publicó «El problema del regimen administrativo de Canarias», libro que tuvo una extraordinaria utilidad para la larga gestión realizada aquí y en Madrid en favor de las reformas administrativas de nuestras Islas. En 1916 salió a luz «Miscelánea. Recuerdo de una labor periodística», en cuyo libro transcribió varios de sus trabajos de prensa de diverso carácter. Por último dos folletos: uno, evocativo, titulado «Los barcos de la Habana» y otro rotulado «Necesidad de dividir en dos la provincia de Canarias» en que estudiaba el magno asunto y señalaba la solución debida con toda la competencia que le proporcionó su consagración de por vida a esa magna empresa reivindicatoria.

No se puede negar que Prudencio Morales tuvo defectos en ma-

yor o menor escala. Los que se los señalan ¿pueden tirar la primera piedra? Si, debe proclamarse que ninguno de esos defectos cercenó sus prestigios ni rebajó moralmente su persona. El así proclamarlo es obra de justicia, sometida al escarpelo de los Catones con absoluta confianza de que resplandecerá siempre nuestra afirmación.

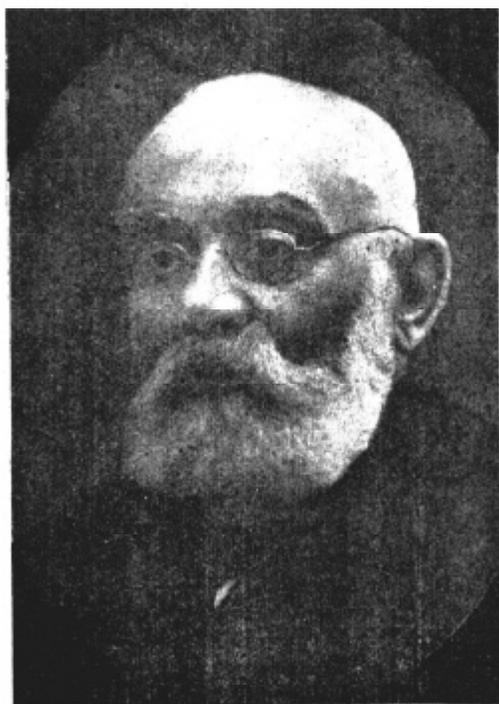
El hombre voluble y apocado, deleitoso y anormal, mostró en el trance final de su vida, el 7 de Mayo de 1921, manteniendo íntegras todas sus facultades, una serenidad y una grandeza de alma propias del más ponderado de los seres y más firme creyente. Esto último él lo era, sin gazmoñerías ni afectaciones: y no de última hora, sino desde su juventud.

Al dar por terminado el trabajo que se me encomendó, quedo reconocido al «Círculo Mercantil» por la honra que me ha dispensado requiriendo mi pobre esfuerzo cooperativo a la obra de justicia que acertadamente inició y viene realizando, de recordar a los canarios distinguidos del siglo XIX, muchos olvidados injustamente, que honraron nuestra isla con su cultura, su talento y su patriotismo.

Mil gracias otra vez a quienes me han alentado con su presencia y con su benevolencia, y a quienes ruego me perdoneñ no haber sabido enseñarles y entretenerles.

Yo me vuelvo a mi doméstico vivir, satisfecho de haber servido en la corta medida de mis aptitudes, aquella leyenda que Prudencio Morales dictó para el obelisco fúnebre de don José del Perojo: «LAU-DEMUS VIROS GLORIOSOS ET PARENTES NOSTROS IN GENERATIO SUA».

9 de Febrero de 1949.



Don Fernando Inglott Navarro
(1847 - 1924)

Don Fernando Inglott Navarro

Orador, escritor y Catedrático.

Don Fernando Inglott Navarro murió casi octogenario, sólo tuvo por patrimonio su incesante trabajo, gozó de un gran prestigio que perdura a pesar del tiempo transcurrido después de su muerte.

Esto último se explica por qué don Fernando Inglott fué en la sociedad de su tiempo un gran valor moral. Fué político alguna vez; orador y escritor en muchas ocasiones; catedrático siempre.

Militó en aquel gran partido que reconoció por Jefe a nuestro bienhechor don Fernando de León y Castillo. El Marqués del Muni, como don Leopoldo Matos, después, representaron a Gran Canaria en muchas ocasiones en el Parlamento, fueron nuestros celosos valedores ante el Poder Público y ante los Gobernantes de todas las situaciones. Su divisa en la política local fué siempre la unión. No se les ocurrió jamás ahondar divisiones, estimular antagonismos, beneficiar desmesuradamente a unas clases sociales a costa de las otras. Predicaron siempre la unión y nunca la disgregación. A esa sensata y patriótica política se debió en parte el gran arraigo de ambos en nuestro país.

Yo no creo que don Fernando Inglott tuviera gran afición a la política. Creo que si ocupó algunos cargos públicos, como fueron los de Concejal del Ayuntamiento de Las Palmas y el de Diputado Provincial, fué más bien por disciplina y por su adhesión inquebrantable hacia la persona y la política de don Fernando de León y Castillo.



Don José Mesa y López
(Conferenciante)

Fué en una de esas ocasiones, siendo Diputado Provincial, cuando un acontecimiento, que no debe apartarse de la memoria de los canarios, dió gran relieve a la personalidad cuyo recuerdo hoy aquí nos congrega. Me refiero a los sucesos de la Semana Santa de 1893, acaecidos en Santa Cruz de Tenerife.

El Gobierno había disuelto el Parlamento y convocado elecciones generales. Entonces las de Senadores se celebraban en la Diputación Provincial, en Santa Cruz de Tenerife. Allí habían de acudir los Diputados Provinciales y los Compromisarios de las siete islas a emitir su sufragio.

Don Fernando de León y Castillo se presentó candidato a Senador. Tenerife venía practicando una política de dominación y egoísmo que rechazaba el resto del archipiélago. El Marqués del Muni era el gran obstáculo para el éxito de esa política y se creyó por algunos, en aquella isla, que era llegada la ocasión de inferir serio golpe a su prestigio político y se propusieron, ya que no podían derrotarlo, al menos, ahogar su candidatura haciendo uso de las peores artes.

Los representantes de las islas orientales y buen número de los de las occidentales, vieron por el contrario la ocasión de terminar con aquella condenable política. La entereza de todos éstos hizo comprender a los prohombres de Tenerife que tenían perdida la contienda; y entonces se apeló al insulto y a la violencia. Turbas de maleantes e indeseables, dirigidos por el Alcalde de Santa Cruz, insultan y acometen a nuestros representantes, sus vidas corren peligro. No se respetan ni los templos, donde se venera, por ser Jueves Santos, el Sacramento de la Eucaristía, pues allí mismo, en medio de blasfemias y de las más soeces frases, muestran aquellas gentes su baja condición. El motín llega a términos que la Autoridad Civil, impotente, solicita el auxilio de la Militar.

Era a la sazón Capitán General de este Archipiélago don Ignacio Pérez Galdós, oriundo de esta isla. El General Pérez Galdós tenía el justo concepto de los deberes que le imponía su alta jerarquía. Conducta privada sin mácula, trato social intachable. Energía sin jactancia; prudencia sin claudicaciones. Su situación era difícil porque era hijo de Gran Canaria, pero tenía que garantizar la integridad personal de los Diputados y Compromisarios y debía a la vez evitar derramamiento de sangre en la represión del motín. Nuestros representantes hubieron de ir desde los locales donde se aposentaron hasta el buque en que embarcaron, entre dos filas de bayonetas. Sus vidas fueron salvas. La prudencia unida a la energía de la Autoridad Militar evitó la tragedia. Lo que no pudo evitarse fué el oprobio que cayó sobre gentes que de tal suerte entendían los deberes de la hospitalidad.

Siempre he creído que esos acontecimientos merecieron la repulsa de muchas personas de Tenerife, pero las circunstancias no eran las más propicias para exteriorizar sus sentimientos.

El Sábado Santo de 1893 las campanas de nuestros templos y el ruido de los cohetes congregan al pueblo de Las Palmas para organizar grandiosa manifestación que había de venir a los alrededores del

Gabinete Literario a escuchar de nuestros Diputados Provinciales la relación de lo ocurrido en Tenerife.

¡El pueblo de Las Palmas de aquel tiempo! Permittedme mi añoranza y que le compare con el de ahora. Era aquel un pueblo dinámico, lleno de vida, dueño de sus destinos, que sabía —siempre respetuosamente, pero con la claridad y energía necesarias— pedir cuanto su bienestar y prosperidad exigía. Pueblo pleno de dignidad que no admitía extrañas y depresivas ingerencias, ni desdenes ni menosprecios; y si en cierta ocasión alguien se los permitió, bien pronto y ruidosamente se le enseñó el camino de retorno.

¡Cuán distinto del actual, escéptico, indiferente, postrado, sin aspiraciones ni ideales! Yo no desespero y me hago la ilusión de que algún día el pueblo de Las Palmas volverá a ser lo que fué y se encontrará a sí mismo.

Pues ante aquel pueblo de Las Palmas debía darse cuenta de lo acaecido en Tenerife y el encargado de ello fué don Fernando Inglott Navarro.

El orador en esos casos ha de cumplir su misión de muy distinto modo al conferenciante. Este deleita o interesa con su amenidad o nos instruye con su erudición; pero al orador hay que exigirle mucho más. Claro está que su buen decir y la solidez de su dialéctica deben acompañarle, pero necesita además imponerse a su auditorio, dominarle y subyugarle, hacer que los sentimientos de los que escuchan vibren al unisono con los del que habla y lograr una completa identificación.

Esto fué el gran triunfo de don Fernando Inglott Navarro en la ocasión a que me refiero. Enardecido por la legítima ira que le produjeron aquellos sucesos, de los que fué a la vez testigo y víctima, logra desde el primer momento comunicar su exaltación a su auditorio que con él pide venganza y con él jura exigir la vindicación de la ofensa recibida.

Muchas veces oí sus discursos siempre elocuentes. Creo estar en lo cierto al decir que ninguno superó al de esa ocasión. Ese acto y ese discurso hirieron de muerte a aquel funesto organismo que se llamó Diputación Provincial de Canarias. El golpe de gracia había de recibirlo algunos años después con la Ley implantando los Cabildos. Ese acto y aquella elocuente arenga socavaron los cimientos de aquella capitalidad del archipiélago canario de la que tan mal uso hizo Santa Cruz de Tenerife; y fueron también la iniciación de la renovación de una campaña incansante contra esa capitalidad y en pro de la división de la provincia. Desde entonces y en cuanta ocasión se presentó Gran Canaria levantó su bandera divisionista: mítines, manifestaciones, campañas periodísticas, comisiones en Madrid; y en fin, cuantos medios la Ley puso en nuestras manos hasta lograr que el asunto tomase estado parlamentario y los Gobernantes pusiesen manos en él y lo resolviesen.

Frecuentemente escuchamos censuras y denuestos contra el régimen parlamentario. Yo voy a referirme únicamente a lo que ya no

existe, a lo que ya pasó, al régimen parlamentario de la restauración Monárquica que empezó en 1876 y terminó en 1923. Yo no dudo que tuviese graves defectos e inconvenientes, más por las torpezas de los hombres que por el sistema en sí. Se nos ha dicho que el Parlamento no deja gobernar. Yo estimo que se confunde lo episódico con lo fundamental; y para convencerse de ésto basta recordar la ingente labor parlamentaria durante ese medio siglo, en lo jurídico, en lo económico, en lo social y en todos los órdenes. De todas suertes, los inconvenientes quedan compensados con la gran ventaja de que por medio del Parlamento, llegan hasta los Gobernantes las quejas y clamores de los pueblos y pueden ser atendidos y remediados. El Parlamento es la gran válvula de escape y es el medio para establecer el contacto entre gobernantes y gobernados. Esto será preferible a lo contrario, porque cuando un abismo de silencio rompe ese contacto y no llega al Poder Público lo que piensan y sienten los pueblos, entonces el acierto se hace más difícil.

Por eso los clamores de Gran Canaria llegaron al Parlamento de nuestra Patria y fueron recogidos por hombres tan insignes como don Antonio Maura y don José Canalejas. El uno contestando la insidia de que nuestro problema era una mera ficción y artificio de Gran Canaria, para decir que si lo fuese no hubiera permanecido latente la queja durante tantos años, pues cuando eso ocurre, el problema existe, y lo que procede es estudiarlo y resolverlo. El mismo don Antonio Maura procuró hacerlo parcialmente admitiendo en el proyecto de ley de Administración Local las numerosas enmiendas en tal sentido presentadas por nuestro Diputado don José del Perojo.

Don José Canalejas, por su parte, fué el autor de la Ley creadora de los Cabildos Insulares que han sido la muerte de la Diputación Provincial.

Años más tarde, un dictador que siempre estuvo atento al sentir de los pueblos que gobernó — me refiero a don Miguel Primo de Rivera —, puso término y satisfactoria solución al problema dividiendo el archipiélago en dos provincias.

Los canarios debemos gratitud a dos gobernantes que no fueron oriundos de este archipiélago: don Miguel Primo de Rivera y don Juan Bravo Murillo. El primero nos concedió la división de la provincia y el segundo promulgó en 1851 el Decreto otorgando el régimen de los Puertos Francos, Decreto convertido en Ley en 1870 por iniciativa del doctor López Botas en las Cortes Constituyentes. La división de la provincia subsiste; de los Puertos Francos es preferible no hablar.

Pero lo que caracterizó principalmente la personalidad de don Fernando Inglott Navarro, no fué ni la brillantez de su pluma, ni la elocuencia de su oratoria, con haber reunido ambas cualidades en grado sobresaliente. Su faceta principal fué la de catedrático: catedrático siempre. Desde la juventud hasta la senectud. Cincuenta años explicando las Cátedras de Matemática y Geometría en el Colegio de San Agustín y al mismo tiempo y durante muchos años explicando

iguales asignaturas en el Seminario de esta Diócesis. Toda una vida consagrada a la enseñanza.

¡Cuánto se encierra en estas cuatro sílabas! No me refiero al profesor que dedica una hora del día a explicar su cátedra empleando el resto de su tiempo en otras ocupaciones, sino a aquel otro que consagra todo su tiempo, su vida entera a enseñar al que no sabe. Por algo nuestra Religión la incluye entre las obras más meritorias ante Dios. Vida de abnegación y sacrificio muchas veces incomprendida y no siempre agradecida. Quien así consagró su vida a la enseñanza ejerció un sacerdocio.

Porque el verdadero profesor además de instruir debe dirigir. Ha de ser maestro y psicólogo. En el adolescente se perfilan ya las condiciones buenas y malas del hombre de mañana; y el profesor ha de estudiar el carácter y condición de cada discípulo para frenar al soberbio y alentar al tímido, premiar al estudioso y estimular al abúlico, realizando tarea semejante a la del buen agricultor de apoyar al árbol débil para que no se tuerza y enderezar al mal inclinado para que siga la buena dirección. Tal fué como don Fernando Ingloft entendió su noble Magisterio. Agreguemos a esto una gran bondad de corazón y su consejo siempre paternal; y no es de extrañar por eso que en todos sus discípulos su recuerdo permanezca imperecedero a pesar del tiempo transcurrido.

Y todo ésto con el mayor desprendimiento. Tenían muchos de los hombres de aquel tiempo un alto concepto de sus deberes sociales inspirados por el amor a su Patria y para ellos todo sacrificio era el pago de una deuda sagrada.

Yo, citaré uno de tantos detalles de cómo entendió esos deberes don Fernando Ingloft Navarro, que no sé si a algunos parecerá nimio y que para mí es de un gran mérito. En el Colegio de San Agustín existía una modesta estación meteorológica. Dos o tres veces al día había que consultar los termómetros para saber el grado de temperatura, se tomaba nota de la presión atmosférica y del pluviómetro, se observaba la dirección de los vientos y el estado del cielo. Esto, repito, dos o tres veces al día, y periódicamente, si mal no recuerdo, mensualmente se levantaba un estado de todos esos datos para remitirlo a los Observatorios de París y Madrid.

Es posible que alguno piense que eso significa únicamente dedicar un rato por la mañana y otro por la tarde en cada día, y unas horas al mes para hacer los estados mencionados. No lo entendió así el Observatorio de París al proponer al Gobierno francés y obtener del mismo una recompensa honorífica para don Fernando Ingloft; pero yo digo que esa labor durante años, quinquenios y décadas implica una doble virtud: la de la perseverancia, cada día más rara; y la del amor al país en que se nació. Dar a conocer nuestro clima y contribuir a la labor científica de aquellos Centros con la mayor constancia y sin el menor interés personal.

Así eran aquellos hombres, dignos sucesores de los que al promediar el siglo XIX sacaron a Gran Canaria de su postración. Por eso

creo yo que tanto el Gabinete Literario como el Círculo Mercantil han hecho muy bien en mostrar a las generaciones de hoy esas vidas ejemplares, inspiradas siempre por el amor a Gran Canaria; y por eso también creo yo—y con esto termino—que en el cuadro de honor de los buenos hijos de Gran Canaria hay que incluir con caracteres bien destacados el nombre de don Fernando Inglott Navarro.

9 de Marzo de 1949.



TOMÁS MORALES

(1885 - 1921)

TOMÁS MORALES,

(Recuerdo emocionado)

Señoras y señores: Cúpome la suerte de tener que presentaros en esta velada a nuestro glorioso poeta Tomás Morales. Por un momento, titubeé en aceptar el encargo, demasiado fácil para despachado en interminable ringlera de lugares comunes, de que el propio Tomás hubiera irónico sonreído.

Pensé luego que no era forzoso blandir el quirúrgico escalpelo de la crítica literaria, ni siquiera con la anestesia del incienso, esparcido sobre vuestras cabezas por el pendular *botafumeiro*. Fáltame fuerza y hábito de empujar tan pesado armatoste.

Mas otro aspecto del vate queda por dilucidar. Recordé oportunamente que en este año se celebra, en otros países, el bicentenario del nacimiento del inmenso Goethe. Por asociación de ideas vínome a la mente que para completar el conocimiento de este genio, que hoy estudiamos, a más de sus propias obras, los diálogos que publicara su fiel amigo Eckermann, en sus «Conversaciones con Goethe».

Ya que mi generación ha tenido la fortuna de contemplar de cerca a Tomás Morales, charlar amistosamente con él, codearle y abrazarle fraternalmente como uno de los suyos, sin que la admiración padezca y no sería conveniente fijar de una vez su estampa física, sacarle del Olimpo de los elegidos y pasearle por la tierra que cantara, departiendo de vulgares casos y cosas, que perfilan su silueta mejor que póstumas disquisiciones literarias, propensas a exhalar aquel tufillo pedantesco y doctoral que tanto detestaba?



Don Simón Benítez Padilla
(Conferenciante)

Acometer la tarea es darle pasto a mi laboriosísima pereza. Los recuerdos se agolpan sin rebuscarlos. La imagen del poeta amado acude a la evocación sin tardanza. El ambiente en que se moviera, las gentes que le rodearon, forman el nítido fondo de la tela. Las citas surgen espontáneas: la memoria las guarda con el cálido cariño de que sería incapaz la erudición. Quede para otros el sabio análisis de su obra. Fáltanos profesoral suficiencia para desmenuzarla. Aunque su edad me aventajara en media docena de años, tuve la singular dicha de tratarle y aún de convivir en Madrid. Sea mi aportación a su biografía la de la historia intrascendente, la ingrátida exposición de minucias, la risueña colección de anécdotas, el emotivo espectáculo de los amigos idos y los sucesos pasados.

Nadie mejor que Goethe expresa esta nostalgia en su Prólogo del «Fausto».

«Tornáis de nuevo, hermosas imágenes flotantes,
que dulce y melancólico un día contemplé;
¿Asiros y teneros podré, feliz como antes?
¡Aún vuela hacia vosotras el alma cuando os vé!»

A salvo las distancias, tiene el poeta canario más de un punto de contacto con el germánico. En el nuestro, percibía Gabriel Alomar, (1) como en Rubén Darío, la «unción panteísta que anima el ritmo de las estrofas sonoras; unas veces con la punta de aquel «Coloquio de los centauros» que llegó donde no alcanzaron aquellos otros dos poetas coloniales, tan hondamente penetrados de helenismo: Leconte de Lisle y Heredia — así en la «Tarde en la Selva»—, y otras veces con una sonoridad paralela a la «Marcha triunfal»— como en el «Canto en loor de las banderas aliadas» y en «Britania Máxima».

Desde sus primeros versos transpira esta atmósfera panteística en que se baña el alma del poeta:

«Noches de la Naturaleza,
hechas de sombra y de grandeza,
todas misterio y emoción...» (2)

No sé qué remembranza despierta, quizá porque su metro corto remeda los hemistiquios de la popular Mignon de Goethe, a que puso melancólica música Schubert:

«Kennst du das Land,—
wo die zitronen blühn...»

(¿Conoces la tierra — do florecen los limoneros?)

Esta tierra del naranjo y el limonero, y aún de la platanera, conocía bien Tomás. No en vano se mecía su cuna en el geórgico pueblo de Moya, donde nació el 10 de Octubre de 1885. Es su riente campiña la que baña con su luminoso ambiente los recuerdos pueriles del poeta, incluso en los familiares interiores. Estos campesinos ecos in-

(1) Lunes de "El Imparcial", 15 de Agosto de 1920.

(2) La Honda: Rosas de Hércules 1.º pag. 69.

fantiles, son los que forman «Las Vacaciones sentimentales» del libro 1.º de «Las Rosas de Hércules».

«Y he recordado... El breve rincón de un pueblecillo;
una casa tranquila inundada de sol;
unas tapias musgosas de encarnado ladrillo
y un jardín que tenía limoneros en flor...» (1)

Estas *vacaciones* fueron trasplantadas, con tal nombre, de la primera parte de su libro inicial: «Poemas del Amor, de la Gloria y del Mar». Con sus 20 años, el autor se cree obligado a colocar el Amor en primer término y a personificarlo en una Dedicatoria, que es como un piropo a una linda muñeca. Breve composición, desaparecida luego en el trasplante al tomo de la madurez:

«Sobre el libro de mis versos,
donde hay un alma escondida,
tu cabecita sedaña
soñará melancolías...

Y en una mirada lánguida
como una leve caricia
pasarán tus ojos negros
por el rosa de mis rimas...

Por el crepúsculo, ayer,
pasaron dos golondrinas...» (2)

Pero el poeta, aún no traspuetos sus 22 años, comprende que su amor fué una quimera:

«¿Y el amor? — Fué el más noble de mis cantos añejos:
yo ensalcé de los besos el manantial sonoro
el cinabrio escarlata de los labios bermejos
y el lunar espectáculo de los cabellos de oro...» (3)

Y así canta la «Palinodia», (4) porque él fué

«Aquel que en su serenata
creyó la luna de plata
y de cristal la laguna;
y, en noche de primavera,
confundió una cabellera
con el oro de la luna.

El que embocó sus destinos
por mentirosos caminos
ebrio de augustos venenos,
pues creyó que, milagrosas,
eran las mejillas rosas
y eran de nâcar los senos.»

Mas ahora está de vuelta de tales deliquios: (5) y reconoce la superioridad de la belleza real sobre la imaginada:

- (1) Las Rosas de Hércules. - Libro 1.º pag. 45.
- (2) Poemas del Amor, de la Gloria y del Mar - Rimas sentimentales.
- (3) Las Rosas de Hércules. - Libro 1.º pag. 67.
- (4) Las Rosas de Hércules. - Libro 1.º pag. 89.
- (5) Las Rosas de Hércules. - Libro 1.º pag. 90.

«Más que los nácares buenos,
hoy, me parecen los senos;
las ojeras más brumosas,
las venas más azuladas,
y las mejillas rosadas
más rosadas que las rosas...»

También en esta añoranza palpita la melodía de Rubén:

«Yo soy aquél que ayer, no más decía
el verso azul y la canción profana...»

Mas ¿cómo zafarse de la influencia rubeniana en este alborear de la vigésima centuria? Ya la vamos mediando y aún el cetro de la poesía hispana no ha caído de la helada mano del vate nicaragüense. Con él irrumpen en la anquilosada métrica española, nuevos ritmos, nuevas armonías, nuevos temas y aquella mitología helénica, que es otra característica que aproxima el poeta canario al sereno Goethe. Morales expresó esta honda y como milagrosa transformación, en su Alegoría de «Rubén Darío en su última peregrinación».

«Por vez segunda vieron las ondas del Leteo
desarrollarse el mito plutónico de Orfeo
y operarse en sus antros una transmutación:

Y es encendida, ahora, la mansión tenebrosa;
por el influjo rítmico, tórnase luminosa
y amplias sonoridades por el espacio van.
Del universo antiguo surge un nuevo universo,
a sus cubiles hoscos huye Carón adverso
y el remo, ahora florido, bate el divino Pan...»

En esta Elegía —y la observación es asimismo de Alomar— no pudo substraerse en absoluto al eco mental rubeniano del «Responso a Verlaine». Y éste sí que fué el verdadero padre de la poesía moderna: Sin él, tampoco Darío existiría. La cadencia acompasada de Víctor Hugo, que suena como trompeta bélica, conviértese en suave murmurio de violín. La fanfarria estridente adquiere la tonalidad de la voz humana, que musita en la intimidad.

No es poesía para muchedumbre, ni se deleita en épicos espectáculos. Suspira por alcázares de ensueño, y no se codea sino con princesas pálidas y marquesas versallescas. Pregúntase Rubén entre los *sollozos de los violonchelos*.

«¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?
Yo el nombre y el día y el país ignoro.
Sólo sé que Eulalia ríe todavía
y es cruel y eterna su risa de oro.»

Estos *sollozos de los violonchelos* en la fiesta galante ¿no serán los mismos *sollozos de los violines del Otoño* (les sanglots des violons de l'automne) que inundaban el corazón de Verlaine de una monótona languidez?

Hojeo al azar una Antología de la Lírica francesa y al llegar a

indudable promesa de un verdadero poeta. Para llegar a realizar el ofrecimiento de originalidad que en este libro hace, sólo le falta soltar las amarras, libertarse de todo lo que hoy influye excesivamente en él; declararse independiente. Así dejará de ser discípulo y será maestro». Y en «El Globo», entonces remontado a la estratosfera de la popularidad, su redactor Luis Doreste, paisano, compañero de estudios y su guía en el bullicio cortesano, forma en el coro de los ditirambos. Su afecto rebosa en la poesía que Tomás le consagrara cuando Luis Doreste publicó sus versos reunidos bajo el título de «Las Moradas de Amor»:

«Y vuelve el ayer guiado por inefable transporte:
para el ingenuo muchacho recién llegado a la Corte
tuviste amables frecuencias y orientaciones de amor.
Era el consejo excelente y era el consejero llano
y alentadora, tu mano
sobre mis hombros, tenía presión de hermano mayor.

Juntos hicimos entonces la vida universitaria.
Las guardias del internado en la sala hospitalaria
entre dos filas de camas que ordenara la piedad;
por donde, calladamente, agitando una tisana,
iba alguna dulce hermana,
con sus engomadas tocas, sirva de la caridad.

En Las Palmas, los ecos de la lira de Tomás Morales hicieron vibrar, por simpatía, muchas otras. Quede para memoria, el «Elogio de la vida campesina», de mi fraternal amigo Agustín Millares Carlió, que según mi cuenta, debía andar entonces por los 15 años. Es una paráfrasis de los versos de Fray Luis de León a la Vida del Campo, y no me cabe duda de que, atendida la corta edad del poeta, Fray Luis debe habérselo perdonado:

«Y en la noche callada
Cuando brille la estrella refulgente
Tu humanidad cansada
Bajo el cielo riente
Halle en el césped lecho bien caliente».

¿Quereis ver la maravillosa transformación del Arte, expresando el mismo deseo, en armoniosos exámetros, como final de la bienvenida a Salvador Rueda, por Tomás Marales?:

«Y mientras velan las estrellas, bajo el amparo de su égida,
grave reposo halle tu cuerpo, que de la luna el puro ardor,
para inspirarte ensueños gratos vertió en su lámpara encendida
el óleo triple que engendraron la Paz, el Sueño y el Amor.»

Entre todas las críticas isleñas, aún superando la de los consagrados, Francisco González Díaz y Domingo Doreste Rodríguez (Fray Lesco) descuella la de un joven desconocido, Manuel Macías Casanova, publicado en «La Ciudad» del 17 de Julio de 1908. Remataba con estos párrafos:

«Y nada más por hoy. Reciba el autor de los *Poemas del mar* mi

«Más que los nácares buenos,
hoy, me parecen los senos;
las ojeras más brumosas,
las venas más azuladas,
y las mejillas rosadas
más rosadas que las rosas...»

También en esta añoranza palpita la melodía de Rubén:

«Yo soy aquél que ayer, no más decía
el verso azul y la canción profana...»

Mas ¿cómo zafarse de la influencia rubeniana en este alborar de la vigésima centuria? Ya la vamos mediando y aún el cetro de la poesía hispana no ha caído de la helada mano del vate nicaragüense. Con él irrumpen en la anquilosada métrica española, nuevos ritmos, nuevas armonías, nuevos temas y aquella mitología helénica, que es otra característica que aproxima el poeta canario al sereno Goethe. Morales expresó esta honda y como milagrosa transformación, en su Alegoría de «Rubén Darío en su última peregrinación».

«Por vez segunda vieron las ondas del Leteo
desarrollarse el mito plutónico de Orfeo
y operarse en sus antros una transmutación:

Y es encendida, ahora, la mansión tenebrosa;
por el influjo rítmico, tórnase luminosa
y amplias sonoridades por el espacio van.
Del universo antiguo surge un nuevo universo,
a sus cubiles hoscos huye Carón adverso
y el remo, ahora florido, bate el divino Pan...»

En esta Elegía — y la observación es asimismo de Alomar — no pudo substraerse en absoluto al eco mental rubeniano del «Responso a Verlaine». Y éste sí que fué el verdadero padre de la poesía moderna. Sin él, tampoco Darío existiría. La cadencia acompasada de Víctor Hugo, que suena como trompeta bélica, conviértese en suave murmurio de violín. La fanfarria estridente adquiere la tonalidad de la voz humana, que musita en la intimidad.

No es poesía para muchedumbre, ni se deleita en épicos espectáculos. Suspira por alcázares de ensueño, y no se codea sino con princesas pálidas y marquesas versallescas. Pregúntase Rubén entre los *sollozos de los violonchelos*.

«¿Fué acaso en el Norte o en el Mediodía?
Yo el nombre y el día y el país ignoro.
Sólo sé que Eulalia ríe todavía
y es cruel y eterna su risa de oro.»

Estos *sollozos de los violonchelos* en la fiesta galante ¿no serán los mismos *sollozos de los violines del Otoño* (les sanglots des violons de l'automne) que inundaban el corazón de Verlaine de una monótona languidez?

Hojeo al azar una Antología de la Lirica francesa y al llegar a

Verlaine pareceme percibir, al final de «Mi ensueño familiar», que a más de ser un soneto tiene un sonsonete, que todavía tararea la marquesa Eulalia:

«Est-elle brune, blonde ou rousse? — Je l'ignore.
Son nom? Je me souviens qu'il est doux et sonore
Comme ceux des aimés que la Vie exila.
Son regard est pareil au regard des statues,
Et pour sa voix, lointaine, et calme, et grave, elle
L'inflexion des voix chères qui se sont tues.
(¿Es morena, rubia o bermeja? Lo ignoro.
¿Su nombre? Recuerdo que es dulce y sonoro
Como los de los amados que la vida desterró.
Su mirada es semejante a la mirada de las estatuas,
Y en cuanto a su voz, lejana y serena, y grave, tiene
La inflexión de las voces queridas que se han callado.)

¿Y a quiénes dispensaban sus favores estas lindas marquesas dieciochescas, en el Madrid de la primavera década de este siglo? Sólo ascendían hasta ellas los *modernistas*. ¿Serían éstos, acaso, *los vizcondes rubios de los desafíos y los abates jóvenes de los madrigales*? Bernardo G. de Candamo los retrata así, precisamente con motivo de la elogiosa crítica del libro primigenio de Tomás Morales:

«En la juventud literaria española el número de poetas es infinito. Por todas partes aparecen. Sus ojos tienen vaguedades de ensueño; sus trajes suciedades de años; sus sombreros, negros y flexibles, caen sobre un rostro sin lavar y las «*manos de marqués*» ostentan una decoración negra, como un adorno en las uñas. Los dientes son verdes y de todo ese conjunto surgen emanaciones cuyo olor es cruel. Imaginémonos a todos estos líricos reunidos, y tengamos compasión de nuestra pituitaria. Ellos son los *exquisitos*, las *almas perversas*, los enamoradores de las fiestas galantes y de las dulces marquesitas de Rubén Darío. En ocasiones, estos líricos pálidos componen versos bellamente sentidos, y cuando los leones lamentamos más aún que sus autores no amen por igual la poesía y el agua, el agua como elemento poético, potable y de limpieza. Pero es lo que ellos dicen o suponen: ellos desaparecerán y su obra permanecerá eterna en el tiempo y en el espacio. A ésto no se podría replicar.

«Las modernas tendencias de la lírica entre nosotros llevan la poesía por el camino de la imitación, de la adaptación de las palabras, de los modos de expresión castellanos a sentimientos que nos son ajenos.

«Y es el caso que estos mismos sentimientos extranjeros han llegado a la mayoría por el reflejo de espíritus cultísimos como Rubén Darío, Antonio de Zayas, Manuel Machado y Díez-Canedo. Y así llegamos a esa monstruosidad de romances escritos con la técnica adaptada del arte poética de Verlaine».

Esta opinión, nada halagadora, no concuerda ciertamente con la de esta romántica bohemia madrileña, trasnochado residuo de la que medio siglo antes pintara Murger. El poeta Villaespesa, que capita-

neaba el grupo, acogido a la bandera de su «Revista Latina», juzgaba sus finas manos, en atrevida antítesis,

«dignas de rasgar velos de princesas latinas
y ceñir el anillo del Santo Pescador».

Este auténtico poeta e incorregible bohemio acoge cariñosamente a Tomás Morales, cuando éste recalca por Madrid; a terminar la carrera de Medicina, que había comenzado en la Universidad de Cádiz. Poeta fué Tomás, como todos los contertulios; a la desastrada bohemia no se incorporó jamás. Con motivo de una trifulca entre Pedro Barrantes y no sé qué otro maloliente vate modernista, la culta escritora «Colombine» díjole un día a Morales: «La cuestión es tan grave que han concertado un duelo a muerte, arrojándose cubos de agua».

Y ya hemos mencionado los cenáculos literarios del Madrid de la época: Uno más abigarrado, el de Villaespesa. Otro más seleccionado, el de «Colombine», nombre de pluma de Carmen de Burgos Seguí. Villaespesa mantenía su segunda mujer con los suspiros que le arrancaba el malogrado amor de la primera. Esto lo bautizaba de *Tristitiæ rerum*, la tristeza de las cosas. Al frente del tomo de este título, que recoge una sentida colección de sonetos, dedicados al recuerdo de la primera esposa fallecida, figura éste, tan hermoso como platífero, que no hace presagiar el consuelo que en la segunda encontraría:

«Los que visteis salir por vuestra puerta,
para siempre, en la paz del ataúd,
con los fríos despojos de una muerta
todos los sueños de la juventud...

Los que de noche, trémulos de frío,
tembláis de espanto en vuestro lecho, al ver
junto a vosotros un lugar vacío,
esperando a quien nunca ha de volver...

Los que soñásteis y encontrásteis una
mujer que por encanto o por fortuna
encarnase los sueños del amor

y al perderla os quedásteis sin abrigo...
venid, a solas, a llorar conmigo,
porque de todos es este dolor».

Morales nunca olvidó la afectuosa acogida de Villaespesa. Declaraba a un periodista, en Abril de 1921, cuatro meses antes de su muerte: (1)

«Indudablemente quedarán las obras de Antonio Machado y de Francisco Villaespesa... a mi juicio los dos más grandes poetas contemporáneos. Claro, que cada uno en su estilo. Machado es un poeta filosófico, psicólogo; el otro es la suprema encarnación del romanticismo... Son los dos más admirables. Yo —agregó— le profeso a Villaespesa un cariño entrañable, unido a una admiración sin límites. Él fué quien orilló todas las dificultades que se presentan en el cami-

(1) "La Provincia", Abril 1921.

no de todo neófito; por él publiqué mi primer libro de poesías; le guar- do eterno agradecimiento.»

Nuestro dilecto amigo Claudio de la Torre, ha referido al porme- nor este lanzamiento de la primera obra del gran poeta canario. Déjo- le la palabra; (1) tal como la usara en el banquete que aquí se le dió a Morales en 1920.

«Tomás contaba entonces poco más de veinte años. El nuevo horizonte de su vida comenzó a desfilarse y surgieron nuevas figuras: Villaespesa, envuelto en su bata moruna, fué el segundo en aparecer y en alentar. Allí se reunía el pequeño Parnaso, en aquel cuarto de la calle de Jacometrezo que no pagaba Villaespesa, y en el que ponía una nota siniestra aquel hombre hurafío que se llamó Durván, del cual nuestro Alcalde, aquí presente, (alude a Bernardino Valle, Alcalde en la época) acaso guarde memoria. Y allí nacieron las primeras cola- boraciones.

«¿Qué hacía, entretanto, don Primitivo Sanjurjo? (Claudio de la Torre ha dicho antes que este fué el primer amigo del poeta, aparte sus íntimos Manolo González y Luis Doreste y ese otro muchacho, Fernando Fortún, *cortés y triste como su sonrisa*)». El amigo Sanjurjo nunca le abandonó; fué su fiel lazarillo a través de tanta turbulencia. Y le llevó a puerto seguro. Aquí nace otro nombre para nuestra grati- tud. Hablo de don Magdaleno de Castro, hombre vacilante, entonces en los linderos del anarquismo, generoso y bueno y eficaz arribo de nuestro poeta. Don Magdaleno de Castro, el terrible director de *La Luz Roja*, fué el editor de los *Poemas del Amor, de la Gloria y del Mar*.

Pero fué en el Cenáculo de *Colombine* donde Tomás Morales re- cibió el espaldarazo de espléndido poeta, otorgado por el grupo de jó- venes literatos de más solvencia en revistas y periódicos de la época. No resistimos a la tentación de leerlos por todo lo largo la evocación de este momento culminante, emotivamente descrito, hace años, por uno de los contertulios, Emiliano Ramírez Angel: (2)

«Era en este Madrid, en 1908... La escritora «Colombine», que dirigía por entonces una publicación mensual, «Revista Crítica», ju- venil y empenachada, reunía en su casa de la calle de San Bernardo, todos los domingos por la tarde, a sus muchos amigos y admiradores. Con los ya significados alternaban los bisoños, lo que, orgullosos de nuestros veinticinco años, llamábamos talento a la osadía y disputá- bamos genialidad la impaciencia. Ahora, en este sol de la madurez que va dorando lo pretérito, ¡cómo se confunden ya los minaretes con las cruces!

«Al través de la suave niebla, todavía luminosa, del recuerdo, ve- mos la figura de Salvador Rueda, el renovador injustamente preterido; las barbas apostólicas de Ruiz Contreras, amigo generoso siempre de lo nuevo y lo fragante, que vive, como Rueda, para fortuna de los

(1) "El Espectador", 12 de Marzo de 1920.

que no hemos olvidado su labor... Y, en torno de ellos y de algún otro cuyo nombre escapa a la memoria, el grupo entusiasta, nervioso, prometedor, que redactaba la «Revista Crítica»: José Francés, Andresito González Blanco, Enrique Díez-Canedo, Rafael Cansinos Assens, Ramón Manchón, José Robledano, Luis G. Huertos, Antonio Hoyos, Castro Tiedra, Fernando Fortún, Rodríguez Embil, Martínez Olmedilla, Martínez Jerez, Miguel Pelayo, Vicente Almela, Francisco Posada, Gómez Jaime, Cerrillo Escobar, Barceló...

«Una de aquellas tardes, los que estábamos junto al balcón comentando las veladas artísticas de Federico Oliver en la Princesa, donde Meterlinck e Ibsen hicieron reír zafamente a los caballeros del abono, volvimos la cabeza atraídos por un siseo prolongado. En el centro de la habitación, repleta de gente, surgía un mozo robusto, ce-trino, de atrevida frente y labios gruesos. Una vez restablecido el silencio, avanzó ligeramente y extendió el brazo derecho en la amenazadora actitud del que va a recitar. La escena repetidísima en tantos aposentos como aquél, fluctuaba entre lo cursi y lo magnífico. ¿Qué iba a suceder allí?

La voz, una voz abaritonada, caliente, viril y esbelta, que fué exaltándose magníficamente, comenzó:

«Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movable serenidad marina...»

Aquella voz, poderosa y convencida, apoyábase en los esdrújulos como una heráldica garra de león sobre un mundo. Todos los circunstancias presentimos, simultáneamente, a un poeta, a un fuerte y delicado poeta. «Colombine», entre los rostros atónitos, sonreía asintiendo al arrobó de la revelación. El mozo acabó su soneto, y una salva de aplausos estalló en torno de su frente, que, con un movimiento impulsivo de arrogancia, alborotó la crespá corona de los cabellos. Y nuevamente la voz apasionada prosiguió:

«Marinos de los fiordos de enigmático porte
que llevan, en lo pálido de sus semblantes bravos,
toda el alma serena de las nieves del Norte
y el frío de los quietos mares escandinavos...»

Antes de que concluyera, antes de que el trueno de las palmadas ahogase el terceto final, ya el nombre de aquel desconocido circulaba entre todos nosotros. Llamábase Tomás Morales; había nacido en una de las Islas Afortunadas, y acababa de editar su libro primero del que nos estaba dando a conocer la tercera parte. El libro se titulaba «Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar».

«Tomás Morales fué fulminantemente amigo nuestro, amigo del todo Madrid literario».

A este tomito, con tal alborozo acogido, pués entusiasta prólogo el consagrado poeta Salvador Rueda. Esta salutación al poeta futuro, poco antes publicada en el popularísimo «Heraldo de Madrid», mere-

ció al reputado crítico Eduardo Gómez de Baquero (Andrenio) este irrespetuoso comentario:

«Entre sus poesías ha inserto el Sr. Morales una de Rueda, que es, como casi todas las de este famoso poeta, un derroche de imaginación, un castillo de fuegos artificiales. La musa de Rueda no ama la sencillez, ensarta unas en otras las metáforas y no se detiene ante nada.

«¿Eres tú el de la nueva generación rionto,
que llegas con las manos untadas de armonía...»

le dice Rueda al Sr. Morales. Me parece que Rueda le falta a la armonía. Con las manos untadas de cualquier cosa, aunque sea de armonía (que no se ha hecho para unturas) no se debe ir más que a lavarse».

He aquí por qué en la segunda edición inserta en el Tomo 1.º de «Las Rosas de Hércules», tras del lavatorio, aparece el poeta *con las manos ungidas de armonía*, en lugar de *untadas*: ¿Y qué diferencia va de unirse a untarse? Absolutamente ninguna: la de ser el vocablo poético o no serlo. La experiencia está hecha en otro poema de Tomás Morales, ese profano «Cantar de los Cantares», titulado: «Criselantina», que para los helenistas quiere decir Oro y marfil.

«Unge tu cuerpo virgen con un perfume arménico,
muéstrame de tu carne juvenil el tesoro
y ruede sobre el mármol de tu perfil helénico
la cascada ambarina de tus bucles de oro.»

Este grato perfume arménico será excitante como *ungüento* y repugnante como *untura*. Si lo *untamos* al marfileño cuerpo de la amada, de fijo pide un baño; pero *ungido*, reclama la caricia.

A su vez Rueda había sido galardonado con un precioso Pórtico de Rubén Darío en otro libro de sus poesías. La presentación terminaba así:

«Fué aborrecido de Zoilo el verdugo,
fué por la gloria su estrella encendida.
Y esto pasó en el reinado de Hugo,
emperador de la barba florida».

Esta barba florecida o entrecana de Víctor Hugo, era una reminiscencia — que la cultura de Rubén no podía desaprovechar — de las antiquísimas canciones de gesta francesas del ciclo carolingio, donde al Emperador Carlomagno se le designa como *l'empereur a la barbe fleurie*.

Por esta época libraba Salvador Rueda la batalla del exámetro. Fué Rueda un precursor de los modernistas (libre de toda contaminación afrancesada) por su afán de renovar la métrica, imprimiendo nuevos ritmos a la poesía castellana. Ensayó la aclimatación del exámetro latino, promoviendo el alboroto de los casticistas, enemigos sistemáticos de toda novedad. Tuvo que echar mano de la autoridad incontrastable de un espíritu tan conservador como el de Menéndez y Pelayo, que no sólo admitió, como consumado latinista, el derecho a la

vida del exámetro, sino que recordó que ya existía en la poesía popular española, sacando a colación la letra de la *muñeira*, que Rueda citó variando honestamente el final, a trueque de perder el martilleo del consonante:

«Tanto bailé con la moza del cura, que ya me rendía...»

En la «España Nueva» del 3 de marzo de 1908 publicó Rueda, como ejemplo, pues el movimiento se demuestra andando, un vibrante poema en exámetros, titulado «Los Bárbaros en Roma», cuyo final era:

«Y al trepidar la ciudad corroída por viva carcoma
de su tragedia surgió más potente, cual árbol no visto,
alta la cruz, que rasgó con sus aspas el cielo de Roma.
¡cuál facistol de que son libro abierto los brazos de Cristo!»

Al pie puso Rueda una Nota en que anunciaba: «Va a hacer un libro entero en exámetros Tomás Morales, joven español, para gloria nuestra, de las Islas Canarias, médico, en el cual tengo puestos los ojos, porque acaso sea el poeta de campaña grande y original, totalmente original, que está esperando mi alma al mirar a lo futuro. Tiene voz alta y extensa, capaz de llegar desde el centro a la periferia de la raza, y trae la visión ancha y fuerte de la vida del mar.»

Ved cómo el ambiente empujaba al poeta canario a ensayar sus fuerzas en la rotundidad polifónica del exámetro. No tardaron en surgir el broncíneo poema de «Britania Máxima» y la Salutación al propio Salvador Rueda por la visita a nuestras tierras atlánticas, donde se ha logrado el milagro de verter en un pomposo metro el suave murmullo de la primavera.

Mas no se crea por esto que existe un brusco hiato entre los Poemas del Mar y los del tomo 2.º de «Las Rosas de Hércules». Este no es sino el desarrollo lógico de aquéllos. La trompeta épica, que ha ensayado en sordina al cantar a los *gavieiros atrevidos y patrones expertos, que acaso fueron los héroes de un día*:

«Y oyeron de las olas los rudos alborotos
golpear la cubierta con recia algarabía,
entre los crujimientos de los mástiles rotos
y las imprecaciones de la marinería».

Se ensancha en un crescendo triunfal al describir la batalla naval de Lepanto en la «Oda a las glorias de don Juan de Austria»:

Y frente a frente para el supremo trance violento,
la artillería retumbó torva su voz salvaje,
y el mar fué sangre, y el cielo incendio, y horror el viento
que unió las jarcias para la furia del abordaje».

Ni aún llegado a tan alto grado de grandilocuencia, olvida el vate su tono íntimo y cordial, que pudiera entroncarlo con los modernistas. En el libro 1.º de «Las Rosas de Hércules», se agrega entre otros, a

los Poemas contenidos en el primigenio volumen, este delicado «Recuerdo de la hermana»:

Veo la casa nuestra, tan lejana,
medio borrada en la penumbra quieta
y en el cuadro de luz de la ventana
recortada y en sombra tu silueta.

Tus ojos miran los senderos vanos
que pinta el claro mar bajo la luna
por donde nos partimos los hermanos
cuando salimos a correr fortuna».

¿No vibra aquí la misma cuerda sentimental de la lira de Antonio Machado, en las primeras estrofas de «El Viajero», que encabeza su primer libro «Soledades», que arranca nada menos que de 1899?

«Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienas plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente;
y la fría inquietud de sus miradas.
revela un alma casi toda ausente».

¿Se atrevería nadie a colocar a Machado, por ésta muestra, entre los *modernistas*? No hay más sino que el *modernismo* estaba en el ambiente. Quedaron presos en él quienes no tuvieron añas para remontarse. Poetas con estro tan personal como Morales, Antonio Machado y Jiménez (Juan Ramón), pronto se emanciparon de la influencia modernista, de la que asimilaron la sustancia poética y no la mera apariencia formal.

La resonancia en Madrid de los «Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar» fué grande. La piedad filial ha conservado los recortes de la prensa madrileña que Tomás colecciona. Espigamos entre las críticas, todas muy elogiosas, la de Carmen de Burgos, arrobada ante el nuevo poeta que ha descubierto y lanzado; la de Fernando Fortún, exquisito poeta y amigo de Tomás, de todas las horas malogrado en 1914 para las Letras patrias, sin haber llegado a su plenitud (¡cómo suena lamentable la Elegía que le dedicó Morales!: «Fueron reveladoras—estas palabras tuyas que han quedado:— ¡Ah, vivir muchas horas,— y dejar mi legado,— en mi vida y mis obras acabado!»); las del crítico Fantasio del «Diario Universal», que comienza su artículo: «He aquí un poeta, un verdadero poeta, al que no se puede otorgar el vacío calificativo de *modernista*, y que, sin embargo, está muy lejos de seguir las huellas del Sr. Jackson Veyán. El Sr. Morales se limita a ser un poeta de inspiración muy moderna, enemigo de las frases hechas y de las imágenes manidas»; la de José Francés, bajo el seudónimo de Silvio Lago; la de Gómez de Baquero; la de Bernardo G. de Candamo, que finaliza su crítica con este cumplido vaticinio: «Tomás Morales, el autor de este primoroso libro que he comentado, es una

indudable promesa de un verdadero poeta. Para llegar a realizar el ofrecimiento de originalidad que en este libro hace, sólo le falta soltar las amarras, libertarse de todo lo que hoy influye excesivamente en él; declararse independiente. Así dejará de ser discípulo y será maestro». Y en «El Globo», entonces remontado a la estratosfera de la popularidad, su redactor Luis Doreste, paisano, compañero de estudios y su guía en el bullicio cortesano, forma en el coro de los dítirambos. Su afecto rebosa en la poesía que Tomás le consagrara cuando Luis Doreste publicó sus versos reunidos bajo el título de «Las Moradas de Amor»:

«Y vuelve el ayer guiado por inefable transporte:
para el ingenuo muchacho recién llegado a la Corte
tuviste amables frecuencias y orientaciones de amor.
Era el consejo excelente y era el consejero llano
y alentadora, tu mano
sobre mis hombros, tenía presión de hermano mayor.

Juntos hicimos entonces la vida universitaria.
Las guardias del internado en la sala hospitalaria
entre dos filas de camas que ordenara la piedad;
por donde, calladamente, agitando una tisana,
iba alguna dulce hermana,
con sus engomadas tocas, sierva de la caridad.

En Las Palmas, los ecos de la lira de Tomás Morales hicieron vibrar, por simpatía, muchas otras. Quede para memoria, el «Elogio de la vida campesina», de mi fraternal amigo Agustín Millares Carló, que según mi cuenta, debía andar entonces por los 15 años. Es una paráfrasis de los versos de Fray Luis de León a la Vida del Campo, y no me cabe duda de que, atendida la corta edad del poeta, Fray Luis debe habérselo perdonado:

«Y en la noche callada
Cuando brille la estrella refulgente
Tu humanidad cansada
Bajo el cielo riente
Halle en el césped lecho bien caliente».

¿Quereis ver la maravillosa transformación del Arte, expresando el mismo deseo, en armoniosos exámetros, como final de la bienvenida a Salvador Rueda, por Tomás Morales?:

«Y mientras velan las estrellas, bajo el amparo de su egida,
grave reposo halle tu cuerpo, que de la luna el puro ardor,
para inspirarte ensueños gratos vertió en su lámpara encendida
el óleo triple que engendraron la Paz, el Sueño y el Amor.»

Entre todas las críticas-isleñas, aún superando la de los consagrados, Francisco González Díaz y Domingo Doreste Rodríguez (Fray Lesco) descuella la de un joven desconocido, Manuel Macías Casanova, publicado en «La Ciudad» del 17 de Julio de 1908. Remataba con estos párrafos:

«Y nada más por hoy. Reciba el autor de los *Poemas del mar* mi

insignificante homenaje. Su poesía me deslumbró y elevó mi espíritu. Ella tiene toda la luz y la hermosura de esos atardeceres de nuestra tierra en que el sol, próximo a desaparecer, cubre magníficamente, paternalmente, al divino y omnipotente monstruo con el oro de sus rayos... ¡Oh, el Sol y el Mar canarios, tan hermanos y tan únicos! Ellos nos consuelan y nos hacen querer la vida.

«*Las macetas floridas son el alma de los hogares felices* ha dicho en algún lado Martínez Sierra. En este tranquilo hogar de mi mundo interior, el alma es muy otra; chocan amorosas las aguas del océano contra las paredes del corazón. Y el sol las ilumina...»

—¿Quién es este Macías Casanova?— preguntó Tomás, en Madrid, al recibir el periódico. ¿Quién fué Macías Casanova? Interrogareis vosotros. Remorderáme la conciencia si dejara pasar esta única oportunidad de presentarlo.

Fué mi encuentro con él en los pupitres del Salón de estudios del Colegio de San Agustín, mediado mi bachillerato. Acababa de llegar de la Gomera, su isla natal. Llevábamos unos cuantos años y pronto rodeó un aislamiento hecho de respeto y temor. De corta estatura, color cetrino, hondas ojeras, pelo lacio almidonado, mirábanos desde lo alto de su dominio literario. Susurrábanse escalofrantes historias sobre las perversas ideas de un tío médico que le educara en su orfandad allá en su Vallehermoso. Y del tío habíasele contagiado no sé qué sulfuroso oler heresiarca, que entontecía a las almas pusilánimes.

Todo ésto fué aliciente de mi curiosidad. Fuimos los mejores amigos del mundo, al convencerle de que yo no le tomaba en serio, como hombre infernal. Su espíritu no ardía sino en amor al Arte, y según los cánones de su escuela, uno de sus primordiales objetivos era en frase galiparlante *epatar al burgués*. Una vez terminado mi bachillerato, todas las noches venía por casa a leerme las apasionadas cuartillas que incesantemente escribía (el colegio lo había dejado), y en glosar las novedades literarias consumíamos hasta la hora veinticuatro.

Apenas regresado Tomás, nuestra velada tuvo para él una prolongación. Dejaba mi domicilio para llegarse al de Morales, una manzana de casas más allá y allí seguía enfrascado en sus entusiasmos por las Letras, hasta la madrugada. Tomás referíame más tarde que muchas veces le dejó solo en su despacho y encontróle al otro día beatíficamente dormido en un sillón.

Soñaba con la Gloria y perseguíala a la luz de la luna. Este noctambulismo le perdió. En noche de tormenta vagaba por la calle de Triana. Iba arrimado a las paredes, palpando los zócalos como acostumbraba. En el Parque tocó el pedestal de un poste de la luz eléctrica y una descarga le fulminó.

Sean mis palabras un piadoso recuerdo para su memoria. Descúbreme ante su obra inédita, con la misma reverencia que lo haría si hubiera podido acabarla.

Hacia Octubre de este año de 1908, otro periodista canario, residente en Madrid, hoy entre nosotros, Adolfo Febles Mora, enviaba a

la Prensa local una crónica donde anunciaba: «Pronto, muy pronto llegará a Las Palmas Tomás Morales, terminada brillantemente su carrera de médico. Quiero decir con ésto, que vayais pensando en dar forma práctica y ostensible a nuestra admiración por la obra poética de Morales y, al orgullo que su triunfo significa para esa región canaria».

Hubo ocasión para admirar la obra poética de Tomás Morales, falló la de verle terminar brillantemente su carrera de médico. Para ésto hubo de transcurrir un par de años más.

Era el de 1910, cuando a principios de verano hice mi primer viaje a Madrid, donde conviví con Tomás Morales. Habitábamos uno de los más elevados pisos de una modesta casa de huéspedes (3 pesetas diarias o doce reales como se decía, todo incluido) en la calle de Jacometrezo 23, 2.º, derecha, esquina a Mesonero Romanos. Con la apertura de la Gran Vía, la ondulante calle de Jacometrezo ha desaparecido; pero aún queda precisamente la esquina de nuestra casa en que vivíamos, con parte del rótulo de una pescadería que hubo en el piso bajo. Cuando volvemos a Madrid, aún creemos percibir el inconfundible olor del marisco.

Tomás acaba de graduarse de Licenciado en Medicina. Yo soy novato estudiante, en que el bozo aún no sombreja sus facciones; caído allí como mensajero del éxito obtenido por los hermosos poemas de Morales en los Juegos florales de Las Palmas. Toda la pensión es de amigos canarios que en el acto acometen la importante tarea de adaptarme a los usos y costumbres madrileños. Para convencerme de la urgencia de este cortésano desbaste, me contaban de otro *cateto* canariense, llegado poco antes que yo, y que se había presentado en una sombrerería para comprar una *cachucha*, pidiendo luego un *maipole* y acabando por solicitar un *medio bollo*. El comerciante, escamado, estuvo a punto de propinarle un bollo entero.

El calor del verano matritense dilata de tal modo todos mis poros, que una mañana retiré el pañuelo de mis narices, ensangrentado por una leve hemorragia nasal. Acudo a Tomás Morales, cuya habitación apenas distaba unos cuantos pasos de la mía, para proporcionarle su primer enfermo. Revuelve apresurado los volúmenes de su mesa. Aparta las «Prosas bárbaras» de Carducci, separa los amarillos «Ciudades Tentaculares» de Verhacren, dispersa los poéticos ensayos de Gonzalo Molina y los versos consagrados de Villaespesa, Rubén Darío, Salvador Rueda y del fraternal amigo Fernando Fortún. Al fin aparece un tomo de terapéutica; pero ¡oh dolor! está desaparejado y apenas hojeado el índice, el Doctor Morales se cerciora de que no es en esta segunda parte sino en la primera, que no posee, donde estaría el remedio de mi hemorragia. A él debo el ahorro de hábermela curado con agua fría.

A pesar de este primer éxito médico, Tomás está triste. ¡Tener que dejar Madrid ahora que el cielo es más azul y el sol más luciente! Unos amigos le resuelven el problema de prolongarle la estancia recomendándole al maestro de periodistas (era el cliché consagrado)

Julio Burell, que acababa de subir al Ministerio de Instrucción pública. Acudió Morales a su despacho y el Ministro preguntóle si había sacado el título, para hacer valer al proporcionarle empleo. A la respuesta negativa de Tomás, Burell lamentóse de no poderle anticipar su importe de fondos del Ministerio; pero díjole que resultaba completamente imposible encontrar allí dinero, porque su antecesor en la poltrona había sido Romanones. De todos modos y en tanto descubría cosa mejor, le dió una credencial para el Instituto Geográfico y Estadístico.

Al día siguiente, Tomás tomó posesión del cargo y a la hora de almorzar nos declaró satisfecho su convicción, adquirida en el Negociado de triangulaciones geodésicas, a que fué destinado, de que el más exacto instrumento topográfico era el teodolito excéntrico BRUNNER número 2.

Al otro día trajo cuidadosamente doblado un amplio impreso lleno de enigmáticas columnas, donde estaban los datos recogidos precisamente por aquel incógnito teodolito excéntrico Brunner, que era su admiración. Toda una mañana empleada en hallar la media de varias lecturas del nonio, no había logrado despejar el enigma del trato adecuado de los grados, minutos y segundo sexagesimales. Afortunadamente, su íntimo amigo Manuel González Cabrera, que también formaba parte de nuestra mesa, dedicó la tarde, en su calidad de adelantado-estudiante de Ingeniería, a aclararle los misterios de los más elementales cálculos topográficos.

Aguardábamos impacientes, al término de la otra jornada burocrática de Tomás Morales, el resultado de los esfuerzos matemáticos de Manuel González. Fué un verdadero prodigio. Al levantarnos del parco yantar, Tomás nos invitó a pasar a su habitación. Allí, ante Manuel González, Chano de la Nuez y yo, desplegó el amplio papel geodésico, impreso en columnas y fórmulas trigonométricas, y con soberano desprecio de estos signos cabalísticos, surgió ante el éxtasis del amical auditorio, leída con la voz grave y pausada de nuestro inmortal poeta, la «Epístola a un médico», dedicada al Doctor don Luis Millares Cubas, «honra de Apolo y honra de Esculapio». En sus últimas estrofas, el vate, retratando a don Luis, predecía algo de su propio destino:

«Honor a tu alma, que en los campos yermos
del padecer halló la augusta vial

Y a tu mano que cura los enfermos
con la suprema abnegación que un día,
renunciando a los líricos empeños,
abandonó el camino visionario
y hundió la blanca rosa de los sueños
entre las mudas hojas del herbario...»

Pocos días más tarde y siempre saliendo de las inspiradas columnas dispuestas para los cálculos geodésicos, el mismo comensal auditorio escuchaba, absorto de admiración, la «Oda a las glorias de don Juan de Austria». Ya nuestro reducido cenáculo vivía pendiente de estos cálculos de Tomás. De ellos, una semana tras otra, fué saliendo,

en el adecuado impreso del Instituto geográfico, casi todo el 2.º tomo de «Las Rosas de Hércules».

Esta familiaridad con la Matemática — el verso a más de ritmo es inmedida —, llevó a Tomás, andando el tiempo, a desdeñarla. Aquellas Tablas de logaritmos que le rodeaban en su mesa del Instituto geográfico, tóvulas por símbolo de vanidad y así lo expresó bellamente, años adelante, en el final de la Oración fúnebre a Rubén:

Llore el ciprés al muerto, no al que es eterno y fuerte:
la pena de los dioses es no alcanzar la muerte;
clamó tu boca un día, soberbia de ideal.
No fué tuyo el destino de los demás humanos:
—Thanatos y el Olvido son logaritmos vanos—
El Verbo, la substancia del Dios, te hizo inmortal.»

Mas queda un problema por resolver. Morales nos recitaba sus cálculos hechos; pero ¿qué método algebraico usaba en la composición? ¿Surgían sus estrofas espontáneas o se acicalaban al espejo antes de presentarse al público? A un periodista que preguntó: (1)

—¿Produce usted con facilidad? — Contestóle Tomás:

—Todo lo contrario. Me cuesta un trabajo horrible. Claro que este sacrificio lo considero suficientemente compensado a medida que veo surgir mis versos.

—¿Medita usted mucho su trabajo?

—Tanto, que cuando me decido a trabajar, podría empezar una poesía por la última estrofa».

Huellas quedan en sus papeles de esta meticulosa elaboración de sus producciones. Quisiera desquitaros del cansancio de mi disertación con la presentación de una poesía inédita, aún inacabada, que hemos descubierto en dos versiones, donde se aprecia el avance paulatino de la armonización. Es una preciosa estampa, que serviría para adorno de una minúscula edición dieciochesca de «Las Confesiones» de Rousseau. La he saboreado con deleite ¡Oh, los lindos libros en dieciseisavos del Siglo de La Ilustración!

Dice el primer borrador, en microscópica cuartilla de recetas:

«Cuándo lentamente bajo un emparrado bruno
donde los bellos moscateles blancos lucen al claro de luna
mientras que por mí sólo, en la noche, un pájaro
canta sobre los tilos. Yo pensaba en Rousseau...
Una tarde divina y fresca venía tras la tempestad
Delante el banco de madera de una rústica Ermita
Una sirvienta joven había puesto el cubierto
algunas gotas caían del follaje más verde
Un vaso sobre el mantel estaba lleno de vino provenzal
(Estas dos palabras dudosas.)

Madame d'Épinay llevaba —era domingo—
Su sombrero de pastora y su corpiño abierto
Puro frescor de la tarde.»

(1) "La Provincia", Abril de 1921.

Es como un proyecto de decoración, donde apenas balbucea la cadencia del ritmo, privado aún de la rima. Otro papelito idéntico, cubierto con la misma microscópica letra del poeta, en igual tinta verde, con frecuentes tachaduras e interlineados, nos ofrece la metamorfosis de aquella oruga en esta mariposa casi perfecta:

«Lentamente, cenando bajo el bruno emparrado
Del que penden racimos de moscatel dorado
Donde canta a la luna para mí sólo yo
un pájaro en los tilos... Yo pensaba en Rousseau.

Tras de la tempestad una tarde bendita
Ante el rústico banco de la rústica ermita
Una joven sirvienta fresca lozana y bella
Va dulcemente seria disponiendo el cubierto
en la mesa hay un vaso con la hierba doncella.

Madame d'Epinay llevaba
su sombrero de paja y su corpiño abierto
¡frescura de la noche!
Juan Jacobo soñaba con un dedo en la frente
un céfiro ligero al pasar murmuraba
en la fronda del parque una tierna cantiga
y Rousseau sonriente mientras mira a su amiga
hojea distraído un breve libro gris
Un libro sin dorados, simple edición sencilla
que Denis Diderot envía de París.

La sirvienta en la casa chocaba la vajilla
La estrellá del pastor en el Oriente brilla
Y al lejano ruido de un carro que regresa
creyéndose escuchar la voz de un manantial (*Dudas.*)
Y el silbar de algún grillo y algún sapo ventrudo...
Y madame d'Epinay
acaricia la gloria de su brazo desnudo.»

Esta gentil versión del Ermitage convertido en un pequeño Trianon, rumiábase en Agaete el poeta. Fueron sus años de plena felicidad. El suave acicate de la amante compañera, permitióle dar cima a «Las Rosas de Hércules». Su publicación celebróse como un acontecimiento literario en Madrid y en Las Palmas. Aquí el banquete de honor, tuvo, sin embargo, su pequeña tragedia, entre los más fraternos amigos de Tomás: Estos no pudieron asistir al acto y explicaron su ausencia con humilde carta, que comienza:

«Amadísimo Tomás: Tus constantes amigos, los de toda hora, en la intimidad de tu hogar y en las luminosas grutas de tu alma, no pueden venir esta noche, como los otros, a darte su cotidiana compañía y su invariable actitud de cariño. Una prenda personal tiene la culpa. No hemos perdido ninguna, claro es, pero no nos ha sido posible recoger otra importante que, a pesar de sus alucinadores brillos pectorales y el aire casi togal de sus maneras, nunca fué de nuestro rito; el smocking, disimulado señor de Britania, hecho para el humo sutil del cigarro o la cachimba, y el digestivo ensueño del burgués gentil-hombre. Unos — como Alonso y Saulo — porque aún no lograron re-

conocer un pequeño alivio crematístico en sus vidas; y otros, como Eladio, Manolo y Rafael Cabrera, porque acaso hayan tenido mucho trabajo para gastar el oro del tiempo en una prenda de valor de plata. Jamás sentimos la pena de nuestra teoría antielegante sino ahora. Perdidos en el profundo rumor de nuestra pequeña selva, creímos que todo el horizonte sartorial acababa en una americana de provincias. El castigo, pues, ha sido terrible. La ciudad distinguida tala los árboles y aparecemos nosotros, llenos de desorientación, como indígenas asombrados ante las piedras de cristal azul, con unos números del «Vogue» en la mano: eso es todo».

Firman la Epístola, en que nos parece oculta un satánico orgullo, Eladio Moreno Durán, Alonso Quesada, Manuel González Cabrera, Saulo Torón, Rafael Cabrera. (1)

Esto ocurría en marzo de 1920. El 15 de Agosto de 1921 despedíamos, para siempre, al amado poeta.

A mí no me es posible continuar, porque no se trasluzca que mi humorismo está preñado de lágrimas. — He dicho.

9 de Abril de 1949.

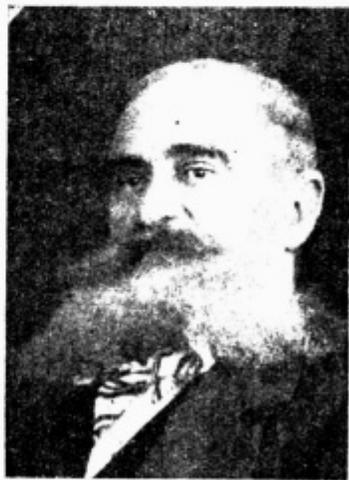
(1) "La Jornada", 12 marzo 1920.



Don Emiliano Martínez de Escobar
(1831-1882)



Don Teófilo Martínez de Escobar
(1833 - 1912)



Don Amaranto Martínez de Escobar
(1835 - 1912)

Los Hermanos Martínez de Escobar

Señores: Don Emiliano, don Teófilo y don Amaranto Martínez de Escobar y Luján son el tema de la conferencia de esta tarde. La vida de cada uno de ellos exigiría un estudio amplio y detenido. Mi propósito no es tan ambicioso: me contentaré con presentaros tres retratos. Recorreré la vida — tan movida, tan inquieta, tan interesante — de estos tres hermanos que, como se verá, tan hondo recuerdo dejaron. Cada retrato tendrá un lema. Creo que no será arbitraria su elección. Don Emiliano humanista; don Teófilo, filósofo; don Amaranto, bibliófilo.

Hemos llegado ante el primer retrato. Es el de don Emiliano Martínez de Escobar y Luján.

DON EMILIANO. - EL HUMANISTA.

Primero, su ficha biográfica. 26 de Noviembre de 1831, nacimiento de don Emiliano. En Sevilla, donde residía un tío paterno, los primeros estudios. Entre los años 1844 a 1846. Más tarde, Tenerife: quizá 1848 a 1850. Desde este año hasta 1860, en el Seminario de Las Palmas, donde gana cursos de Filosofía, Teología Dogmática y Cánones. Después, entre 1858 a 1868, el Colegio de San Agustín; aquí desempeña cátedras de Latín, Griego y Religión, así como junto con su hermano Teófilo, ocupará la Vicerectoría durante algún tiempo. En 1869 (25 de Enero) es nombrado Canónigo de la Catedral de Las Palmas: una cuestión de competencia suscitada con el Cuerpo Capitular impidió que el Obispo le diese colación canónica. En 1871, después de verificar exámenes en La Lagu-



Alfonso de Armas Ayala
(Conferenciante)

na, puede figurar en la Lista de Abogados de Las Palmas. El 19 de Marzo de 1882, muere.

Desde Sevilla manifestó don Emiliano sus aficiones literarias, y sus inquietudes. No en vano vivió los años de mayor efervescencia política. Un párrafo de una carta dirigida a su padre, dice así:

«Sigo estudiando mis matemáticas y leyendo en francés las obras que puedo encontrar. Al mismo tiempo hago algunas cosillas de literatura. Ahí le mando a Vds. una de mis primeras composiciones.»

El estudiante se siente picado por la vena poética. *Estas primeras cosillas*, de las que le envía a su padre la primera muestra, serían, probablemente, las publicaciones que hiciera en el ALBUM DEL BELLLO SEXO, una revista de índole estudiantil. Todo el tono lúgubre, lastimero, romántico, propio del momento, acompaña a los versos del incipiente poeta. La amada, convertida en fuente, es el motivo de la composición.

«Murieron, cándida fuente,
tus encantos, tus amores;
murieron también tus flores,
tu alegría se acabó...»

El poeta se siente desolado. Poco a poco, va faltándole todo: de ahí, el recuerdo, nostálgico, íntimo, diríase que infantil. La muerte, una gran compañera de los románticos, no se ausenta del autor. Así termina esta *cosilla poética*:

«Aquí, por la vez primera,
ví las gracias de mi amada,
y aquí su boca rosada
me bendijo al expirar.»

Ahora os leeré un soneto. Es también de don Emiliano. Está fechado en Diciembre de 1817 en Sevilla. Figuraría en el Album de la señorita doña María Josefa Pastor Inadero. No tiene otra importancia sino ser, con toda seguridad, algo de su primera faceta poética. Los 16 años harían lo demás.

«Campos, a Diós, en vano la hermosura
de vuestro cielo alivia mis dolores
que en pos huyó de nuevos amadores,
despreciando Filena mi ternura.
Ya no escucho feliz en la espesura
su canto al ruiseñor, ni sus amores;
murieron para mí tus bellas flores
y de tu alfombra la eternal verdura.

De un amante tal vez a quien adora,
y otro campo más bello, otras delicias,
goce la ingrata mientras Elicio llora.

Mas, ay, que son engaños sus caricias,
y la miel de sus labios y su encanto,
gozo fugaz, interminable llanto.»

El empleo del tema pastoril, el bucolismo de los dos personajes, el tono menor de la lamentación del decepcionado amante, hace recordar a Meléndez, rico en un sentimentalismo muy propio de la escuela romántica. Tal vez los tres últimos versos (léanse) tengan todo el acierto del poeta. Piénsese, por otra parte, en don Alberto Lista. Tuvo correspondencia con el tío de don Emiliano, don José Martínez de Escobar. El profesorado de este último en el Colegio de San Mateo, por los años en que cursaba Matemáticas don Emiliano, hace más viable la posibilidad de que hubiese sido su maestro. La íntima y muy estrecha amistad entre don José Martínez y Alberto Lista ratifica más esta suposición. ¿Es difícil pensar, con estos antecedentes, en una influencia del maestro en el discípulo?

En Las Palmas, no olvidaría estos balbuceos literarios. Pero los años no habían corrido en balde. La bondad natural del hombre, el predominio de la naturaleza, la melancolía, notas acusadoras de un romanticismo cada vez más vigoroso, aparecerán en las poesías de don Emiliano. Así *La Canción por la extinción del Cólera Morbo en 1851*; *A una Roca— eternos monumentos— de siglos que rápidos volaron*, — en 1853; *El mar — continuo bulle entre las altas rocas — nubes alzando de implacable bruma, — de leve, blanca y voladora espuma*, — en 1854; *La campana — adiós terrible y postrimero — del que por siempre dejará la vida*, — inspirada en la composición del mismo título, de Zorrilla (1867). Ya no recuerda en nada al colegial sevillano, autor de unas *cosillas*, enviadas para satisfacer la vanidad y el orgullo del padre. La escuela había entrado de lleno en la poesía, en la vida del escritor. Muchos fueron los factores que le predispusieron hacia esta ya decisiva orientación. En principio vimos uno: se llamaba don Alberto Lista. Ahora, a su regreso a Las Palmas, hay otro: don Graciliano Afonso Naranjo.

El Doctoral Afonso, tuvo con la familia Martínez de Escobar una estrecha amistad. Participaba de sus tertulias, de sus alegrías, de su intimidad. Don Bartolomé, también poeta, consideró al Doctoral con todo el valer que él se merecía. De ahí que la educación de dos hijos, el más viejo y el más joven, Emiliano y Amaranto, fuese confiada a este maestro de juventudes. Más prolongado fué el magisterio del último, pero no cayó en balde el profesorado de don Graciliano. Conocedor de los clásicos griegos y latinos, su primer cuidado consistió en hacer practicar a sus jóvenes discípulos la difícil métrica horaciana y virgiliana. Lector infatigable, bien pronto inculcó en don Emiliano y don Amaranto el amor al libro. La práctica que tenía del idioma inglés, así como sus recientes traducciones de Pope, otro humanista, obligaron, además, a los Escobar a familiarizarse con los clásicos ingleses. Así, algunas de las traducciones de Afonso, fueron hechas como trabajo de clase en colaboración con sus dos discípulos. En don

Emiliano encontramos dos pruebas evidentes. Milton y Horacio son los autores escogidos. Especialmente, el primero. Los dos primeros libros de EL PARAISO PERDIDO, una de las obras fundamentales dentro del Romanticismo posterior a 1830, fueron traducidos por don Emiliano; sería el comienzo de una versión, que completaría su maestro, el Doctoral. La rareza y la importancia que esta traducción tiene son extraordinarias. No solamente significa una aportación — muy estimable — a la influencia de Milton en España, sino que, para la Poesía insular, entraña un valor especial. Don Emiliano no hace sino continuar una línea poética iniciada por su maestro Afonso. Pope, pues, y Milton llegaron a la poética insular. El uno — ya parcialmente traducido por Viera — gracias a Afonso —; el otro, con la colaboración del maestro y el discípulo. La ligereza con que se examina la nota inglesa dentro de los precedentes del romanticismo español, queda refutada con la aparición en nuestras islas, en 1854, de dos traductores de Milton. Es la misma anglofilia que seguirían, poco después, los Neda, los Sansón, los Fernández. Figurar el nombre de don Emiliano en la fila de los introductores, es una nota muy valiosa. Yo diría que sería la mejor definición de su carácter. La inquietud, que la definirían otros detalles de su biografía, sería el primer fruto de nuestro examen.

Peró hay más. No sería Milton sólo. También, Horacio. Una de las Odas más festivas del venusino es traducida, probablemente, bajo la dirección de Afonso, con bastante inspiración. La ligereza y la gracia del sáfico latino no pasan desapercibidas para el traductor. He aquí los primeros versos:

«No ya con tanta furia
a tus ventanas, Lidia,
con repetidos golpes
el joven llama aprisa.

«Ni turba tu discurso,
ni el sueño ya te quita.
La puerta que otro tiempo
más fácil se movía
ya, como tú, descansa.»

Esta mezcla de romanticismo y clasicismo, un tanto extempórea, hace recordar aún más los nombres de Lista y Afonso. No olvidaría fácilmente sus magisterios respectivos.

Hasta ahora se ha visto una fase de esa inquietud, apuntada desde un principio en la vida de don Emiliano. Seguramente, la más importante. La más trascendente y conocida es otra. Es su labor periodística, sus virtudes retóricas, su profesorado, sus aficiones históricas. En todas y en cada una, la misma nota esencial: romanticismo.

El periodismo de don Emiliano fué algo connatural con el escritor. Yo le llamaría el segundo periodista, después de Viera. En «El Omnibus», del que fué director durante un año, deja bien sentadas las notas del periodismo romántico. Descriptivo, ampuloso, divagador;

sin embargo, muchas veces, exacto. El paisaje, la gran cinta maravillosa del mundo romántico, va estrechamente unida al periodista. Es su gran recurso. En definitiva, un resultado más del naturalismo predominante desde que Rousseau enloqueciera con su EMILIO a los espíritus de principios de siglo. En «EL CANARIO», en 1860, escribía así José Gonglés y Gonales, uno de los seudónimos que usó don Emiliano. Hace referencia a la Vega de Ossorio (Teror).

«Hace cuatro siglos, un pueblo libre vagaba por estos mismos sitios sin envidiar ni las riquezas de otros pueblos, ni las comodidades que crean necesidades y disgustos continuos. La sobriedad y la natural virtud se unían con la sencillez para formar la paz en el hogar doméstico, la tranquilidad y la buena fé en la patria o en la Sociedad.»

Léase a don Agustín Millares, nuestro historiador romántico. Cotéjese con Viera, nuestro maestro clásico. Más cerca del primero, no olvida las elogiosas palabras que acompaña Viera a los hechos más sobresalientes de nuestra conquista. Defensa de lo primitivo, de lo indígena, frente a lo moderno, lo extraño. Esta es la actitud del simple periodista, el historiador de lo cotidiano.

Son las mismas palabras que pronunció en un sermón de San Pedro Mártir. La galanura de sus cualidades oratorias hace más comprensible los elogiosos términos con que alude a los primitivos pobladores: *de sencillas costumbres, carácter suave y apacible, culto puro y sencillo.*

Con estos antecedentes, ¿no se hace comprensible que fuese el ayudante más constante que tuvo don Gregorio Chil en sus ESTUDIOS HISTÓRICOS?

Por último, su profesorado. Colegio de San Agustín. Primero como simple Inspector Interino, en 1849. Después, en la Instrucción Secundaria, para los tres primeros cursos, con dotación de 1800 reales de vellón. En 1858, Vice-Rector, junto con su hermano don Teófilo. En las Cátedras de Griego, de Análisis Castellano y de Religión fue llevando don Emiliano su docencia, heredada de su maestro. Y que no era únicamente Ciencia-Humanística el cometido que desempeñaba. Ahí tenéis una muestra.

Don Emiliano, Vice-Rector, informa a López Botas, Rector, de un fingido alumno enfermo. La minuciosidad del parte y la gracia con que está hecho me mueven a su lectura. Al menos de aquellos párrafos más expresivos.

«...en cumplimiento por el facultativo del establecimiento, en el dictamen que nos comunicó V. S. ...dispusimos se le aplicasen por lo pronto dos caústicos en las pantorrillas... Al parecer no se mostró sensible a la aplicación de los vengigatorios... Al despertarse, oía cuanto se hablaba... Al llegar el facultativo ordenó la cura de los caústicos... mandando además se le diese cada tres horas una taza de caldo o panetela y agua de pan quemado a pasto...»

Y aquí, la nota aguda de Escobar:

«Es de advertir—continúa— que uno de los que suscriben— el parte está firmado por los dos Vice-Rectores, don Lucas Alzola y don Emiliano — le vió poco antes de llegar el médico con los ojos perfectamente abiertos y el rostro naturalmente tranquilo; pero que al pasar por delante de su cama los cerró al punto respirando frecuente y fatigosamente... Las Palmas 9 de Junio de 1858...»

La fecha *Junio*, es expresiva y nos ahorra todo comentario. Don Emiliano, más agudo que don Domingo José Navarro, facultativo del Colegio, descubre la enfermedad del alumno. Y yo creo que con acierto.

Su Cátedra de Griego la desempeñaba con celo y con cariño. Sobre todo, con sentido de la realidad. Para alumnos y profesores tienen hoy las palabras de don Emiliano mucha actualidad.

«En los ocho días que hace estoy dando la clase de tercer año de latinidad y gramática griega, he notado el sumo atraso en que se encuentran todos los alumnos respecto de la primera asignatura. Para mayor aprovechamiento de la misma he pensado dar un repaso general a la gramática latina, empezando el próximo Lunes...»

¿Qué repasaría don Emiliano a los alumnos de Griego, hoy?

El primer retrato, con retazos de su vida, está ya hecho. Si nos retiramos un poco, sólo queda una frente amplia; un mirar agudo y unas facciones acusadas. La viveza de sus ojos evidenciaba la inquietud de su espíritu.

DON TEÓFILO. - FILÓSOFO.

Estamos frente al segundo retrato. Como el anterior, un clérigo, alto, elegante. Unas gafas de oro destacan más unos ojos vivaces. La mirada es penetrante. El ademán, airoso. Una muceta azul nos habla de un Doctor en Letras. Mirándolo con detenimiento observamos rasgos muy parecidos al retrato anterior. No desdice de la sangre fraterna don Teófilo Martínez de Escobar y Luján.

El 26 de Octubre de 1833, nace. El 21 de Febrero de 1912 muere. A los 12 años (1845), cursa Filosofía en el Seminario. Entre 1852 y 1856, Teología y Griego. El 19 de Abril de 1857, de manos de Cordinera, recibe las órdenes sagradas. Durante los años 1858 - 1864, Profesor en San Agustín. En este último año, su viaje a Sevilla. Obtiene el Bachillerato en Filosofía y Letras en 1867. En este mismo año, en el Instituto de Osuna, desempeña una cátedra de Letras. En 1869, ya Licenciado, obtiene la cátedra de Metafísica en Sevilla, a la que renuncia en 1872. Desde 1874, en la Habana: primero, en la enseñanza privada (Colegio de San Carlos y la Gran Antilla); después en la Facultad de Filosofía y Letras, en donde desempeñó las cátedras de Griego, Metafísica, Historia Crítica de la Literatura Española y Esté-

tica. En 1891 se le jubila. Hacía ya algunos años que residía en Las Palmas. Ya no volvería a salir de las islas. Puerto de Cabras, de cuya parroquia fué su primer titular desde 1905; las Salinetas, en donde residiría casi constantemente; «El Museo Canario», cuya Presidencia desempeñaría desde 1897 hasta 1907, serían los tres lugares donde discurrirían sus últimos años.

Desde 1858 desempeña cargos docentes en el Colegio de San Agustín. Primero, como ya decía, con su hermano Emiliano, en la Vice-Rectoría y Administración. En 1860, Profesor de Griego, cargo al que renuncia por sus padecimientos. Hasta el año 1864 sigue figurando en el cuadro del profesorado, pero en Julio su viaje a Sevilla interrumpe su labor docente.

En su clase de Griego dejó pruebas de la eficacia y cuidado con que la desempeñaba. Al no enviar desde La Laguna los programas correspondientes a los primeros cursos, don Teófilo, después de comunicarlo al Rector-Director, confecciona uno de acuerdo con el texto vigente. Y, además, hace consideraciones sobre el que había sido enviado el curso anterior que demuestran un alto espíritu pedagógico en el idioma griego y latino. Defiende el punto de vista de la simplicidad dentro de los primeros cursos de lenguas Clásicas. «¿Qué lugar — dice — tiene en el programa la Métrica Latina que pertenece a la asignatura de Métrica y Retórica?...» Es la Etimología — según la terminología de la época — la materia que se debía estudiar en el primer curso, dejando para la segunda parte del examen el análisis latino y castellano, que debe ser práctico, supuesto que en el primer curso los alumnos han sufrido un examen teórico.» El criterio cíclico observado por la Pedagogía moderna en la enseñanza, difícil y pesada, de los idiomas clásicos, con la tolerancia y prudencia que el profesor crea más convenientes, es el seguido por este profesor de Griego en un Colegio insular de hace más de 80 años.

La meticulosidad era extremada en sus informes. Cada alumno era designado con la puntuación y anotaciones más oportunas. Y no dejaba de mencionar personalmente a los más adelantados para su estímulo. Así, en una comunicación mensual cursada a López Botas, menciona como *modelo de aplicación y de asiduidad en el trabajo al alumno del primer año de Griego y Latín don Fernando Ingloft Navarro*. De la misma manera que señalaba a don Faustino Méndez Cabézola y a don José Alzola González como modelos de desaplicación y de inconstancia, anunciando al Rector la supresión de sus nombres de la lista de clase para el próximo mes si no justificaban convenientemente la asistencia del pasado. Otro condiscípulo de estos dos últimos, Benito Pérez, que figura en la lista de la clase, solamente merece para don Teófilo un calificativo: *muy distraído*. Por este mismo curso, quizá en el siguiente 1862; como apunta Berkowitz, sería cuando descubriera en la carpeta de este distraído alumno, sempiterno dibujante y ocioso divagador del silencio, unos ensayos que el autor titulaba *Juveniles destellos*. Y esta amistad del alumno y maestro no sería rota ni por los años ni por las circunstancias; cada vez sería más firme.

Los primeros destellos literarios de Pérez Galdós están íntimamente unidos al nombre de los Escobar. Tanto don Emiliano como don Teófilo fueron los que le publicaron en el «*Omnibus, La Antorcha*» (el periódico estudiantil del Colegio), «*El País*» y «*El Eco del Comercio*» las primeras producciones literarias galdostanas. Y, lo que es más importante, sería don Teófilo su único colaborador.

En 1864, en Septiembre, cuando embarcan en el «Almogóvar» don Teófilo y el alumno Benito Pérez, deciden escribir un diario de viaje. Debería tener 22 capítulos, de los que fueron redactados solamente dos. El título fué *Un viaje de Impresiones*: el primer capítulo, *Una Noche a Bordo*, es autógrafo de Galdós, mientras que el segundo, *Nueve Horas en Santa Cruz de Tenerife*, es autógrafo de don Teófilo. Este último hace una descripción de Santa Cruz de Teuerife. Después de presentar al lector la situación de la capital «ínterina» — con un gran lujo de detalles sobre el origen volcánico de su formación, la orientación de las rocas de Anaga, etc —, se extiende Escobar en consideraciones humorísticas sobre un inglés, *libro vivo y palpitante*, que es la figura central de la última parte del capítulo. He aquí unas cuantas líneas de este curioso diario, una de las primeras producciones de maestro y discípulo. Don Teófilo se encuentra con un amigo en la calle de La Marina, en Santa Cruz. Este es su retrato.

«Hombre de flema, si los hay, amigo de sus amigos, gran corredor de bromas; que no hay trapisonda, donde no esté, no hay riña que no deshaga, no hay rincón de la capital que no conozca, no hay bautismo de barrios en que no sea padrino, ni baile de candil a que él no asista, ni jira campestre en que no se halle. No tiene oficios ni obligaciones que le detengan, y sin ser capitalista, ni mucho menos, le gustan los caballos, busca y compra los perros de las mejores castas, y para corona y complemento de sus extrañas inclinaciones mima gatos ingleses y cría pájaros canarios.»

Un insular, como lo retratarían, años después, los hijos de Millares Torres, es el ejemplar que don Teófilo, con tanta gracia como acierto, nos ha dejado retratado. Recuérdese al Galdós de *Quién mal hace, bien no espere*. Piénsese en la temperatura romántica que le rodeaba. Cotéjese este dramón scottiano con *El Pollo*. Ha aparecido el costumbrista. El párrafo anterior de Escobar, ¿no recuerda algo del genial novelista?

En Sevilla, su Doctorado. Después, en 1874, La Habana. La Universidad, el Colegio de la Gran Antilla, el Colegio de San Carlos. Capítulos amplios y riquísimos — por su movilidad — en la vida de don Teófilo. En la capital cubana ampliaría su magisterio de Filosofía que ya había ejercitado en Sevilla. El discurso que pronunció en el acto de apertura de curso, en Octubre de 1870, puede servirnos de referencia para comprender algo de su doctrinario filosófico.

Combate la Escuela Positivista de Comte, y el idealismo alemán de Hegel. Un criterio ortodoxamente católico guía al profesor. Sin

embargo, no podía eludir el grave peso que para los hombres de la segunda mitad de siglo significó Manuel Kant. De ahí que en 1882 rectificara, con bastante abundancia, su punto de vista sobre los idealistas ingleses y alemanes. El criterio moral — decía — puede expresarse: *Obra del tal manera que tu conducta pueda convertirse en ley universal*. El Imperativo Categórico, textualmente citado, es la norma ética del Catedrático de Metafísica de la Universidad de La Habana. El Empirismo, no confundido con el Sensualismo de los filósofos franceses, es, por sobre todo, en Psicología y Lógica, la norma más clara para el filósofo. En la indagación científica — decía en el mismo discurso de 1879, en la Habana — debe emplearse las Leyes del Método en todos sus procedimientos. Síntesis, Análisis, Experiencia, viejo y clásico vocabulario que usara Descartes siglos atrás.

En Las Palmas, de regreso de Cuba, don Teófilo se encierra en Las Salinetas: La pesca, su gran manía, le ayudaba en su tedio. Don Amaranto, desde Las Palmas, con su correspondencia, también era un lenitivo en medio de su soledad. Por último, las preocupaciones de la Jubilación de su Cátedra de la Habana, el litigio sostenido con el Obispo para la colación en la canongía de La Laguna (que nunca llegó a ocupar) y la Presidencia del Museo, en donde tenía como estrecho colaborador a su hermano Amaranto, ocuparon sus últimos años.

La correspondencia con su hermano no puede ser más íntima. O bien le encarga una guelderá para sus periplos costeros por el Sur de la Isla; o le pide faroles para un barquillo de pesca; o le comisiona para que compre una lanča procedente de uno de los tantos vapores perdidos en la baja de Gando; o le pide cigarros — otra gran manía de don Teófilo —; o le manda algún artículo sobre pesca — abundantes en la Revista de Pesca de Madrid —; o le hace un pronóstico del tiempo; o le anuncia sus propósitos de pescador — al que solían acompañar don Orencio Hernández, don Francisco Sánchez Ramírez, don José Naranjo Cabrera y don Avelino Pastrana Padrón — por las costas de Fuerteventura en 1891. Otras veces, muy pocas, son noticias bibliográficas. El nombre de don Benito se repite con frecuencia. Don Amaranto, conocedor de la debilidad de su hermano, procuraba mandarle todas las últimas publicaciones del glorioso novelista. *Nunca me canso de leer los Episodios Nacionales* — le dice en 1892, después de haber recibido los tomos 7 y 8. — También Fernández Ferraz, compañero suyo en la Universidad de la Habana, así como su hermano don Juan, aparece alguna vez mencionado. Por ejemplo, cuando don Valeriano es nombrado en 1888 Decano de la Facultad de Filosofía y Letras. De Benito Pérez, como él lo llamaba, quiere siempre tener noticias. Así, cuando llega Galdós en 1894, noticia que comunica don Amaranto a su hermano, le contesta don Teófilo:

«Me figuro que Benito Pérez, a poco de llegar, se marchará al Monte o a la casa del Puerto de la Luz. Yo iré a verle, cuando todo el mundo lo haya visitado.»

El afecto del maestro era cordial y estrecho; una veneración sentía,

tanto don Amaranto como don Teófilo, por aquel arriesgado periodista del «*Omnibus*» y del «*Pais*», allá por los años 1800-03, entonces ya convertido, en 1894, en el escritor de moda.

El entusiasmo con que don Teófilo sentía el mar, queda reflejado en una carta, que, por lo descriptiva, me permitiréis que os transcriba. Está fechada el 16 de Noviembre de 1887 en Las Salinetas.

«Yo salí ayer de Las Salinetas a las 5 menos cuarto. Sánchez me esperaba en Tufía. Al llegar a Ojos de Garza nos encontramos, y juntos fuimos al punto en que debíamos pescar. Mar soberbio; pero el pescado no apereció, receloso, sin duda, del temporal que se preparaba. Empezó el mal tiempo, y entonces acordamos marcharnos a Tufía. Al empezar a subir la punta de Gando empezó la lluvia, el viento y los truenos. Por detrás del Acón era un infierno. El viento, la fuerte lluvia y la arena y tierra eran tan terribles, que estuve tentado de bajarme de layegua: porque el animalito no podía resistir. Temí que cayésemos juntos. Acariciándola con las voces y animándola pude rebasar trabajosamente hasta pasar el trayecto del camino que nos separaba del de Tufía.»

Muchos de vosotros habréis conocido los días de Sur, como se les llama en la isla. ¿Encontraríais algún defecto a esta real y vivida descripción que nos hace don Teófilo en su carta?

Leyendo a Plutarco — cuyos tomos de Las Vidas Paralelas le pide a don Amaranto —, pescando, reformando la casa, escribiendo sus artículos sobre Ictiología, con propósitos de construir un aquarium, haciendo alguna rara poesía, don Teófilo pasaba su vida, plácidamente, en su encantada casa de Las Salinetas. En 1897, don Amaranto lo llama. La Presidencia del Museo exige su presencia. Hasta 1907, fecha de su renuncia por su nombramiento de Cura de Puerto Cabras, don Teófilo encontró en su hermano el artífice ideal de todos sus propósitos. Con un rigor de verdadero precepto, no había mes en que uno y otro hermano no enviasen a la Sociedad algún donativo. Libros, especialmente. Los lomos de muchos libros de la Biblioteca del Museo recuerdan los nombres de su Presidente y Secretario, así como de su antiguo socio, don Emiliano, que, a su muerte, según disposición testamentaria, entregó toda su biblioteca a la Institución, ejemplo que seguirían sus dos hermanos, Teófilo y Amaranto.

Queda aún un aspecto que nos es difícil de estudiar. Es el Orador. Con una gran facilidad de palabra, no necesitaba de la escritura de sus sermones, siempre solicitados. Así, al menos, cuenta de un sermón pronunciado en la Habana, un periodista que solicitó de don Teófilo las cuartillas para su publicación. Los discursos académicos que llegó a publicar tienen todo el calor de la improvisación y la elegancia del buen decir.

El Magisterio de don Teófilo llenó por completo su vida. Si la recorriésemos, a la vista de su retrato, encontraríamos jalones en la Habana, Las Palmas, Sevilla, que son muy difíciles de olvidar. San Car-

los, La Gran Antilla, Colegio de San Agustín, Universidad de Sevilla, Facultad de Letras de La Habana, serían los nombres. Las Palmas y La Habana, de una manera especial, conocieron todo el valor de este hombre, verdadero conductor de juventudes. La amplitud de su Filosofía, abterta, acogedora, humana, es la nota más característica que se pudiera señalar en su vida. No era sino hija de una educación. El mismo traductor y editor que publicara la Crónica de Isidoro Pance, en Sevilla, allá por 1870, es el mismo que explicara Descartes, admitiese el Imperativo moral kantiano, leyese a Plutarco, tradujese griego, dialogase con sus amigos, o hiciera correr el tiempo, alejado de todos, escribiendo y escribiendo informes de pesca, tablas de mareas y artículos ictiológicos.

Yo diría que el Teófilo desconocido para muchos surge en el epistolario. Cada carta que, diariamente, escribía a su hermano Amaranto, encierra la intimidad del hombre. Con sus preocupaciones domésticas; sus proyectos de pesca; con sus paseos; con sus diálogos; con su humanidad.

Ese amor hacia todos, quedaba reflejado en su otro yo que él llamaba discípulo o alumno. La inspiración de su palabra nos veda añadir ningún comentario a este discurso pronunciado en una apertura de curso:

«...dejadme contemplar esa nueva paternidad nacida del dulce calor de los misterios de las ciencias, esa generación espiritual que se funda en la homogeneidad de la razón, ese divino lazo que encadena el pensamiento de los individuos todos en la especie humana...; dejadme que yo considere en el discípulo un hijo, como él mira en el maestro un segundo padre.»

Si añadiésemos que fué esta paternidad de espíritu la creadora de su magisterio, quizá hubiésemos definido al maestro. Esto es, al filósofo.

DON AMARANTO. - BIBLIÓFILO.

25 de Abril de 1835. 22 de Junio de 1912. 77 años de hacer continuo. Esta fué la vida de don Amaranto. Yo me limitaré a estudiarla en un único aspecto. Su Bibliofilia. Amplia, calurosa, continuada. El vivir de don Amaranto giró exclusivamente en torno del libro. Con el más exacto sentido de Bibliofilia, rodeó al más querido de sus libros, EL MUSEO, con solicitud y entusiasmo. Antes, sin embargo, es necesario conocer algunos detalles de sus primeros años. Para su ficha biográfica interesará saber que cursó hasta el 3.º año de Filosofía en el Seminario; que estuvo en Sevilla con su hermano, don Teófilo; que se licenció en Leyes y figura en 1870 en la lista de Abogados de Las Palmas. No fueron estos estudios, precisamente, los que influirían en el escritor. Habría un maestro que se adueñaría completamente de él; como lo había hecho con su hermano Emiliano. Me refiero a don Graciliano Afonso.

No fué la enseñanza de Afonso pública. Escogida y rara, por el contrario, sabía, y muy bien, elegir a sus discípulos. Don Amaranto, por haber sobrevivido a don Emiliano en muchos años, recogió toda la bondad del Magisterio del Doctoral.

Y, al igual que don Emiliano, hay dos composiciones de don Amaranto, inéditas ambas, fruto de esta docencia, que colocan su nombre en un lugar preferente dentro del byronismo europeo. Me refiero a la traducción que tiene del CHILD HAROLD. Junto con la GEÓRGICAS, de Virgilio, traducidas por don Amaranto como complemento de la Eneida y las Bucólicas, traducidas y editadas por Afonso poco después. Es la traducción de Bryon la obra capital dentro de toda su producción poética. Seguramente, una y otra versión, fueron hechas bajo la dirección del Doctoral, pues, por esa misma fecha, hemos encontrado traducciones de Afonso de las mismas obras, patrón indiscutible de las de su discípulo. La fecha, entre 1853 y 1855. LAS GEÓRGICAS, en endecasílabos libres, según la técnica del maestro; CHILD HAROLD, en prosa. Añadamos los siguientes datos para comprender bien la trascendencia de la última traducción, seguramente la más personal.

Teodoro Llorente y Alcalá Galiano son, entre otros, los dos traductores más abundantes del lírico inglés. Especialmente, el levantino Llorente dedicó su atención a los líricos alemanes e ingleses. La fecha del primero es de 1863; la del segundo, 1886. Plácido Sansón, íntimo de Afonso, traduciría las Melodías Hebreas, de Bryon, en 1864; Rafael Ginard de la Rosa, un interesante ensayista y traductor tinerfeño del pasado siglo, hacía una traducción del poeta inglés en 1880. Esto es, don Amaranto ocupa, entre los traductores españoles del *Harold*, un lugar principalísimo. Una nota más que añadir a la influencia del romanticismo nórdico en nuestra Literatura. La figura de Afonso es, como se ha visto, capital; los nombres de don Emiliano y don Amaranto, unidos al de su maestro, deben tener el puesto que les corresponde en el Romanticismo de la segunda época (1830 en adelante).

1879. Una noche, en casa de don Amaranto. Están presentes don Juan Padilla, don Gregorio Chil, don Domingo J. Navarro y otros. Se redacta un acta. Es la constitución del MUSEO CANARIO. Un año después, y de una manera oficial, ya podía leer don Amaranto su Primera Memoria como Secretario del Museo. Su vida, desde este momento, se uniría de tal manera con la de la Institución que no separaría esta unión sino la muerte. Es Director de la Revista, Secretario del Museo, redactor de la REVISTA QUINCENAL (bajo el seudónimo de Mauricio), colaborador de periódicos insulares, preparador de las instalaciones primitivas del Museo en el Ayuntamiento, donador constante de libros para la incipiente biblioteca. Una correspondencia sostenida con Maffiotte contiene los más elocuentes documentos de su cariño hacia su segunda casa. Cada carta contiene una noticia bibliográfica para el infatigable Maffiotte o una alusión a la vida de la Institución. Don Amaranto tiene ya 67 años. En sus pala-

bras hay ya la amargura de la vejez, pero también, alguna vez, el entusiasmo de la juventud.

«Si no encontramos quienes nos sustituyan, peor para la generación de hoy que pretende figurar con estrepideces.»

le dice en una carta en 1900. En otra, de 1903, le proporciona noticias sobre «EL PERIQUILLO DE LOS PALOTES», un periódico de vida efímera, fundado por don Amaranto, que sirvió para el Catálogo de Maffiotte como una ficha muy valiosa. En ese mismo año, después de una grave enfermedad, le dice:

«lamentando no tener las energías de antes para ayudar a V. a hacer un trabajo proyectado de catalogar, en la forma que ha hecho V. con los periódicos, las Sociedades que han existido en la Provincia, principiando por la Económica de aquí, que fué la primera fundada el año 1777.»

Esto lo escribía don Amaranto a los 72 años, siete antes de morir. Dos años después le pide normas de catalogación de folletos, discursos, memorias, etc., verdadero martirio para todo bibliotecario. En una carta, en 1909, deja traslucir ya sus 74 años. Hay una amargura en sus palabras que parecen haber sido escritas en un ayer muy próximo.

«Yo, mi querido Luis, ya no escribo, ya no puedo; los 74 años y la falta de salud me acobardan y me matan, y la voluntad se rinde ante el fatal non possumus. Sólo me ocupo de nuestro Museo y nuestra Biblioteca, que estamos arreglando y catalogando; pues será, en su día, el legado más valioso que podemos dejar a nuestros paisanos.»

Don Amaranto lo fué todo en aquella Sociedad incipiente. Con meticulosidad, con una parsimonia casi ritual, encontramos hoy sus actas escritas con una letra menuda, aunque clara. En aquella Biblioteca, formada casi con los fondos donados por don Emiliano, don Amaranto, con las indicaciones de Maffiotte, con la buena voluntad de don Juan Padilla, con la ayuda de don Manuel Naranjo, iba, poco a poco, ordenando, separando, vivificando todos los libros. Con el culto por todo lo antiguo, don Amaranto, en sus memorias de Secretaría, iba animando a todos aquellos restos de vidas anteriores. «Cuando entro en nuestro Museo y veo todas aquellas cosas y las destrozadas momias de los primitivos pobladores — decía en la Memoria del año 1881... — siento verdadero respeto y admiración, y me conduelo de aquellas víctimas, cuyos cráneos hendidos por las hachas de los conquistadores, son padrón elocuente del nefando derecho de conquista, del derecho, ya estigmatizado, del más fuerte sobre el más débil.» Al oír hoy cualquier Memoria de Secretaría, pesada, monótona, mortecina, después de haber leído aquellas vivas y vigorosas Memorias del perpetuo Secretario del Museo, nos sentimos verdaderamente avergonzados de nuestra incompetencia; esto es, de nuestra falta de vivacidad.

Yo invitaría a todos a que tomasen entre sus manos aquellos libros encuadernados en pasta, con las iniciales del donante; a que repasasen las listas mensuales de donativos que él y su hermano Teófilo procuraban enviar para la Biblioteca; a que releyesen sus Memorias; a que examinasen sus cartas; a que viviesen un poco de don Amaranto.

Aquella preocupación que ocupó los últimos y más fatigosos años de su vida; lleno de achaques; enfermo; *acobardado por la propia vida* — según su frase —, nos enseñará tal vez hoy lo que fué la vida del que se entregó por completo a la más noble y enaltecedora pasión que puede enorgullecer la vida de un hombre: la pasión del libro. Esto es, el amor por el pasado.

He aquí los tres retratos. Cada uno con su nota típica y diferencial. Cada uno con su carácter. Los tres, animados por una misma inquietud.

Destacaba la importancia que pudo haber tenido en cada uno de ellos los nombres de Lista y Afonso. He silenciado, sin embargo, otro, tal vez tan esencial como aquéllos. Me refiero a su padre, don Bartolomé Martínez de Escobar. Jurisconsulto, poeta, traductor, admirable contertulio; la recia personalidad de don Bartolomé infundió en sus hijos la entereza, la gravedad, la preocupación científica de que dieron muestra. Sería injusto pasar por alto su nombre en la vida de sus hijos.

Hoy, cuando hemos recorrido — muy rápidamente — estos tres retratos, nos viene a la memoria el nombre de dos calles, familiares para todos ellos. El Colegio y los Canónigos. Precisamente, en una y otra he encontrado, a través de unos viejos documentos, la vida de cada uno. El celo de don Gregorio Chil, en el Museo; el de don Amaranto, en la calle de Canónigos, 6, me ha permitido perfeñar esta conferencia. El espíritu conservador del sobrino de este último — y su amplia benevolencia — ha sido complemento eficaz en el ensayo de estas semblanzas. Justo es consignar sus nombres.

La presencia constante de estos tres filántropos de la cultura la encontraríamos en la Biblioteca del Museo. Cada libro que encontramos con el nombre de alguno de los tres donantes nos habla de su desinterés, de su fraternal unión, de su amor. Nos retrata a tres espíritus igualmente preocupados por una misma idea: la conservación de un precioso legado común.

El usufructo de esa inestimable herencia es su mejor recuerdo.

24 de Mayo de 1949.



Don Ambrosio Hurtado de Mendoza
(1850 - 1922)

Don Ambrosio Hurtado de Mendoza

En esta galería de personajes canarios de nuestro próximo pasado, que lleva a cabo con tanta discreción y acierto el Círculo Mercantil, me ha tocado a mí traer a la memoria la figura prestigiosa de don Ambrosio Hurtado de Mendoza y Pérez Galdós.

Me siento ante la empresa un tanto cohibido, por dos motivos: porque mis facultades, que nunca fueron muchas, no son las más a propósito para el panegírico; y porque don Ambrosio está aún demasiado cerca de nosotros para que hayan desaparecido las discrepancias posibles de su actuación, sobre todo en lo político, y para que podamos fantasear un poco, que es siempre un buen recurso cuando no tenemos una información completa.

Pero he aceptado, porque estos honrosos encargos no se pueden rehusar, y he de cumplir como Dios me dé a entender, huyendo, si puedo, del tono enfático, que tan mal me va, y adoptando el tono familiar de una charla, que no excluye los temas serios y trascendentales.

Seguramente, muchos de los que me escuchan recuerdan todavía la figura prócer de don Ambrosio, de aventajada estatura y porte distinguido, aunque un poco *engrifado*, como decimos aquí del que no es suave y melífluo. A esa idea ayudaba un cutis áspero a la vista y un bigote erizado, sin guías.

Era un canario de buena solera, aunque su padre don José H. Hurtado de Mendoza era cubano, hijo de padre español y madre



Don Felipe de la Nuez
(Conferenciante)

inglesa-americana. El Sr. Hurtado se trasladó aquí con su madre doña Adriana Tate, y aquí contrajo matrimonio con doña Carmen Pérez Galdós, la hermana mayor del inmenso don Benito. De este matrimonio nació don Ambrosio, aquí en Las Palmas, y creo que en la calle de Triana, en la casa que actualmente es de la familia de don Manuel Hernández Martín. Esa casa fué fabricada por don José Hermenegildo Hurtado, seguramente con los capitales aportados desde Cuba que, según parece, fueron de consideración.

Estudió la carrera de Derecho, incorporándose al Colegio de Abogados de esta Ciudad, en *10 de Junio del año 1879*. De eso han pasado setenta años bien cumplidos.

Don Ambrosio, sin embargo, no debía sentir grandes entusiasmos por el ejercicio de la Abogacía, lo cual no quiere decir precisamente que no se sientan entusiasmos por el Derecho (quizá todo lo contrario), pues tres años más tarde, en 1882, produce baja en la Corporación. Ésta no es entonces definitiva, pues en 1887 se da nuevamente de alta y desempeña los cargos de Diputado 1.º y de Decano, para el que fué elegido en 3 de Julio de 1898.

Entre nosotros, los que hacíamos nuestras primeras armas en la Abogacía en los principios de este siglo, don Ambrosio estaba reputado como gran criminalista, y se decía que era formidable como acusador. Era la rectitud de su espíritu que se enardecía ante el hecho justiciable, propicio a los rigores de la Ley y que sentía tibieza ante los malabarismos que exige a veces la defensa.

Este es, poco más o menos, don Ambrosio, caballero particular y profesional del Derecho, aspectos muy interesantes de su personalidad, pero que la dejarían completamente desdibujada si no nos ocupásemos de don Ambrosio ciudadano y político, que ambas condiciones se completan y viene a ser una misma cosa.

Fuó en sus comienzos republicano. Lo exigía así el ambiente liberal de la época, los tiempos subsiguientes a la revolución de Septiembre de 1868. Su padre, además, perteneció a dicho partido y presidió el primer Ayuntamiento republicano de Las Palmas, en 1873. Su bastón de mando, de esa madera especial de Cuba llamada *carey*, lo usó más tarde don Ambrosio, en 1904, y puede considerarse como un símbolo de su actuación: tersura, limpieza e inflexibilidad.

Pero aquel mismo año, la República, desacreditada por las interminables disputas de sus componentes, sucumbió a manos del General Pavia, que ha pasado a la Historia por este hecho de armas contra aquellos incorregibles dialécticos.

Los seguidores del eminente tribuno don Emilio Castelar constituyeron el partido llamado *posibilista*, transigente con la monarquía a cambio de que ésta aceptase las conquistas más preciadas de la democracia, como el sufragio universal, el jurado, etc. Este partido tuvo su comité en Las Palmas, presidido por el prestigioso Doctor don Vicente Ruano y Urquía, y su órgano en la Prensa llamado «La Patria», que salió a luz en 1890, bajo la dirección de don Juan Melián Alvarado. Este comité se entendía en Madrid con don Juan Alvarado y Saz, que,

nacido en Canarias, se labró en la Península una posición y un prestigio personal, llegando a ser Ministro de la Corona.

A este partido *posibilista* se afilió don Ambrosio Hurtado, tanto por afinidad de ideas como por la estrecha amistad que siempre sostuvo con el Jefe local don Vicente Ruano.

Pero la política canaria estuvo realmente dominada durante casi medio siglo, de 1871 a 1918, sin que valiera el turno de los partidos, por un hombre extraordinario, don Fernando de León y Castillo, gran orador, verdadero estadista y gran patriota, pródigo en concesiones a esta su tierra natal y siempre dispuesto a la defensa de sus derechos y prerrogativas.

Ahora que ha pasado el tiempo y se han acallado las pasiones, es justo que lo reconozcamos noblemente, sin necesidad de incurrir en aquellas adulaciones de la grey alarmada ante la amenaza de don Fernando de retirarse de la política del país, *ofendido* por ciertos sucesos ocurridos en 1893. Aquellos señores, reunidos en un mítin *monstruo* en el teatro, acordaron telegrafiar al Jefe diciéndole entre otras cosas laudatorias: «Con vucencia queremos vivir y con vucencia queremos morir».

Por cierto que un asistente al acto, célebre por la finura de su ingenio y por la causticidad de sus frases, interrumpió exclamando: «¡Morir, no!» Estas dos palabras fueron un comentario definitivo del acto y del telegrama.

Había llegado a la política liberal de León y Castillo, incorporado al partido *fusionista* que constituyó Sagasta después de la restauración borbónica, a su mayor auge en 1890; los partidos locales, los *bomberos* de López Botas, los *moderados* de don Cristóbal del Castillo, los *sincréticos* del Sr. García Guerra, habían ido desapareciendo unos tras otros; los republicanos y los posibilistas permanecían inactivos, ya fuera por discordias internas, por cansancio de la lucha o porque se les imponía la realidad de los beneficios logrados por León y Castillo; el campo se encontraba totalmente en las manos de los dos hermanos León y Castillo, el Ministro y entonces Embajador en París, en la Capital, y el Ingeniero aquí, teniendo en sus manos todos los resortes del poder.

Hubo un banquete de homenaje a los dos hermanos en el recién inaugurado «Hotel Santa Catalina», con los acostumbrados discursos; hubo la correspondiente manifestación con el retrato de don Fernando, y se lanzó la idea de erigirle una estatua que eternizara su memoria y que fuera testimonio perenne del agradecimiento del país a los beneficios recibidos.

Pero los más adictos a don Juan pidieron otra estatua para éste, y, al dirigirse al Ayuntamiento, días más tarde, exponiendo el plan, las distribuían así: la de don Fernando en la Plaza de Santa Ana, y la de don Juan en el Puerto de La Luz, «su obra predilecta, por él concebida y estudiada».

Esto se utilizó hábilmente (nunca faltan *almas piadosas*) para enfrentar a los dos hermanos y para que don Fernando estimara que se

trataba de regatear su mérito, haciéndole decir en un arrebato pasional «que no compartía con nadie la obra del Puerto, hija predilecta suya en su concepción y en la visión de su porvenir». Se refería a un artículo que publicó en el año 62 «Las Canarias», de Madrid.

La intriga o la ingenuidad, que ambas cosas pudieron existir, dió por resultado la ruptura entre los dos hermanos, antes tan entrañablemente unidos, ruptura que ya nunca volvió a soldarse. Dos temperamentos altivos y unas docenas de intrigantes que explotaban la incompatibilidad creada por estatua de más o de menos.

Para sustituir a don Juan, se constituyó un Directorio con las personas más destacadas del «leonismo», pero las luchas siguieron en su seno, disputándose la Jefatura *agustinos y franciscanos*, amigos de don Agustín Bravo o de don Francisco Manrique, y teniendo don Fernando que recurrir reiteradamente a don Felipe Massieu, que no tenía partido y sólo una acreditada lealtad al Jefe indiscutible.

Estábamos en Marzo de 1893, cuando el Ministro de la Guerra, don José López Domínguez, decretó la supresión de la Capitania General, creando una Comandancia general que podía residir *indistintamente* en Las Palmas o en Santa Cruz, con dos gobiernos militares, produciendo una indignada protesta en Tenerife.

Cuando mayor era la efervescencia, tuvieron que trasladarse diputados provinciales y compromisarios a Santa Cruz, para la elección de Senadores, en que se presentaba León y Castillo. El pueblo de Santa Cruz atropelló brutalmente a aquellos representantes canarios que iban a la Diputación a cumplir un deber, apedreándoles, arrojando sus equipajes al agua y teniendo que ser protegidos por fuerzas del ejército para que pudieran reembarcarse. Para mayor escarnio, estos sucesos ocurrieron un Viernes Santo.

En Las Palmas, la reacción fué también muy violenta, celebrándose una manifestación de protesta y jurando todos los representantes atropellados no volver a la Diputación y pedir la división de la provincia. Hasta se levantó un acta notarial para constancia del compromiso.

Aquel fervor patriótico duró bastante poco, pues los diputados volvieron aquel mismo año a Tenerife, porque así lo ordenó el Jefe, que no quiso interrumpir la vida provincial, llevado por otras miras distintas de lo que aquí se pensaba.

Esta vez la silba se la dieron sus propios paisanos.

Coetánea con estos sucesos, aparece la Patriótica, un grupo de personas dignísimas de diferentes tendencias políticas, que, aunque pretenda motejarseles de *eternos descontentos*, eran únicamente gentes que no se adaptaban al servilismo a que conduce inevitablemente el poder omnímodo y sin contradicción. En ese grupo y en la redacción de su periódico «El Defensor de la Patria», figuró don Ambrosio Hurtado de Mendoza. La Asociación Patriótica que se constituyó en 4 de Octubre de 1893, estaba presidida por aquel noble caballero, todo lealtad y entereza que se llamó don Sebastián Lezcano Mujica, que imponía en su partido una disciplina casi militar y que llamaba al

periódico del partido «La Charanga», pues le atribuía el mismo papel que a la música en los desfiles: despertar el entusiasmo en las filas.

La Patriótica no fué en realidad, al menos en su creación, un partido contra la personalidad de don Fernando, al que se respetaba y cuya labor en bien del país no se regateaba, su oposición era contra los que aquí le representaban, contra lo que se estimaba injusto y vejatorio y contra el abandono de la política dominante de los antiguos ideales de hegemonía provincial, o de división de la provincia.

No puede, sin embargo, desconocerse que en el transcurso del tiempo, cuando se buscaba el entronque con partidos nacionales que no estuviesen influenciados por la enorme personalidad del Embajador, la lucha se hizo más personal, y acabó por atacarse al que se estimaba barrera infranqueable para el desarrollo de toda otra política.

Se sucedieron vicisitudes diversas que llevaron a la Patriótica hacia el partido conservador, única forma de contrarrestar la fuerza avasalladora del leonismo, y don Ignacio Díaz Lorenzo fué Alcalde en 27 de Septiembre del 96, y don Juan Verdugo Pestana, en 19 de Junio de 1907, para ser destituido en Junio siguiente por el partido liberal, que había vuelto al poder, después del asesinato de don Antonio Cánovas del Castillo.

Pero la discordia y la intriga en el seno del partido liberal continuaban, por alcanzar la dirección local. Si existían bien marcados los dos grupos que se denominaban *franciscanos* y *agustinos*, ahora se incorporaba uno nuevo: los elementos que seguían a don Vicente Ruano, que pronto recibieron el mote de *paúles*, al que se eligió Presidente de la Junta, el día 17 de Agosto de 1902.

Poco tiempo después, en 1903, el grupo *franciscano* ahorró los hábitos y, asistido de otros elementos, constituyó el partido local canario, apodado seguidamente de *partido loco*, o *los locos*. No cabe duda que era un poco loca la empresa de luchar con el coloso que era León y Castillo.

La Jefatura de Ruano trajo consigo la incorporación de don Ambrosio al partido de don Fernando, donde fué recibido por la *puerta grande*, nombrándosele Alcalde de Las Palmas en 28 de Diciembre de 1903.

Siempre fué la Alcaldía el cargo de más honor y de mayor responsabilidad y el más apetecido por los hombres políticos. La política es eso, la gobernación del país, y es natural que el hombre que sienta estos estímulos aspire a encontrarse en un puesto de mando, única forma de llevar a la realidad sus ideales; no hay nada tan legítimo, y es una ridícula pudibundez achacar a exigencias de los amigos la culpa de las propias aspiraciones políticas.

Me refiero a aquella concepción política que pone la obra a realizar por cima de toda otra consideración, sin reparar en sacrificios y sinsabores, y no a la otra desgraciadamente bastante extendida, de los que buscan los cargos por el medro personal, o siquiera por el regodeo del mando.

Para comprender la labor de don Ambrosio al frente de la Alcal-

día, hemos de hacer una ligera evocación de nuestra Ciudad en aquellos días. Habíamos crecido un poco desmesuradamente y nos pasaba algo parecido a esos chicarrones que al pegar el estirón se les queda chica la ropa.

El Puerto era una espléndida realidad, con su magnífica bahía bordeada de diversas instalaciones extranjeras y visitada de barcos de todos los pabellones, pero la nueva población era una lástima: había crecido sin orden ni concierto, obediente a los egoísmos particulares que se impusieron sobre la acción municipal, calles truncadas, sin pavimentos, sin aceras, sin alcantarillado, casi sin agua, y con un mal alumbrado de petróleo; una carretera que lo unía al núcleo de la Ciudad, que era una nube constante de polvo que se transformaba en un lodazal las pocas veces que las nubes piadosas nos regalaban un aguacero; un tranvía a vapor que nos llenaba los oídos de pitazos y las fauces de hollín y una abigarrada colección de tartanas.

El casco de la Ciudad estaba un poco mejor, sin ir muy allá. Lo que es hoy paseo de Bravo Murillo era sólo un trozo de la carretera del Norte, limitado a un lado por el Barranquillo de Mata y al otro por unos solares; el Parque era una estrecha faja de arbolado que tenía al Naciente el astillero donde hacían sus embarcaciones los carpinteros de ribera; la calle Mayor de Triana tenía hacia su centro una protuberancia bautizada gráficamente de panza; existía un sólo mercado y un exiguo matadero; el pavimento, de adoquines en forma casi de cuña y sin firme, era deplorable, aunque con frecuencia se renovara el de las calles principales; no se contaba con otra agua que la de la Fuente de los Morales, et ceteris páribus.

Pero, además, otra cosa más sería todavía: un presupuesto de sólo novecientas mil pesetas y una deuda de doscientas y pico mil pesetas, que ahora, que hemos perdido el *sentido reverencial* del dinero, que decía Maezta, nos parecería poca cosa.

Esto, sin embargo, equivalía a la pérdida del crédito municipal, encerrando a la población en los estrechos límites de su presupuesto ordinario, apenas suficiente para las atenciones diarias, sin poder acometer ninguna de las grandes reformas que exigía el progreso de los tiempos y a que nos obligaba nuestra misma exaltada jactancia de ser Las Palmas la primera Ciudad del Archipiélago sin comparación posible.

En esta situación, se inaugura la Alcaldía de don Ambrosio Hurtado en 20 de Abril de 1904. Sus primeras palabras fueron de agradecimiento para el Gobierno que le había nombrado, pero a renglón seguido añadió: «*aunque entiendo que estos cargos son más gratos debidos a los compañeros de Corporación.*»

Sería prolija y cansada la enumeración de las actuaciones de don Ambrosio Hurtado en los cinco años que ocupó la Alcaldía, y bastará, para dar idea de los altos merecimientos que alcanzó, hacer una somera indicación de los principales:

Hacienda municipal: Restauró el crédito, teniendo al corriente todas las atenciones, pagando las deudas atrasadas, la expropiación

de la Panza, parte al contado y otra en obligaciones, e inició la emisión de un empréstito de 800.000 pesetas para importantes reformas urbanas, como el Mercado del Puerto, construcción del Matadero, retractoro de las Lonjas del Mercado Central y tendido de nueva tubería para el agua del Puerto, que no pudo llevar a la práctica por haber cesado en el cargo.

Agua: Fueron muchos los proyectos para aumentar el caudal existente, sin obtener grandes ventajas, pero al menos se sentaron las bases para la solución del problema en el futuro, con la aprobación del proyecto de que fué autor don Felipe Gutiérrez Gómez, y la obtención de la Ley de 16 de Marzo de 1906, que daba a la Ciudad el derecho para expropiar las aguas comprendidas en el proyecto sin limitación.

Alineación de la calle de Triana: Hizo desaparecer la famosa panza, conviniendo el pago en parte al contado y en parte mediante obligaciones. Sólo en dos casos se completó el expediente de expropiación, con depósito del valor e incautación del inmueble: el de una casa que pertenecía a muchos, algunos ausentes o trasmarinos, y el de un señor, de cabeza diamantina, digno de ser baturro de esos de los cuentos.

Instrucción Pública: Obtuvo la creación de una Escuela elemental de Industrias, sostenida por el Ayuntamiento, para abrir camino a la juventud para llegar a la Superior, creada por el Estado, que era como un piso alto sin escalera para subir.

Beneficencia y Sanidad: Lo más destacado, la campaña antirrábica en Julio de 1906, enviando diversas personas a Madrid para ser tratadas en el Instituto Llorente, persiguiendo a todos los perros vagabundos (fué un milagro que escaparan los del escudo de la Ciudad); y la campaña contra «los casos sospechosos de enfermedad análoga a la padecida en Santa Cruz de Tenerife», ingenuo eufemismo con que se eludía el nombrar las cosas por su nombre, pues se trataba, ni más ni menos, que de la peste bubónica.

En aquella grave situación de fines de 1907 a principios de 1908, don Ambrosio Hurtado se superó a sí mismo con la colaboración eficaz, abnegada e inteligente del Doctor don Andrés Navarro Torrens, Jefe de los servicios de desinfección.

La situación era en extremo difícil por las pésimas condiciones higiénicas en que vivían numerosas familias en la Manigua del Puerto de La Luz y en los barrios de la Ciudad, faltos de agua potable y de evacuación de las negras, y sin defensa contra ratas y pulgas, que eran los principales agentes propagadores de la enfermedad.

Don Ambrosio, aprensivo en alto grado y que ordinariamente estaba en tratamiento de enfermedades reales o supuestas, se sobrepujó a todo. Le dominó el imperativo del deber y demostró ese valor tan cierto que consiste precisamente en dominar el miedo.

Impuso una campaña de desinfección, de retirada de basuras y de higienización de todos los sitios más amenazados, y él mismo acudía a los lugares invadidos para hacer que se observaran, con todo ri-

gor, las medidas aconsejadas por la ciencia para evitar la propagación, sin más defensa que una caja de *pelitre*, o sea de esos polvos llamados de pulgas que llevaba siempre en el bolsillo.

Se empleaba como preventivo de la enfermedad una vacuna antitubónica que a la gente le dió por decir que provocaba la enfermedad y, ¿para qué más? se resistían a la inyección con la mayor tenacidad.

Don Ambrosio, convencido por los doctores de la falsedad de esos temores, pues la vacuna si no inmunizaba absolutamente, atenuaba, por lo menos, los efectos del mal, ordenó la vacunación de la brigada sanitaria, cuyos individuos eran seguramente los más expuesto al contagio, y como llegara a su noticia que estos obreros, contagiados de los citados temores, ofrecían resistencia, los mandó convocar en el despacho de la Alcaldía y después de explicarles las razones que le asistían para haber dado la orden que se iba a ejecutar, dispuso que don Andrés, que tenía de antemano preparados los elementos, le inyectase a él primeramente; todos los demás fueron inyectados sin que nadie chistase siquiera. La virtud del ejemplo dió entonces todo su resultado.

Y aunque existen todavía diversas destacadas actuaciones que hablan muy alto de este gran Alcalde de la Ciudad, prescindo de ellas porque no quiero hacer interminable esta relación de méritos y evitar el cansancio que yo no quisiera provocar.

Sin embargo de los méritos contraídos y cuando la obra estaba sólo comenzada y sentadas las bases para mayores empeños, don Ambrosio fué sustituido, en 30 de Junio de 1909, por otro elemento muy respetable y muy digno del partido leonino. ¿No se le perdonaba que no hubiese sido un Alcalde de partido? ¿Era que los *paúles* habían caído en desgracia? Por entonces don Vicente Ruano salió de la Jefatura, los *locos* se hicieron cuerdos y don Fernando acudió de nuevo al componedor de todos los desaguisados del partido: don Felipe Massieu y Falcón.

Fué también destacadísima la actuación de don Ambrosio en la campaña divisionista, en la que se inició, con todo fervor, desde «La Patriótica», y que no abandonó nunca, aprovechando toda circunstancia para impulsarla. Asistió a Perojo en su magnífica labor para lograr la independencia administrativa de este grupo de Islas, mediante hábiles *enmiendas* en el articulado de aquella famosa Ley de Administración Local que, después de una laboriosa gestación, no llegó a ser aprobada por la caída de Maura en 1909. Y fué asesor y mentor de aquella aguerrida juventud divisionista, que logró destacar una importante y numerosa comisión a Madrid, donde trabajó día y noche por el ideal de la división y cuyo fecundo movimiento dió por resultado la Ley de Reorganización Administrativa de Canarias, de 11 de Julio de 1912, que con la creación de los Cabildos, y de diferentes centros técnicos, aflojó un poco las ligaduras con que nos sujetaba la capitalidad de Santa Cruz, sin solucionar realmente el problema, que

sólo había de resolverse más tarde por el General Primo de Rivera, cuando don Ambrosio no lo pudo ver.

Hurtado de Mendoza, que en un principio sostenía la división como programa mínimo, porque admitía el ideal de nuestros mayores de recobrar la antigua capitalidad perdida, como suprema aspiración, acabó declarándose sólo divisionista y manifestando (así lo expresa en su libro *«Perujo y la División»*) que no quería para Las Palmas la capitalidad de la Provincia única, porque entonces renacería el mismo problema de parte de Tenerife. Y nosotros que no queríamos estar sojuzgados por Tenerife ¿con qué derecho íbamos a sostener que Tenerife había de ser sojuzgado por nosotros? La lógica de esta postura es irreprochable.

Y luego, un poco apartado de la actividad política, vinieron los honores: la Gran Cruz, la Diputación, la Dirección de la Económica, etc., etc. Y con el avance de los años, el vacío que deja la pérdida de las ilusiones, la contemplación panorámica del pasado con sus contadas satisfacciones y sus numerosos sinsabores, la multiplicación de los achaques y los potingues con que pretendemos siquiera aliviarlos, y de contrapartida, las frases amables y consoladores de los que nos quieren, que, a pesar de todo, la caridad humana es inagotable.

21 de Julio de 1949.



General don Ignacio Pérez Galdós
(1835 - 1905)

General don Ignacio Pérez Galdós

(Notas para contribuir al estudio de su personalidad)

Como estimo tanto el honor que me hizo el Círculo Mercantil al encargarme esta conferencia, no me he parado ante las dificultades que mi poca habilidad encontró para prepararla. Hay que hablar de una persona querida, con acentos de admiración, porque si no dejarían de ser sinceros, y este hablar de algo propio tal vez pueda parecer impertinente; contar la vida de un hombre que puso especial cuidado en no conservar cartas ni papeles de ninguna clase y a quien conocí siendo yo todavía muy pequeño, de manera que las fuentes utilizadas son nada más que algunos documentos del Archivo General Militar y de la prensa contemporánea, todavía de difícil consulta en el Museo Canario por estar, en gran parte, pendiente de encuadernación; la tradición familiar, no siempre tan precisa como uno quisiera y los recuerdos personales de un niño. Así ocurrirá que de tal o cual

punto de la presente historia, esté alguno de los presentes mejor enterado que yo y, a quien así lo entienda, le digo que recibiré sus noticias e indicaciones con el mayor interés y gratitud. Entretanto, voy a contaros lo que he podido alcanzar, haciendo primero un resumen de la vida de don Ignacio, para luego insistir en algunos puntos de ella.

Nació en Las Palmas el 5 de Julio de 1855 y fué bautizado el mismo día en la pila del Sagrario Catedral, instalada en la Iglesia de San Francisco de Borja. Por los biógrafos de su hermano don Benito, sa-



Don G. Camacho Pérez Galdós
(Conferenciante)

bemos muchos datos relativos a los padres de ambos y ahora es la ocasión de añadir alguno nuevo.

Don Sebastián Pérez, el padre, subteniente que fué del Batallón de Granaderos de Gran Canaria en la guerra de la Independencia, Capitán de nuestras milicias desde tiempos de Fernando VII, Rey absoluto, y Teniente Coronel graduado del Ejército, conservó hasta su muerte, ocurrida en 1891, un gran amor a la carrera de las armas. Dicen que, de viejo, no se retiraba al atardecer de su ventana de la calle del Cano hasta que veía «pasar el parte». El desfile de un soldado que, con el arma sobre el hombro, llevaba el parte de Retreta desde la Guardia del Principal a su destino era el único rayo de marcialidad que a la sazón podía percibir el veterano y por nada se resignaba a perderlo ni una sola noche.

Un documento del fondo Millares en el Museo Canario, del cual me dió noticia Alfonso de Armas, revela que don Sebastián, vuelto de la guerra contra el francés, tuvo un mando en la Isla, el del Castillo de San Francisco del Risco, otorgado por la Junta de Gobierno de 1840 al empezar la Regencia de Espartero. Lo desempeñó, por supuesto gratuitamente, hasta la caída del héroe de Luchana, que tuvo su repercusión aquí, con una revuelta muy del tiempo, y entonces se vió privado de la Alcaldía y gobierno del fuerte como sospechoso de cooperación con los que en la noche del 28 de Julio de 1843 defendieron sin fruto la situación derribada. La instancia que eleva contra semejante determinación tiene fuertes matices románticos: «a vindicar, pues, a vindicar su honor entre sus compañeros y conciudadanos es a lo que aspira, no a otra cosa», el «que ha visto premiados sus servicios a la Patria con las cruces de San Hermenegildo y Alburquerque» quiere «que se formen los cargos que resulten para justificarse de ellos o, no justificándose, aparezca la justicia con que se le haya depuesto». Y, en efecto, los nuevos titulares del poder local no tardan en reconocer que al Gobernador del Risco no puede hacérsele cargo de especie alguna, tanto más cuando fué de los que opinaron a favor de la sumisión leal en el Consejo celebrado en las casas del Sr. Gobernador durante los momentos críticos de la algarada, y que debe ser repuesto sin que se le cause perjuicio ni nota alguna por aquellas ocurrencias.

No sabemos cuanto tiempo hubo de seguir don Sebastián en su Alcaldía, pero nos place imaginarlo mientras sube la cuesta de San Nicolás, con el pequeño Ignacito, para visitar la pacífica fortaleza y recrearse contemplando el paisaje de la Isla desde la cureña de uno de los pequeños cañones de bronce que allí estaban, decorados bellamente con las armas reales, toisón, corona y cuarteles de dominios.

A la madre, doña Dolores Galdós, la conocemos caracterizada por una profunda y austera religiosidad, que ella cuidaba de infundir en la vida de su familia. Los nietos guardaron su recuerdo con verdadera veneración. Y, respecto al padre de esta señora, don Domingo, conocido por sus actividades comerciales y su cargo de Receptor del Santo Oficio, también tenemos algo inédito: que litigó su nobleza con la

Justicia y Regimiento de la Villa de Azcoitia y obtuvo sentencia favorable confirmada por la Junta General de la Provincia de Guipúzcoa, en la Villa de Deva a 5 de Julio de 1774, quedando protocolizados los autos en el oficio de José Javier de Elorza, escribano público de la primera localidad citada.

En este ambiente, pues, de una familia hondamente cristiana, ocupada en el Cortijo que los Galdós tenían en Guanarteme y en la hacienda del Monte Lentiscal, que don Sebastián había recibido como remuneración de sus servicios de la guerra de la Independencia, en este ambiente de labranza y de milicia se formó don Ignacio. Hizo los primeros estudios en el Colegio de los Jesuitas y lo que ahora llamaríamos su ficha escolar, nos lo presenta como un modelo de exactitud afán en el trabajo y en el cumplimiento de sus deberes religiosos.

A los diecinueve años no cumplidos le llegó la Gracia Real de Subteniente de las Milicias Canarias, con toda la ilusión del primer uniforme, ruidosamente compartida por los amigos como hace pensar en este soneto don Amaranto Martínez de Escobar:

¡Ira de Dios! Ya el sable refulgente
tu mano empuña con furor horrible
y el acero amenaza más terrible
que del Cid Campeador la espada ardiente.

Segundo Bonaparte, tú harás frente
al batallón más fiero y más temible,
te verán tus contrarios invencible
y, de miedo, darán diente con diente.

Envaina el sable, enváinale triunfante
y pon a tu morrión un lindo mote
cual lo puso otro tiempo aquel andante

caballero, llamado Don Quijote;
un escudero lleva, con tu lanza
y un pollino también, cual Sancho Panza.

Y después, los primeros servicios, en el puesto militar de Tirajana, nada menos. Pasado el tiempo de los miedos y relatos por el anuncio de piratas, como aquel que, según el diario de don Antonio Betancor, hizo morir de susto a don Agustín Romero o como tantos otros en que nuestras milicias impidieron gloriosamente los desembarcos enemigos, poco trabajo debía dar aquel puesto. Lo más algún rato de instrucción después de misa, con toda la patriarcal sencillez del que vió don José M.^a de Zuaznávar en Telde.

Pero pronto llegaron a la casa aires de fuera. El hijo mayor, don Domingo, había casado en Cuba y trajo a su mujer doña Magdalena, hija del Almirante don Ambrosio Hurtado de Mendoza y de una señora norteamericana, doña Adriana Tate, que, estando ya viuda, acompañaba al nuevo matrimonio. Pues aquella gente convenció a la familia de que Ignacio debía aspirar a mayores empeños dentro de su voca-

ción; debía embarcarse para la península como había hecho su tío don Benito Galdós, cuando se fué con el Obispo Encina a sentar plaza de cadete en un Regimiento de allá, detrás de ascensos y grados para el porvenir. Marchó a Madrid, como ellos querían y el 1.º de Septiembre del 58 ingresaba en la Escuela Especial de Estado Mayor, comenzando así la carrera más difícil y lucida a que podía aspirar por aquellos tiempos un futuro oficial.

Por R. O. de 13 de Julio de 1863 fué promovido a Teniente del Cuerpo y vino a hacer las prácticas de Infantería en el Batallón Provincial de Canarias. Con tantos galones y después de seis años de estancia en Madrid ¿habría cambiado mucho aquel chico sencillo, avezado a la vida de campo, como buen hijo de propietario rural, que rivalizaba en las faenas de la vendimia con los hijos del mayordomo del Monte? La opinión de dicho mayordomo fué ésta, después de haberle abrazado en la primera entrevista: «el mismo, señora, el mismo burrito de siempre».

El juicio del Jefe de Estado Mayor de las Islas era más complejo: «Llena cumplidamente sus deberes — dice en informe oficial —, demostrando afición al trabajo, amor al servicio y deseo de perfeccionar los conocimientos que tiene de la profesión. Satisface cumplidamente y con desembarazo sus funciones en las prácticas, acreditando, en el tiempo que lleva en éstas, disposición y acierto. Es muy puntual en los actos de servicio y llena con exactitud sus obligaciones, sin haber incurrido en la menor falta. Al menos una parte de estos servicios debió prestarlos en Santa Cruz, porque una R. O. de 29 de Mayo del 63 le concede mención honorífica por haber permanecido constantemente en aquella plaza durante la epidemia de fiebre amarilla.

Las prácticas de caballería las hizo en Sevilla y luego en Madrid, agregado al Regimiento de Coraceros de Borbón. Los primeros servicios de Estado Mayor, el cuerpo de cuyo espíritu fué penetrado tan hondamente que, aun siendo ya General, ceñía con frecuencia la faja azul, en la Capitanía General de Canarias, pero por poco tiempo, porque pidió y obtuvo ser destinado a Cuba, el año 64. Allí, cuando empieza la sublevación, el 68, toma en seguida parte en la campaña, pero de tal manera, que lo vemos alternar las difíciles funciones propias de su Instituto con muchas inesperadas y valientes actuaciones de guerrillero, que suponen una gran confianza por parte del mando y un deseo admirable de servir en los puestos de mayor peligro por parte de él. Al frente de pequeñas columnas de infantería, unas veces y de ingenieros otras, practica reconocimientos, abre caminos, construye puentes, persigue partidas, hace prisioneros, captura convoyes y mantiene combates, en uno de los cuales fué gravemente herido. Cómo eran estimados estos empeños, lo podemos saber por algunos papeles del Archivo General Militar.

En 14 de Junio de 1870 le escribe el Teniente Coronel don Arsenio Martínez Campos: «Quedo altamente satisfecho de su distinguido comportamiento y actividad durante los cinco meses que, como Jefe de columna, ha tenido tropa a sus órdenes y al manifestarlo a V. ten-

go una verdadera satisfacción, significándole al propio tiempo que oportunamente daré cuenta y haré al Excmo. Sr. Capitán General la recomendación que considero de justicia».

En 29 de Octubre de 1870 recibe este oficio del Comandante General de Cuba: «Enterado del brillante comportamiento de V. en la acción de Bruñiz, del día 17, en la que fué herido, doy a V. las más expresivas gracias y aprovecho la ocasión de manifestarle mi satisfacción, debiendo también hacerla presente a esa columna».

Y el Brigadier Comandante General de la 1.^a División del Ejército de Cuba dice, en 21 de Octubre de 1874, al Capitán General de la Isla: «Desde que me hice cargo del mando de este Departamento, he tenido ocasión de apreciar los muy importantes servicios que viene prestando el Sr. Coronel Comandante de Estado Mayor don Ignacio Pérez Galdós, cuyo Jefe lleva muy cerca de seis años en operaciones constantes, unas veces prestando servicios de su Instituto y otras mandando interinamente, aunque por bastante tiempo, los batallones de Reus, León expedicionario y Voluntarios Catalanes. Ha desempeñado cuantas misiones se le han confiado, con la mayor actividad e inteligencia, habiendo demostrado, en el gran número de acciones en que se ha hallado, el mayor valor. El gran conocimiento práctico que tiene de todo el Departamento, el constante deseo que muestra de ser empleado en cuantas comisiones difíciles se presentan y la muy activa parte que ha tomado en el estudio, dirección y trabajos del camino que une el Aserradero con Magán, todo reunido, me inclina a proponer a Vuecencia al Sr. Coronel Galdós para el mando interino de las fuerzas que guarnecen dicha trocha».

Conservamos un pequeño retrato suyo de esta época, en el cual aparece con la antigua levita de grandes solapas triangulares y el sombrero apuntado. Aquel oficial tan joven y valiente fué muy bien acogido en la entonada sociedad de Santiago de Cuba, centro de las mejores familias del país y particularmente en una de las casas principales, la de don Antonio Vinent, que tenía tres nietas guapísimas, cuya belleza recordaba todavía el General Eulate cuando fué Gobernador Civil de Canarias; dos, hijas de don Joaquín de la Pernele y de Ana Vinent y otra, Caridad, del Marqués de Villaitre, don Manuel de Ciria y de Micaela. Esta fué la elegida por don Ignacio dentro de aquel grupo encantador. Se casaron el 73 y, tres años más tarde, él ha de pensar en el regreso a la metrópoli, cumplido el tiempo máximo de permanencia en Ultramar y desestimadas las instancias en que solicitó continuarla.

Lleva como recompensa los empleos de Teniente Coronel y Coronel del Ejército por méritos de guerra, éste último obtenido antes de cumplir los 35 años, más una Cruz Roja del Mérito Militar y las encomiendas de Isabel la Católica y Carlos III, que entonces valían para premiar servicios de campaña.

El nuevo y feliz matrimonio, feliz para siempre por cuanto se refiere a la perfecta armonía y compenetración de ambos, tenía que venir a Canaria. Doña Caridad se quedó en Las Palmas, viviendo con-

tenta en la casa de la calle del Cano y el Coronel marchó a la guerra del Norte con destino en la Capitanía General de Pamplona. Allí asistió a diversos hechos de armas, uno de ellos el de Montejurra, donde estuvo como Jefe de E. M. de la columna del General Sanmartín y alcanzó otra Cruz Roja del Mérito Militar.

Cuando termina la guerra civil consigue volver a Cuba, gana, por méritos de guerra, el empleo de Brigadier y ejerce el mando de la Brigada que se llamó de las Junas con tanto acierto y eficacia que sus oficiales le regalaron, en recuerdo de sus buenos éxitos, un bastón de mando labrado en marfil. Al firmarse la paz de Zanjón, como había que repatriar tropas muy castigadas y el desembarco en los puertos de la península de soldados enfermos y aún moribundos podía crear situaciones desagradables, a ruego de Martínez Campos, que siempre le quiso mucho, acepta el Gobierno Militar de Santander y lo desempeña hasta Julio del 81. En este año ha muerto el Brigadier Clavijo, Comandante Militar de Las Palmas y don Ignacio viene a ocupar su puesto, de menor categoría que el que abandonó como hace notar el Ministro al proponerlo (y aún añade que se reserva el emplearlo en puestos de mayor importancia). Pero hay algo que lo reclama en su tierra natal. No es sólo el deseo de vivir con su anciana madre, como él dice. Es que aquella señora, prototipo de inflexible rectitud, ha aceptado la herencia de un hijo, la herencia que es una deuda considerable, capaz de dar al traste con todo el patrimonio familiar. Antes que nada, la justicia y el buen nombre de los suyos, ha dicho doña Dolores Galdós y le hace falta quien afronte la situación creada para salvar lo que se pueda con buena administración y ahorro. Don Ignacio no volverá a salir de Canarias; se ha impuesto una tarea que antepone a los progresos de su carrera militar y que durará hasta el fin de sus días con resultados ciertamente no muy satisfactorios, porque el mal tenía difícil remedio. Pero si algo pudo salvarse a él fué debido.

Para la vida del hogar, sí trajo aquella determinación unos años apacibles y felices, bien saboreados después de tantas campañas y ausencias. Primero en Las Palmas, desde el 82 al 91. Su inmediato superior, al principio de esta temporada, fué Weyler, que lo conocía desde Cuba y lo juzga de este modo en escrito dirigido al Ministro de la Guerra el 7 de Diciembre del 83: «Excmo. Sr. Al cesar en el cargo de Capitán General de este Distrito no puedo menos de significar a V. E. lo satisfecho que he quedado del celo e interés demostrado por el Brigadier Gobernador Militar de Gran Canaria don Ignacio Pérez Galdós, habiéndole encontrado siempre dispuesto con el mejor deseo, de secundarme en cuantas ocasiones he necesitado de su cooperación, por lo cual considero de mi deber el dirigirme a V. E. haciéndoselo presente por creer de justicia que en su día deben tomarse en consideración los servicios del expresado Brigadier para otorgársele alguna recompensa.» En la casa que luego fué de don Vicente Ruano, frente mismo a la de la madre del General, la vida tranquila y el marido fácil debieron ser una compensación para las amarguras de aquel problema económico que trataba de resolver él solo, porque lo ocul-

taba a los suyos y las apariencias eran las de siempre. Es de notar su reserva, y apartamiento de la política, cuando llegaba a su apogeo el poder de los hermanos León y Castillo. Desde que allá por el 79, antes de ir a Santander, se presentó para diputado a Cortes por el Sur frente a don Pedro Bravo, que lo derrotó, no se vuelve a oír su nombre en estas lides aunque personalmente fuera muy amigo de don Juan León y Castillo y todavía más de don Felipe Massieu.

Aquello termina con el ascenso a General de División. Ya no había puesto para él en Las Palmas, pero lo tiene en Santa Cruz: como Gobernador Militar de la Plaza y Segundo Cabo de la Capitanía General reside en el desaparecido Castillo de San Cristóbal, tan lleno de recuerdos, con sus ventanas abiertas sobre el mar y sobre la Plaza de la Constitución, la campana y juego de señales para el vigía, la guardia militar y la batería de salvas. Muchas veces, en ausencia de los Capitanes Generales, el Segundo Cabo desempeñaba el mando superior de la región, pero los veranos podía pasarlos casi siempre en el Monte y la comunicación con su casa y sus asuntos de aquí estaba asegurada por el patrón de «La Estrella», que se prestaba bondadoso a llevar y traer toda clase de encargos.

Cuando asciende don Ignacio a Teniente General después de haber recibido la Gran Cruz del Mérito Militar designada para premiar servicios especiales y la de San Hermenegildo, hace diecisiete años que no aparece por Madrid, y ya sabemos cómo se olvida a los ausentes en la Corte. Por eso no dejaría de halagarle el telegrama que vino a continuación: «Ministro de la Guerra a Capitán General—Tenerife. Ruego a V. E. manifieste a Teniente General Pérez Galdós que el Gobierno ha acordado proponerlo a S. M. para el cargo de Capitán General de Aragón». Pero la repuesta, en despacho cifrado dice: «El General Pérez Galdós ruega trasmita a V. E. el telegrama siguiente: Reconocido profundamente a la distinción con que V. E. me honra, desearía, no obstante, por las circunstancias en que ahora me encuentro, no ser propuesto para mando Aragón». Su voluntad de guardar los intereses de la familia permanecía firme; le sacrificaba aquel ventajoso puesto y los mejores que hubieran podido venir después.

Estuvo de cuartel en Las Palmas cerca de dos años, hasta que en Abril del 900 fué nombrado Capitán General de las Islas, el tercero de los nacidos en ellas que ocupara tal puesto. El primero fué el Conde del Palmar, don Pedro de Ponte, y el segundo, don Francisco Tomás Morales. Ciertamente, no era mal término de carrera para quien tanto amaba a su país, aunque los momentos en que iba a tomar el mando resultaban difíciles por causas relacionadas con la reciente pérdida de los países de Ultramar. La Reina Cristina quiso que fuera a Madrid, lo recibió varias veces en Audiencia para darle instrucciones verbales y le dispensó atenciones que él no había de olvidar nunca, entre ellas la de invitarle a una de aquellas pequeñas fiestas de relativa intimidad que la augusta señora reservaba para las personas que le eran particularmente gratas.

Peró cuando apenas han pasado dos años, tiene que dejar la Ca-

pitanía, designado para un destiuto en la Corte, el de Presidente de la Primera Sección de la Junta Consultiva de guerra. Lo sucedido es, ni más ni menos, que el Gobierno le retira su confianza para el mando de nuestro país y le otorga al mismo tiempo una prueba de alta consideración personal. Don Ignacio está seguro de sí mismo y se limita a dar las gracias: «Agradezco a V. E. — dice al Ministro — mi nuevo nombramiento y le ruego haga presente a S. M. mi más respetuosa gratitud por la distinción con que se ha dignado honrarme. En el fondo hay una amargura para él, pero la reparación no tardará, tan completa como veremos. No llegó a incorporarse a su destino y, el 30 de Mayo de 1903, la Reina le nombra de nuevo Capitán General de Canarias.

Hemos trazado las líneas generales de una vida. Para captar muchos trances interesantes de ella nos faltan documentos de carácter privado y por eso tenemos que reducirnos a la consideración de algunas facetas que conocemos mejor y que puedan servir para fijar ciertos rasgos peculiares de la personalidad de don Ignacio.

¡Un canario de nuestra isla redonda, Gobernador Militar de Tenerife, en tiempo de las luchas por la división de la Provincia, con los ánimos caldeados de una y otra parte! El riesgo de llevarse la malquerencia de cualquiera de los dos bandos, era difícil de sortear y el evitarlo con falsas complacencias no hubiera sido digno. El fué bien querido de unos y de otros, porque dió a cada uno lo suyo y mantuvo el apartamiento que su carácter de autoridad militar pedía respecto a las pequeñas intrigas locales sin ocurrírsele cotizar sus buenas influencias en la Corte ni para Tenerife, ni para Gran Canaria, ni para ninguno de los partidos que se enfrentaban dentro de Gran Canaria y dentro de Tenerife.

Desde que me rompan un cristal pido otro destino — decía a sus familiares cuando llegó al Castillo de San Cristóbal, aludiendo a las pedreas que estaban a la orden del día. — Pero nadie intentó tal cosa. Un día sí, llegó un muchacho de familia conocida de Santa Cruz, con sus buenas copas encima, y empezó a vociferar contra el canario, diciendo que quería beberse su sangre. Hubo el consiguiente alboroto en la guardia, pero no detención ni proceso ni castigo. El General quiso recibir, solo, en su despacho al energúmeno y una paternal amonestación terminó el incidente, no sin profunda gratitud de quien pudo haber sido la víctima. Así se iba formando un ambiente de confianza y respeto, rayano en la veneración, alrededor de aquel canario que gobernaba en Tenerife.

Cómo sería esta confianza, que resistió la prueba del *indistintamente*. En Mayo del 93, siendo Ministro de la Guerra el General López Domínguez, se decretó nada menos que la supresión de la Capitánía para sustituirla por una Comandancia General, desempeñada por un General de División, el cual podría residir *indistintamente* en Santa Cruz o en Las Palmas; cada grupo de Islas quedaba con un Gobierno Militar y la única zona de Reclutamiento se adjudicó a Las Palmas.

Era, sencillamente, la División de la Provincia, en lo relativo al ramo de Guerra.

Las protestas de los presuntos perjudicados fueron estrepitosas, pero nadie pensó en imputar al General la nueva organización que, por cierto, parecía hecha a medida para él, aunque es verdad que le era personalmente contraria, pues nunca pudo tomar en serio la traslación, a capricho y en tiempo de paz, de un Estado Mayor con todo su personal y archivo. Sin conocer este criterio, que no tenía por qué trascender al público, la gente de allá siempre estuvo segura de que el General Pérez Galdós no buscaba ventajas personales ni hacía política con innovaciones que alterasen lo ya secularmente establecido.

Y no es que renegara nunca de los suyos. Bien claro se vió cuando los sucesos del Viernes Santo del 93: habían ido a Santa Cruz los compromisarios del Grupo Oriental para una elección de Senadores y allí se levantó tan fuerte algarada contra ellos, que por poco les cuesta la vida y, desde luego, a alguno le costó perder las maletas. El refugio de todos fué el Castillo de San Cristóbal, con la hospitalidad cordial de don Ignacio y de su familia, y de allí pasaron al barco, protegidos por la tropa, que tenía las órdenes más severas para defenderlos eficazmente, con lo cual quedó malograda aquella indisculpable agresión de triste memoria.

Este mantenerse en términos de justicia tampoco era incompatible con un vivo amor a la tierra natal. Las frutas del Monte y de Guanarteme se las habían de llevar en «La Estrella», porque no las había iguales en Tenerife y que no le hablaran de paisajes, porque ponía el Barranco de la Virgen sobre cualquiera de los de allá, ni de labranza, viñas y riegos, que apreciaba como práctico en la materia, siempre a favor de los nuestros. Ecuánime en la actuación, era infantilmente apasionado en el afecto, aunque éste sólo se manifestaba dentro de la conversación familiar. Recordemos aquí su estrecha amistad con Santiago Tejera, en quien apreciaba tanto la persona como el autor de aquella música en que le complacía encontrar un fiel reflejo del alma canaria.

Hemos dicho que su criterio en el caso del «indistintamente» y su predilección por la tierra nativa los guardaba dentro del círculo familiar, porque la digna reserva fué otra de las cualidades de aquel hombre, tan incapaz de complacer engañando como cuidadoso de celar su pensamiento fuera del momento oportuno. Don Aquilino García Barba tenía una especie de telescopio en su azotea de la calle de Travieso y allí se reunían algunos contertulios muy satisfechos de su astronomía. Cierta noche, hubo sesión solemne para observar no sé qué cosa y llevaron a don Ignacio como entendido, porque los de Estado Mayor se preciaron siempre de ser casi Ingenieros Geógrafos y fácilmente obtenían la convalidación de ese título. Todos los asistentes miraban por turno y aseguraban ver lo que veía el docto don Aquilino, pero don Vicente Ruano se lanzó a decir que él no veía nada. Nunca se hubiese atrevido porque provocó una porfiada discusión que duró largo tiempo, sin que el General dejara una actitud de silencio.

muy habitual en él. Salió, al fin, sólo con don Vicente, el cual no cesaba de alegar acalorado, y al llegar a su casa, saca la llave, abre y, ya dentro del zaguán, le pregunta. — ¡De manera, Ruano, que usted dice que no ha visto nada? — ¡No, señor! — Pues yo tampoco. — Y cerró la puerta.

Pero había otros campos más difíciles para ser justo y prudente que el de los bandos locales: el de la astronomía casera. Acababa de ocurrir la pérdida de Cuba y Filipinas y en aquel doloroso tiempo los ánimos padecían una excitación que se manifestaba de diversos modos. En el poder central y sus representantes, suspicacias contra un posible separatismo canario, cosa fuera por completo de la realidad, gracias a Dios. En los isleños, el ansia de mejora propia de la generación aquella se mezclaba con un sentimiento de protesta contra la plaga de malos funcionarios que, según diría más tarde Ramiro de Maeztu, venía padeciendo nuestro imperio de Ultramar desde que la Monarquía Católica y Misionera, presidida por la idea de servicio, pese a todas las impurezas de la condición humana, se transformó en dominio territorial inspirado en la idea de lucro. Salvemos la dignidad y aun las excelsas cualidades de muchos forasteros aquí destinados entonces; pero la gente no discernía, sobre todo respecto a los recién llegados, y tal vez les imputaba injustamente culpas ajenas. Ellos reaccionaban hablando mal del país, con lo cual crecía el encono. La situación era cada vez más violenta.

Y el Capitán General era canario. Español con toda su alma; él, que había derramado su sangre luchando contra los insurrectos y había sufrido las amarguras de la persecución con que éstos afligieron a la familia Villaitre, quemándole y destrozándole propiedades, no podía transigir ni siquiera con un conato de separatismo. Ni con la bandera cubana, tan respetable hoy para nosotros, que incluyó una vez, en la colección de pabellones extranjeros que formaba, un pequeño hijo suyo, al cual, dicho sea de paso, no se le ocurría dispensar mejor mimo que el tenerle siempre vestido de sargento del ejército español. Pero tampoco era de aquellos que viven sólo para conservar un puesto tratando de agradar al poderoso. Creía servir mejor a su Patria y a su Reina con la verdad, más o menos grata, que con ponerse siempre, por miedo y sin razón, contra los que pudieran parecer sospechosos en Madrid.

Esto se vió sobre todo en dos ocasiones críticas del año 1901. Primero, cuando se bendijo la bandera de la Cruz Roja en la Iglesia de San Francisco de Santa Cruz. Doña Caridad representaba a la Reina y las autoridades ocupaban su puesto de honor. Predicó don Santiago Beyro, el orador más afamado de la isla, y al terminar su discurso conmovió al auditorio con una solemne súplica de redondeados párrafos, muy de su estilo y de su tiempo, en la cual pide a la Señora que haga llegar al trono de las Isabelas de Castilla y de las Blancas de Navarra el deseo del país de que no vengan sobre él más aves de rapiña. Muchos se consideraron ofendidos, militares y paisanos, y se armó la más ruidosa trapisonda, sin que faltaran voluntarios isleños para ati-

zar la lumbre. Hasta en el Congreso de los Diputados se denunció como separatista el sermón que ciertamente no era tal cosa sino una versión, más o menos justificada en aquel lugar, del tradicional discurso al Rey contra los malos gobernantes, tan arraigado en nuestras costumbres y tan patente en nuestra literatura.

Para daros idea del tono patriótico y del énfasis del discurso, voy a leeros el único párrafo que he podido encontrar en un periódico: «...Decidle, Señora, que los canarios todos somos unos; podéis decirselo sin restricción alguna, aunque el pundonoroso general con quién compartís el tálamo haya nacido en la isla redonda, porque el mismo aire se respira bajo los poéticos Tilos de Doramas que entre las copudas camelias, mirtos y clemátides de nuestro sin rival valle orotavense. Decidle que somos y queremos ser españoles de buena cepa, como los padres de vuestro esposo que supieron rechazar heroicamente a Drake y a Van-der-Does y los nuestros a Blake Gennins y Nelson, coloso de los mares. Y si, por desgracia, alguna raza avasalladora y absorbente, apoyada en el despótico derecho de la fuerza, huella nuestro suelo, que esa bandera recién bendecida no ampare a ningún traidor que se venda sino que sea el sudario que envuelva piadosamente los restos de un pueblo heroico que muere inmaculado por defender su religión y su nacionalidad».

Aún con todo ésto, pobre predicador, si don Ignacio llega a ser como un Gobernador de Tarragona que en la apertura de curso del Seminario, cuando oyó que empezaban a pronunciar la fórmula inaugural en latín, se levantó y se fué porque aquel cura estaba hablando en catalán. Pero don Ignacio no tenía esa prisa en hacer méritos; puso toda su voluntad para aplacar la marejada y lo consiguió, contando con las generosas explicaciones de don Santiago. Y en el círculo de los íntimos el comentario que hacía era éste: «Pero, señor, hay que entender bien las cosas, no tienen por que enfadarse, lo que Beyro quiso decir es que no hace falta que nos manden de fuera más aves de rapaña porque aquí tenemos bastantes». Serenidad, suave humorismo, todo era necesario en el momento.

Porque la tirantez continuaba motivando incidentes. Habría resentimientos, imprudencia, exceso de amor propio, poco sentido de la oportunidad de ambas partes; suerte que la primera autoridad militar estuviera por encima de estas pequeñas pasiones.

Así pasó el verano, con alguna pendencia en nuestra Alameda de Colón hasta que, a primeros de Octubre, ocurrió lo que aquellas escaramuzas venían preparando. El Teniente Cabrerizo, irritado hasta el colmo por las continuas y pesadas bromas de que era objeto, cometió un acto para el que pueden buscarse atenuantes pero no justificación: Citó, desafiándole como para una riña, al paisano Domingo Marrero en la calle de los Moriscos y allí lo mató de un tiro con la pistola que entretanto había ido a buscar a su casa. La consternación de la ciudad puede pulsarse todavía en la prensa de aquellas fechas y muchos de vosotros la habéis vivido. La irritación del sentido de clase entre los militares no fué menor y les hizo tal vez mirar el hecho con

parcialidad apasionada. ¿Qué haría el Capitán General? — Colocarse de parte del injustamente dañado aunque fuera el más débil y así presidió en persona el entierro que fué un exponente de la repulsa popular y, según parece, hizo saber en las alturas que no estaba dispuesto a cosa que pudiera *trabar* la libre acción de la justicia. Y el resultado fué, de momento, la destitución endulzada con el puesto de Presidente de la Sección 1.ª de la Junta Consultiva de Guerra.

Leemos en «Las Esfemérides» de 11 de Enero de 1902. «La noticia del traslado del Capitán General de la Provincia ha causado en toda ella el pésimo efecto que era de esperar y que se hace patente en las columnas de todos los diarios que registran el hecho». Y dos días después dice: «Todas las corporaciones y sociedades de la Provincia han telegrafiado a S. M. la Reina, Presidente del Consejo y Ministro de la Guerra *solicitando quede sin efecto el traslado del Capitán General*». Es el momento en que aparecen con patente unanimidad los afectos que había llegado a captarse don Ignacio, tanto en Tenerife como en Gran Canaria.

A un soldado como él le habrían sido muy amargas estas pruebas de simpatía si las hubiera percibido a costa de perder la estimación de sus compañeros de armas, superiores y subordinados. Pero no hubo tal cosa: el actuar rectamente fortalece el prestigio del que manda y los súbditos, pese a cualquier conato de rebeldía, terminan por hacer justicia a quien sabe dirigirlos. Así ocurrió en este caso y al servir yo mismo, andando el tiempo, a las órdenes de algunos oficiales que entonces estaban, como si dijéramos, en la oposición, he podido apreciar hasta qué punto llegó a ser don Ignacio querido y respetado por ellos. Díganlo, si no, los que todavía viven.

Y lo dice también el curso de los acontecimientos, sintetizado en este elogio fúnebre de la «Unión Liberal» (28 de Noviembre de 1905): «Llegó al supremo puesto militar de esta provincia en circunstancias que supo sortear con gran acierto, trocando lo que amenazaba ser funesta guerra en próspera y patriótica era de paz. Por parte del Gobierno también llegó la reparación: el 30 de Marzo 1903 fué repuesto en la Capitanía, con la indicación expresa de que, a su entrada en Santa Cruz, debía recibir los honores de ordenanza, carrera cubierta, escolta y salvas, las cuales de ordinario suelen omitirse y en aquella ocasión le fueron tributadas con toda la brillantez que entonces daban a esta clase de actos la vistosa variedad de uniformes, la mayor proporción de tropas a caballo y el entusiasmo popular que les acompañaba. En el Santa Cruz de principios de siglo, que todavía no había perdido su carácter de plaza fuerte perfilada en la época borbónica, con sus baluartes, sus mármoles neoclásicos y su alameda sobre la muralla del mar; donde la Plaza de la Constitución era como la sala de una gran casa de familia para la convivencia diaria y la calle del Castillo el canal de todas las actividades, la figura de la Primera Autoridad Militar tenía un relieve supremo. Un día de besamanos era vivido como de fiesta por toda la población y el rápido cortejo del escuadrón, en traje azul de gala, que rodeaba la brillante carretela del General,

cuando salía por Pascuas a la visita de cárceles, llenaba las ventanas de curiosos. Momentos culminantes de aquella vida oficial fueron la visita de la Infanta doña Eulalia, de paso para Cuba, en la que don Ignacio y, sobre todo doña Caridad, tuvieron que hacer los honores, aun no siendo él más que Segundo Cabo, por indisposición relativa de su inmediato superior; la del Ministro de Marina, don Eduardo Cobián, con un famoso brindis en honor de la Reina Cristina, la cual, dijo el Ministro al contestar, «es tan virtuosa que ni siquiera la calumnia se ha atrevido a rozar la orla de su manto»; y la del gran Duque de Mecklemburgo Schwering, que le impuso personalmente, como recuerdo, las insignias de la orden del Greiffon, máximo honor de aquel Estado tan pequeño.

Fuera de estas ocasiones excepcionales, su vida era sencilla y modesta. El mayor entretenimiento consistía en la tertulia de prima noche con los ayudantes y algunos íntimos entre los cuales nunca faltaba el Padre Mora, un sacerdote de Santa Cruz, del que se cuentan famosas anécdotas. En el curso de la charla alejaba inexorablemente, con su actitud de reserva, cualquier brote de murmuración, sobre todo si afectaba a subordinados suyos. Una noche, sin embargo, un ayudante se atrevió a contar ciertas debilidades de algunos, en un solo sin acompañamiento de nadie. Dieron las diez y, camino del comedor, iba diciendo don Ignacio, como para sí mismo: «¡Bien de cosas, bien de cosas sabe don X!» Y es seguro que no debió aumentar aquella noche su estima por el hablador.

Hago un paréntesis para decir qué este respeto a los inferiores no excluía la reprimenda correcta y el castigo severo cuando eran justos y necesarios, y que se completaba con una delicadeza extrema para los viejos superiores que ya no tenían mando ni poder. Un ejemplo: Si en la Misa de Santa Bárbara estaba don Antonio de Quintana-Coronel retirado desde la primera República, cuando el conflicto de Hidalgo, nunca dejaba el Capitán General de acercarse al venerable artillero para darle las novedades que recibía del Jefe de la tropa artillera, ni se olvidaba de pedir su venia para autorizar el desfile de las baterías.

También lo distrajo mucho el cuidado de la huerta, donde ocurrió el episodio de aquel bendito ordenanza que, en un momento de apuro, improvisó la clasificación de las pimientas que cultivaba, incluyendo con toda crudeza una especie de nombre injurioso para el oyente pero tratándole, eso sí, de vuescencia como cuadraba a sus entorchados.

Todos los años pasaba una buena temporada en esta isla, ejerciendo desde ella el mando del Archipiélago, aunque el Estado Mayor y sus oficinas no se movían de Tenerife; parte en la casa de Santa Catalina, parte en el Monte, donde le gustaba estar más que en ningún sitio, sobre todo en tiempo de la vendimia que él dirigía con todo cuidado y complacencia.

En el verano de 1905, aquellas semanas de Septiembre, tan felices otros años, ya le fueron penosas por el recrudescimiento de una antigua afección renal. Muy quebrantado, bajó a Santa Catalina y a

mitad de Noviembre la gravedad del mal fué manifiesta. Se negaba a tomar alimento y uno de estos días fué cuando su gran amigo el Coronel de Ingenieros don José Lezcano de la Rocha—don José Dolores—le dijo, porfiando para que bebiera unas gotas de líquido: Tómatelo, Ignacio, tómatelo, que si tú te vas, nos quedamos sin el hombre mejor que hay en Canarias.

El 27 de Noviembre, a la una de la madrugada, entregó su alma a Dios, asistido por don José Feo, para quien siempre tuvo un afecto especial. Al romper el día celebró el Padre Cueto la Misa de Cuerpo presente y quedó montado el servicio exterior. Los guardias civiles formaban para custodia inmediata del cadáver, velado también por los Padres Franciscanos y las Hermanas de la Caridad, mientras las baterías de la plaza hacían salva cada media hora. Anochecido, se le trasladó a la calle del Cano con una escolta de caballería y desde allí salió en la mañana siguiente el solemne cortejo que había de llevarlo a la sepultura con todo el aparato de tropas dispuesto para el Capitán General que muere en plaza de su mando.

La prensa contemporánea ofrece una completa unanimidad en los elogios propios del trance, sinceramente sentidos y reflejo exacto de la aflicción general. No acertaría yo a resumirlos con palabras más certeras que las pronunciadas hace poco por don José Mesa y López en este mismo lugar: «El General Pérez Galdós, tenía el justo concepto de los deberes que le imponía su alta jerarquía. Conducta privada sin mácula, trato social intachable, energía sin claudicaciones». Me permito creer que, en el canario, estas cualidades no son raras y casi me atrevo a considerarlas como específicas del carácter de nuestra gente. Las estimamos, dentro de lo puramente natural, como fruto de un temperamento feliz informado por la educación cristiana, que actúa no sólo directamente sino también por atavismo. Que Dios las conserve entre nosotros y que sepamos rendirles el honor debido cuando aparecen con tanto relieve en una de estas vidas ejemplares.

21 de Diciembre de 1949.

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Hermanos Millares	9
<i>por Don Juan Bosch Millares.</i>	
Don Rafael Mesa y López	27
<i>por Don Luis Benítez Inglott.</i>	
Don Antonio Artilés Ortega	39
<i>por Don José Suárez Falcón (Jordé).</i>	
Alonso Quesada	51
<i>por Don Sebastián de la Nuez Caballero.</i>	
Don Prudencio Morales y Martínez de Escobar	63
<i>por Don Eduardo Benítez Inglott.</i>	
Don Fernando Inglott Navarro	79
<i>por Don José Mesa y López.</i>	
Tomás Morales	87
<i>por Don Simeón Benítez Padilla.</i>	
Hermanos Martínez de Escobar	107
<i>por Don Alfonso de Armas Ayala.</i>	
Don Ambrosio Hurtado de Mendoza y Pérez Galdós	123
<i>por Don Felipe de la Nuez Aguilar.</i>	
General Pérez Galdós	135
<i>por Don Guillermo Camacho y Pérez Galdós.</i>	